ELLA VALENTINE



Un contrato con MR DRAKE

Un contrato con Mr Drake

Ella Valentine

1ª edición octubre 2025

Copyright © Ella Valentine

Sobre la cubierta: Foto de Stockimg

Sobre las imágenes interiores: Ella Valentine

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de la titular de copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

Epílogo

Extra

Nota de la autora sobre Manhattan on fire

Pero antes…

Novelas anteriores

1

Zane

—El tratamiento no está funcionando. No hay nada más que se pueda hacer. Lo siento, Zane. —La voz torturada de mi mejor amigo Nate, a través del teléfono, fue como una patada directa al estómago.

No debería haberme sorprendido.

Cuando me llamó y me dijo que tenía que hablar conmigo sobre el estado de salud de mi abuela, debí haberlo imaginado.

Al fin y al cabo, su pronóstico era desfavorable desde el principio.

Por más que moví cielo y tierra para conseguirle a los mejores profesionales, ninguno pudo garantizar una mejora. Ni siquiera Nate, que era el especialista con más prestigio de toda la Costa Este.

Me froté la cara con ambas manos, intentando procesar el significado de sus palabras.

El tratamiento no estaba funcionando.

No había alternativas.

La abuela… había agotado todas sus posibilidades.

Suspiré, notando un dolor sordo instalarse en mi pecho. Primero el abuelo, cinco años atrás. Ahora ella.

—¿Zane, estás bien?

—¿Cuánto tiempo le queda? —pregunté, esquivando su pregunta.

Nate dudó unos segundos.

—Dos meses. Como mucho, tres.

Dos o tres meses. De sesenta a noventa días.

Tragué saliva con dificultad y me aflojé la corbata mientras fijaba la mirada en el horizonte, al otro lado de la cristalera de mi despacho.

Esta oficina era mucho más modesta que la que tenía en Silicon Valley, donde había fundado mi empresa tecnológica y me codeaba con gigantes del sector.

—Vale, tío. Gracias por haber hecho todo lo posible.

—No me jodas, Zane. No me des las gracias. Odio no haber podido darte mejores noticias.

—Has hecho lo que has podido. Sé que tu agenda es una locura y aun así encontraste tiempo para ella. Seguro que Lauren no está muy contenta con eso.

Lauren, su esposa, había dado a luz hacía unos meses.

Me imaginaba que no debía ser fácil ver a su marido en plena actividad profesional mientras ella se encargaba de calmar cólicos y cambiar pañales sin descanso.

—Lauren está más preocupada por ti que yo. Ya sabes cuánto te quiere. Y, por cierto, me ha encargado que te saque esta noche a hacer cualquier cosa. ¿Quedamos a las siete en el *Hudson & Hoops* para ver el partido de los Knicks? Invito yo a la primera ronda.

Le dije que sí, que nos veíamos allí, y colgué la llamada.

El *Hudson & Hoops* era nuestro bar deportivo habitual.

Llevábamos yendo allí desde que él era residente de primer año en el *NewYork-Presbyterian Hospital* y yo empezaba a escalar en mi negocio tecnológico.

No es que me apeteciera salir esa noche, pero quedarme en casa no iba a solucionar nada.

Al contrario, solo serviría para darle vueltas a todo una y otra vez, como un disco rayado.

Al menos ver a los Knicks con Nate me ayudaría a desconectar, aunque fuera por un par de horas.

Suspiré, dejando el móvil sobre la mesa, preguntándome si debía avisar a mis padres, pero enseguida deseché la idea.

La última vez que los llamé para actualizarles sobre la salud de la abuela, se limitaron a preguntar cuándo se iba a morir.

Lo único que les importaba era la herencia. Siempre había sido así.

Fueron unos padres irresponsables que me dejaron al cuidado de mis abuelos y se largaron a fundirse su fortuna en lujos, fiestas y caprichos, como si la paternidad no fuera con ellos.

La verdad era que, cuando la abuela muriera, iba a quedarme solo.

Me froté las sienes, dejando que una punzada de culpabilidad me atravesara por dentro. Y es que una parte de mí no podía evitar preguntarse qué habría pasado si, en lugar de mudarme a California, me hubiera quedado en Nueva York.

Como si esa simple decisión pudiera haber cambiado el curso de los acontecimientos.

Como si quedarme cerca pudiera haber evitado, de algún modo, los infortunios que se llevaron primero al abuelo… y ahora a ella.

Ni siquiera fue idea mía marcharme. Fue el propio abuelo quien me empujó a hacerlo.

Cuando le dije que no quería continuar con el negocio familiar y que soñaba con abrir mi propia empresa tecnológica, no solo me apoyó, sino que insistió en que debía hacerlo bien:

—Tendrás muchas más posibilidades si te vas donde están los grandes. A donde se cuece el futuro

Su consejo fue de gran ayuda.

Gracias a él podía decir que había construido un imperio tecnológico que facturaba millones de dólares al año.

Había alcanzado todo lo que muchos soñaban: éxito, reconocimiento, independencia.

Y, aun así, en ese momento, sentado solo en mi despacho, sentía que estaba a punto de perder lo único que de verdad importaba. La única familia que me quedaba.

Unos golpes suaves en la puerta me sacaron de mis pensamientos.

Mi secretaria, Janet, entró con una expresión de circunstancias que me puso en alerta al instante.

—Perdone, señor Drake. Sé que dijo que no le molestara durante la mañana, pero ha habido un imprevisto.

—¿Qué clase de imprevisto?

—Hay alguien en recepción que insiste en verle.

—No tengo ninguna cita agendada para hoy.

—Ya… es que la persona en cuestión no tiene cita.

Fruncí el ceño, molesto.

—Entonces dile que pida una y que se largue. No estoy de humor para recibir a nadie.

Janet se mordió el labio con nerviosismo, como si supiera que lo que estaba a punto de decir no me iba a gustar.

—Es que… esa persona ha sido muy insistente.

Empecé a mosquearme.

—¿Quién coño es? ¿Algún periodista intentando sacarme algo? ¿Un exempleado cabreado?

—No, nada de eso, señor. Ella dice que es… su hija. —Eso último lo dijo casi en un susurro.

Parpadeé, incrédulo.

Debía de haber escuchado mal. Porque era imposible que acabara de decir lo que me temía.

—¿Perdón?

Janet tragó saliva, incómoda.

—Señor Drake… hay una niña en recepción que asegura que es su hija.

Y ese, justo ese, fue el momento en el que mi vida dio un giro que nunca vi venir.

Uno de esos giros que no puedes predecir, que no puedes controlar… y que ya no te dejan volver a ser el mismo.

2

Zane

Le pedí a Janet que trajera a mi despacho a esa niña, bastante convencido de que todo aquello tenía que ser un malentendido.

Me gustaba el sexo, sí, pero siempre lo practicaba con responsabilidad.

Nunca, jamás, follaba con nadie sin usar protección, ni siquiera cuando alguna de ellas juraba que tomaba la píldora.

Sabía que los métodos anticonceptivos no eran infalibles, pero yo no era un imprudente. No lo había sido de joven y no lo era ahora.

Estaba muy concienciado con las ETS y con las consecuencias de un embarazo no deseado. No era un idiota descerebrado.

Por otra parte, nunca jamás había recibido una llamada de ninguno de mis ligues informándome sobre un embarazo.

Y no es que fuera precisamente difícil de encontrar. Era un Drake. Mi familia era famosa, mi apellido arrastraba titulares, y mi empresa salía en los medios cada vez que lanzábamos una nueva tecnología o cerrábamos un acuerdo millonario.

Además, desde que una revista financiera me etiquetó como *el soltero de oro de Manhattan*, no había semana en la que no apareciera mi cara en algún artículo o en los perfiles de sociedad.

Incluso cuando me mudé a Silicon Valley, ese título me siguió como una sombra. El soltero de oro del Este, conquistando el Oeste.

Vamos, que si alguien hubiera querido dar conmigo, lo habría tenido bastante fácil.

Así que no me cabía en la cabeza que, de la nada, apareciera una supuesta hija perdida.

Volvieron a llamar a la puerta, y Janet apareció esta vez acompañado de una niña de unos 10 años.

La escruté con esmero.

Tenía el cabello castaño, los ojos azules y la piel un poco bronceada. Llevaba una camiseta con un unicornio, unos vaqueros desgastados y una mochila de color rosa.

No era especialmente bueno sacando parecidos a nadie, pero, a simple vista, no veía nada en ella que gritara «Drake».

—Puedes retirarte —le dije a Janet.

Ella asintió con cierta reticencia.

Nos quedamos solos. La niña me miraba con seriedad, aunque su expresión era tranquila.

—¿Quieres sentarte? —pregunté, señalando la silla colocada frente a mi escritorio.

Como respuesta, se quitó la mochila, la dejó a un lado con cuidado y se sentó.

Fue entonces cuando me fijé en los dispositivos que llevaba en los oídos.

Como alguien que trabajaba en tecnología y seguía de cerca cada avance revolucionario en el campo de la ciencia aplicada, no me costó identificar lo que eran.

Implantes cocleares.

Sabía para qué servían: transformaban el sonido en señales eléctricas para que las personas sordas pudieran oír.

Intenté disimular mi fascinación, apartando la mirada de los implantes para centrarme en su rostro, cuyos enormes ojos me observaban con curiosidad.

—¿Quién eres y por qué le has dicho a mi secretaria que eres mi hija?

—Soy tu hija, y se lo he dicho porque lo soy.

Carraspeé, intentando mantener la calma. No era un buen día para juegos absurdos, joder.

—¿Y quién es tu madre? ¿Ella te ha dicho que yo soy tu padre?

—Mi madre se llama Scarlet Reed. Y sí, ella me dijo que tú eras mi padre.

¿Scarlet Reed?

Ese nombre no me decía absolutamente nada.

Aunque, siendo justos, tampoco era como si recordara con precisión a todas las mujeres con las que me había acostado.

—Si lo que dices es cierto, ¿por qué tu madre nunca me ha dicho nada sobre ti?

La niña frunció las cejas, visiblemente molesta.

—Según mamá, sí te lo dijo, pero tú no quisiste implicarte.

Lo que me faltaba por oír.

Podía ser un capullo con las mujeres el 90% de las veces, porque no me implicaba emocionalmente con ellas, pero jamás me habría desentendido de un hijo.

—Pues siento decirte que eso es falso. O bien te equivocas de hombre, o bien tu madre miente. Será mejor que vayas a hablar con ella y aclares el asunto, niña.

—No me llamo niña, me llamo Sunny —replicó con el ceño fruncido y la barbilla en alto.

—Muy bien, Sunny, pues encantado de haber hablado contigo. Y ahora, si me disculpas, no tengo tiempo para cuentos inventados ni visitas inesperadas.

Le señalé la puerta con un gesto de la mano, dando por zanjado el asunto, pero ella no se movió ni un milímetro.

—Sé que no me he equivocado de hombre porque mamá me enseñó tu foto en una revista donde salía un reportaje sobre ti. Eres tú, Zane Drake, ¿verdad?

—Lo soy —admití con un suspiro—. Pero te aseguro que nunca, ni una sola vez, una mujer ha llamado a mi puerta para decirme que iba a ser padre.

—Puede que lo hayas olvidado. A los hombres se os da muy bien olvidar cosas… o eso dice siempre mamá —dijo Sunny sin apartar la mirada de la mía, con una firmeza que no le encajaba a una niña de su edad—. Sea como sea, estoy segura de que tú eres mi padre. Y no es que quiera tener, de pronto, una súper relación de padre e hija contigo, ni mucho menos. Pero necesito que hagas algo por mí. Y dado que nunca te hemos pedido nada, ni mi madre ni yo, creo que estoy en mi derecho de hacerlo ahora.

Bufé con cansancio.

—Insisto: no soy tu padre. Pero ya que te empeñas… tengo curiosidad. ¿Qué se supone que quieres que haga por ti?

—Hay una niña en mi clase que es odiosa. Se llama Cindy y se cree la mejor del mundo porque su padre es rico y vive en una mansión. Siempre se está burlando de mí porque no tengo padre, y

porque mi madre y yo ni siquiera tenemos casa propia: vivimos con mis abuelos. Estoy harta de que me trate como si valiera menos por eso, así que el otro día le dije que en realidad sí tenía un padre… y que era más rico e importante que el suyo. ¡Y me llamó mentirosa! —Sunny apretó los puñitos sobre sus piernas, completamente indignada—. Así que quiero que me acompañes a la jornada de padres de la semana que viene, para que se calle la boca.

Me quedé mirándola, intentando asimilar su discurso.

—¿Me estás diciendo que todo esto… —hice un gesto con la mano, abarcando su presencia y la conversación surrealista— es porque quieres ganar una guerra de egos con una tal Cindy?

—No sé qué es una guerra de egos —replicó, frunciendo el ceño —. Solo sé que odio que Cindy se meta conmigo.

Me quedé en silencio un segundo.

Yo también había tenido diez años. Y sabía muy bien lo que era enfrentarse a compañeros molestos. Yo mismo había tenido que tragarme comentarios de mierda en el colegio, porque vivía con mis abuelos en lugar de con mis padres.

—Oye, lo entiendo —dije, soltando un suspiro—, pero que vayas a una jornada con un padre no va a solucionar las cosas. Por lo que cuentas, esa Cindy parece… una de esas niñas que necesitan sentirse por encima de los demás. Y estoy seguro de que, si quiere molestarte, encontrará otro motivo aunque yo aparezca allí.

Sunny me miró muy seria, como si sopesara cada palabra antes de responder.

—Puede ser. Pero si tú no vas, quedaré como una mentirosa. Ya le dije que iría a la jornada con mi padre.

Me froté una mano por la cara. Maldita sea, lo que me faltaba para rematar el día.

—Pero es que yo no soy tu padre. Por mucho que lo repitas, eso no va a cambiar.

—Sí que lo eres. Porque mamá me lo dijo. Y mamá nunca miente.

—Oye, todos los padres mienten. Todos los adultos lo hacemos en algún momento.

—La mía no. —Me clavó la mirada con decisión—. Cuando era pequeña hicimos un pacto. Nos prometimos decirnos siempre la verdad, aunque doliera. Y mamá nunca ha roto su parte.

Noté cómo una punzada dolorosa comenzaba a extenderse desde las sienes hasta el centro del cráneo.

Toda esa situación me estaba provocando migraña.

—Está bien, mira… como veo que no voy a ser capaz de convencerte de lo contrario, ¿qué te parece si vamos a hablar con tu madre ahora? Que sea ella misma quien lo desmienta.

Su rostro se arrugó un segundo con contrariedad.

—Es que… ella no sabe que estoy aquí.

—Pues mala suerte. Tienes dos opciones: aceptar que todo esto es un error y que no soy tu padre, o venir conmigo ahora mismo a hablar con ella y aclararlo de una vez.

Sunny apretó los labios, como si estuviera haciendo cálculos mentales a una velocidad que no correspondía con su edad.

—No puedes llamarla —dijo al fin—. Está trabajando. Y si se entera de que vine aquí sola en lugar de ir al colegio, se va a enfadar mucho.

—Entonces, lo siento, pero no puedo ayudarte —respondí, abriendo ligeramente los brazos—. No soy un actor de alquiler. No

voy a presentarme en el colegio de una desconocida para representar un numerito sin pruebas.

Sunny suspiró, como dándose por vencida.

—Está bien. Te llevaré hasta donde trabaja mamá para que ella misma te lo confirme todo.

—Lo estoy deseando —dije, poniéndome en pie mientras me dirigía con ella hacia la puerta.

Y no estaba siendo irónico.

Para nada.

Estaba deseando conocer a la mayor mentirosa nunca vista en Manhattan.

Porque de algo estaba seguro en esta vida: jamás me desentendí de una mujer embarazada.

Y si Scarlet Reed había llenado la cabeza de su hija con mentiras durante años… bueno, iba siendo hora de poner las cartas sobre la mesa.

3

Zane

Llegamos a uno de tantos edificios de Nueva York. No estaba en una manzana exclusiva ni mucho menos, pero eso no me extrañó.

Desde el momento en que Sunny entró en mi despacho sospeché que su madre sería algún tipo de cazafortunas. Lo que no entendía era que ella misma no me hubiera buscado para intentar aprovecharse de mí.

Admito que la vida me había vuelto desconfiado e incluso un poco cínico, pero esa mujer iba a tener que responder a muchas preguntas para que yo no pensara mal de ella.

Y aun así pensaría mal, estaba seguro.

Seguí a Sunny a través de un pasillo que llevaba a la entrada de un gimnasio.

Allí, la niña saludó a la recepcionista con una confianza que me desconcertó, porque a mi entender un gimnasio no era lugar para menores, pero empezaba a quedarme claro que Sunny no era una niña al uso.

—¿Dónde está tu madre? —pregunté a Sunny, al ver que caminaba hacia el fondo.

—Ella da pilates y yoga. Tiene que estar en su clase. Es la mejor y lo hace tan bien que siempre tiene colas de mujeres que quieren estar en sus clases, así que la pobre trabaja mucho…

Yo no me compadecía de ella.

Y no la llamaría «pobre», por descontado.

Solo quería enfrentarla, aclarar aquel embrollo y que le dijera a su hija frente a mí que era una mentirosa. Y no era porque me gustara ver sufrir a la gente, sino porque no me había gustado que la niña le tuviera una confianza tan ciega. Debía aprender que los padres no siempre son buenas personas. Y si no, que me lo dijeran a mí.

No iba a permitir que una mujer cualquiera mancillara mi nombre, pero menos aún que mintiera a su hija en algo tan grave como el paradero o la identidad de su padre.

—Aquí es. Ahí está.

Sunny llegó por fin a una cristalera que iba desde el techo hasta el suelo y a través de la cual podía verse a un grupo de mujeres contorsionándose en posturas difíciles.

No me fijé en ninguna de ellas, salvo en la que estaba al frente e impartía la clase.

A mi entender, era imposible que un cuerpo pudiera contorsionarse tanto. Yo, desde luego, no podía.

Joder, aquella mujer era impresionante.

Una mentirosa, pero impresionante de todos modos.

Incluso con las mallas que cubrían su cuerpo podía intuir unos músculos tonificados, un culo firme y unas tetas que, aun con sujetador deportivo, dejaban claro que eran increíbles.

La madre de Sunny estaba muy buena, sí. Mucho.

Tanto como para que, en cualquier otro momento, yo hubiese querido pasar un rato con ella.

Aquello estaba fuera de toda posibilidad en aquel instante, pero tuve el pensamiento de que, de haber tenido sexo con ella, lo recordaría. Se me hacía difícil incluso imaginar que podía llegar a olvidar a una mujer que pudiera contorsionarse así en la cama.

Tragué saliva y me concentré en lo importante: poner cara de indignación y frialdad para que, cuando me mirase, se diera cuenta de que estaba metida en un grave problema.

Y así fue justo cómo pasó.

Los ojos de la madre de Sunny se clavaron primero en su hija y los entrecerró de inmediato, como si estuviera lista para echarle la bronca por no estar en clase, pero en cuanto su mirada rodó hacia mí, perdió el equilibrio y todo el color de su cara.

Una pequeña parte de mí se regocijó con eso. Otra aún mayor sentía que eso no era siquiera un uno por ciento de todo lo que merecía sufrir por ser tan mentirosa.

Inspiré hondo, me metí las manos en los bolsillos y adopté esa postura de hombre rico, frío y poderoso que a menudo intimida tanto.

La vi detener la clase y pedir perdón a sus alumnas antes de acelerar el paso hacia nosotros.

Estaba seguro de que iba a ponerse roja por la vergüenza de ser tan mentirosa pero, en cuanto salió, lo primero que hizo fue señalar a su hija con un dedo acusatorio.

—¿Se puede saber por qué no estás en clase, Sunny? ¿Qué significa todo esto?

—¿Eso es todo lo único que vas a decir después de diez años sin ver a mi padre? —preguntó la niña, sin amilanarse ni siquiera un poquito.

Una parte estúpida e irracional de mí se sintió orgullosa de ella. Yo no era el padre de Sunny, eso lo tenía claro, pero si un día tenía una hija me encantaría que tuviera ese valor de decir las cosas sin dejarse amedrentar, aunque fuera por su madre.

Los ojos de su madre se posaron suavemente en mí, me miró de arriba abajo y tragó saliva con tanta intensidad que vi perfectamente el movimiento que hizo su garganta.

Aquello no debería haberme hecho tener pensamientos impuros, pero al parecer la química y sexualidad no estaba reñida con mi mala imagen sobre ella.

—Hola, mami —dije en tono sereno y frío—. Cuanto tiempo… ¿no?

Abrió la boca, intentó decir algo, pero su hija le tomó la delantera.

Y fue una lástima, porque estaba muy interesado en oír lo que sea que tuviera que decir.

—Antes de que me eches la bronca tienes que saber que tengo una muy buena razón para haber ido a buscarlo.

—Ah ¿sí? —preguntó su madre con voz estrangulada.

—Papá me acompañará a clase en la jornada de padres para callarle la boca a Cindy. ¿A que es genial?

No sé si fue peor su entusiasmo o la facilidad con la que se refirió a mí como «papá», que me puso el vello de punta.

Todo aquello era un caos y creo que su madre también se dio cuenta, porque la mirada de pánico que dedicó a su hija fue tan evidente que, de no ser porque Sunny solo tenía diez años, se habría dado cuenta de que todo aquello era una pantomima y yo no era su verdadero padre.

—Sunny, no deberías haber ido a buscar a… tu padre.

Apreté los dientes. Odié cada palabra que salió de su boca solo porque era mentira.

¡Y no había nada que llevara peor que una mentirosa!

—En realidad, ha hecho muy bien, porque ahora que yo sé de la existencia de Sunny he podido venir para animarte a ser una persona sincera y honesta, mami.

Repetí el apelativo solo porque, cada vez que lo hacía, su rostro perdía más color.

Estaba a un paso de volverse transparente y, lejos de importarme, disfrutaba con aquello. Era lo mínimo que merecía.

—Sunny, ve a clase.

—¡No hasta que hablemos!

—Sunny, hazme caso. Tengo que hablar con tu padre a solas.

—No.

—¡Sunny!

La niña apretó los dientes, miró mal a su madre y se fue dando zapatazos y dejando muy claro que no estaba de acuerdo con aquello.

Me pregunté qué pasaría si se negara. ¿Hasta dónde llegaba la autoridad de su madre? Porque algo me decía que, si Sunny ya tenía aquel genio con diez años, iba a ser mucho peor conforme creciera.

En cuanto la niña estuvo fuera de su alcance, ella me miró y soltó todo el aire que, al parecer, había estado reteniendo. Estiró la mano para presentarse y sonrió.

—Me llamo Scarlet, estoy metida en un lío y necesito invitarte a un café, explicártelo todo y que me ayudes.

Prefería morir antes que ayudarla. De hecho, no le estreché la mano, pero sí que acepté el café porque no pensaba marcharme de ese gimnasio ni de la vida de Scarlet sin dejarle claro antes todo lo que pensaba de ella.

4

Scarlet

Entramos en la cafetería del mismo edificio en el que estaba el gimnasio donde trabajaba. No tenían el mejor café de la ciudad, ni mucho menos, pero no estaba segura de poder llegar mucho más lejos sintiendo las rodillas tan temblorosas.

No me detuve a mirar a Zane en todo el camino, pero sabía que me seguía de cerca.

Era imposible no saberlo porque él… ocupaba el espacio. Todo el maldito espacio.

Era alto, ancho y corpulento. En lo físico, podría decirse que era el sueño erótico de cualquier mujer con ovarios operativos. Moreno, de ojos castaños y profundos, pestañas demasiado largas y espesas para un hombre y una boca hecha para ser besada.

Había visto a Zane Drake muchas veces en los medios, sobre todo porque Sunny adquirió una obsesión extraña desde que recurrí a su imagen a la desesperada y le dije que era su padre.

Pero tenía que admitir que no había una sola revista que le hiciera justicia.

Desprendía algo que no se veía ni sentía en fotos. Era algo… magnético. Peligroso. Ese tipo de «algo» que hacía que las mujeres cayeran en las redes de un hombre y terminaran en terapia.

Pedí un latte extragrande, porque estaba segura de que necesitaba muchísima cafeína para afrontar la charla que venía. Zane pidió café solo y también grande.

—¿Quieres azúcar? —pregunté junto a los botes de sobres que ponían para que la gente se sirviera.

—Preferiría explicaciones.

—No está relacionado, ¿sabes? Puedes tomar café dulce y recibir explicaciones al mismo tiempo.

Me atreví a mirarlo, pero en cuanto vi sus ojos puestos en mí sin atisbo de simpatía, supe que había sido una mala idea.

Por lo general era una mujer echada adelante.

Mi hermano Ryan solía decirme que no había quien me parara y que era prácticamente una revolución, pero en aquel instante, mirando a Zane, sabiendo que le había mentido a mi hija y que estaba metida en un lío tremendo, no me sentí como una revolución. No de las buenas, al menos.

—Está bien, ¿nos sentamos?

No respondió, pero se dirigió con su café solo y amargo hacia la mesa más alejada de todo el mundo y se sentó, esperando que hiciera lo propio frente a él. Lo hice. Tomé asiento y me preparé para hacer lo que peor se me daba y más odiaba hacer en el mundo: suplicar.

—Antes de que digas nada, debes saber que mi hija es lo más importante en mi vida.

—No soy su padre —dijo él sin más.

—Lo sé. —Tragué saliva y me recordé a mí misma que retorcerme las manos me haría quedar peor. Necesitaba defender mi punto de vista sin parecer una pésima persona—. Si te digo la verdad, nada de esto debería estar pasando. La única razón por la que le dije tu nombre a Sunny fue porque, cuando preguntó de nuevo, por millonésima vez, quién era su padre, tú estabas ahí, justo enfrente.

—¿Perdón?

—O sea, no tú. No en persona. Estabas en una revista en la mesa, justo en portada, siendo entrevistado como el millonario más sexy de Manhattan. Te miré y pensé: ¿por qué no? Nunca lo sabrá.

—Y aquí estamos. —Cada interrupción suya sonaba a acusación.

—Sí, aquí estamos. No debió ocurrir nunca. Pensé que Sunny lo dejaría estar una vez que te pusiera cara. Que se daría cuenta de que ella y yo somos más que suficientes para formar una familia, pero entonces la maldita Cindy empezó a hacer de las suyas…

—La niña del colegio.

—Sí. La menosprecia e intenta hacerla sentir inferior por no tener padre. He intentado mejorar la autoestima de mi hija y hacerla sentir segura, pero esto se ha hecho una bola imposible de parar.

—No habría sido así si no hubieras mentido a tu hija.

Sí, de nuevo sonaba acusatorio, pero esta vez no pensaba dejarme amedrentar.

—Oye, tengo mis razones para haber mentido. No creas que lo he hecho porque me ha dado la gana y ya está. No es así.

—¿No?

—Por supuesto que no. ¿Te crees que disfruto mintiendo a mi hija? Es lo más valioso que tengo. —Él puso cara de incredulidad y yo me envenené con mis propios pensamientos, porque de pronto me sentí como si me juzgara, y odiaba que la gente me juzgara, sobre todo en mi maternidad—. Fue una necesidad.

—La necesidad de no afrontar la verdad.

—No. La necesidad de mantenerla a salvo. —Eso pareció captar su interés y, muy a mi pesar, supe que tenía que ser franca, al menos en esa parte—. Oye, el padre real de Sunny es… es alguien

peligroso, ¿de acuerdo? No sabe de su existencia y tiene que seguir siendo así.

—¿A qué te refieres?

Apreté los dientes, porque odiaba verme en aquella tesitura, pero era consciente de que no tenía muchas más opciones.

—Es un hombre peligroso. Fui idiota y me dejé impresionar por alguien que no vale la pena y puede hacer mucho daño a Sunny si llega a saber de su existencia. Es la única razón por la que intento mantener a Sunny apartada de su paradero. Me da pavor que mi hija descubra la clase de padre que tiene.

—¿Por peligroso te refieres a…?

—Por peligroso me refiero a que es muy muy peligroso. Mucho. —Hice hincapié en mis palabras y usé un tono muy intenso para que comprendiera la gravedad del asunto—. Sunny jamás puede saber de quién es hija. Sé que tú no tienes la culpa, que te has visto envuelto en esto, pero, para ser sincera, nunca imaginé que mi hija encontraría el modo de llegar hasta ti. Eres rico, famoso y guapo. Vives en las altas esferas y nosotras no. Además, por lo que leí, ahora vives en California. ¡Ni siquiera deberías estar aquí!

—Pero lo estoy, tu hija me ha encontrado y no parece dispuesta a soltarme. Tienes que decirle la verdad. —Hice amago de protestar pero él me frenó, alzando una mano en señal de «stop»—. Entiendo lo que dices, pero yo no soy su padre y no pienso ejercer como tal.

—No tienes que hacerlo. No tienes que inmiscuirse en su vida. De verdad, solo tienes que ignorarla.

—Está empeñada en que vaya al colegio con ella para que esa otra niña se trague sus palabras. ¿Qué se supone que tengo que hacer?

—Dile que estás muy ocupado. Que no tienes tiempo para ir al colegio.

—Es decir, que no solo quieres endosar una niña que no es mía, sino que quieres que ocupe el papel de padre cabrón.

—Sí. ¡No! —Cerré los ojos, frustrada—. Dios, esto es muy complicado y un lío tremendo, pero de verdad no te lo pediría si no sintiera que es lo mejor para Sunny. Ella no puede saber, bajo ningún concepto, quién es su padre. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo.

—¿Sí?

—Sí, bueno, odio a la gente mentirosa, pero si es como dices y no me has mentido, tienes tus razones para ocultarle la identidad de su padre. Sin embargo, no debiste mentir acerca de mí o cualquier otro hombre.

—Lo sé. Lo siento.

—No puedo ejercer de padre de una niña que no es mía. Ni siquiera por principios, ¿entiendes?

—Pero…

—Tendrás que explicarle que hubo una confusión.

—Tú no conoces a Sunny. Ella es como los perros que se aferran a un hueso y se niegan a soltarlo.

—Por lo poco que la he conocido, me lo imagino, pero estás olvidando algo vital.

—¿El qué?

—No es mi problema. —Tragué saliva, porque su tono fue frío y desinteresado—. Entiendo tus circunstancias y tus motivos, pero no es mi problema y no vas a convertirlo en algo que tenga que incumbirme de alguna forma. Habla con Sunny, explícale la verdad o invéntate otra patraña. Haz lo que sea, pero sácame de este lío, ¿de acuerdo?

—¿Y si no lo hago? —Él elevó una ceja con ironía, como si no fuera capaz de creer que estuviera plantándole cara. Por estúpido que parezca, eso solo me hizo cuadrar más los hombros—. ¿Qué harás si no lo hago?

—Créeme, Scarlet. No quieres saber lo que soy capaz de hacer si no aclaras esto.

Se levantó, se marchó y me dejó allí con el corazón latiendo como un loco, no de miedo, sino de algo muy parecido a la… adrenalina.

Estaba loca. Estaba completamente loca y mi hermano Ryan tenía razón, yo era una revolución, pero no una de las buenas.

Definitivamente, era una de las malas, de esas que lo ponen todo patas arriba aunque no quiera.

5

Zane

La mansión de los Drake no era solo una casa. Era una institución. De piedra clara, con ventanales enormes y un jardín que parecía sacado de una revista.

Estaba en una zona tranquila, rodeada de árboles centenarios. Desde la terraza, se veían las aguas del río Hudson colarse entre las ramas. Y cuando hacía viento, parecía que la casa respiraba.

Crecí allí, bajo el techo de mis abuelos.

Había disciplina, sí, pero también cariño.

Recuerdo a mi abuela esperándome con chocolate caliente cuando volvía del colegio. Y a mi abuelo enseñándome a jugar al ajedrez en la biblioteca.

Volver ahora, con el abuelo ya bajo tierra y la abuela apagándose poco a poco, era como entrar en una versión en blanco y negro de mi infancia.

Todo seguía en su sitio, pero nada era igual.

Entré en la casa y en el vestíbulo me recibió una de las cuidadoras. Me acompañó en silencio hasta la habitación de la abuela.

La puerta estaba entreabierta.

Dentro, la luz era suave, y el zumbido del concentrador de oxígeno rompía el silencio con su constancia mecánica.

Mi abuela estaba sentada en la cama, rodeada de almohadas. Me sorprendió verla con ese aspecto. Delgada, frágil. Daba igual

cuánto tiempo pasara, no me acostumbraba a verla así.

Cuando se dio cuenta de mi presencia, sonrió. Y sentí una punzada en el pecho al pensar que no me quedarían muchas más sonrisas por ver.

—Estás aquí. ¿No es demasiado temprano para un hombre de negocios como tú?

Sonreí. Me acerqué a ella y me senté junto a la cama.

—Me apetecía verte, abuela. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Bien, supongo. Aunque ese amigo tuyo se ha empecinado en trastearme más de la cuenta.

—Nate solo hace su trabajo.

—Con demasiado ímpetu, diría. No sé por qué pierde el tiempo conmigo. Sé de sobras que no me queda mucho tiempo.

—Abuela…

—Zane, cariño. Sé que es así. Y no tengo miedo. He vivido todo lo que tenía que vivir. He sido feliz. Y sé que tu abuelo me está esperando. No es necesario ponerse triste. Lo único que lamento es no haberte visto casado y con hijos. Esa es la única espina que me quedará cuando me vaya.

Tragué saliva, sintiendo cómo esa frase se me quedaba clavada.

—No sé si he nacido para eso —murmuré—. Para formar una familia, seguir ese camino. A veces siento que no es para mí.

La abuela sonrió con ternura.

—Por supuesto que sí, Zane. Has nacido para querer y ser querido. Sé que hasta ahora has priorizado el trabajo. Pero también sé que, en el fondo de tu corazón, anhelas pertenecer. Nada me haría más feliz que verte enamorado y siendo padre. Es una imagen que siempre he tenido en la cabeza y que me habría encantado

presenciar. Si pudiera pedir un último deseo antes de irme, sería ese: verte feliz al lado de una mujer y con un hijo.

Ella buscó mi mano y entrelazó sus dedos con los míos, con una sonrisa. Yo me quedé en silencio, pensando en sus palabras.

Tenía razón. Hasta ahora, el trabajo lo había sido todo.

Casarme no entraba en mis planes. Ni formar una familia.

Nunca me había enamorado, y las mujeres que entraban en mi vida eran solo eso: una distracción. Diversión sin complicaciones. Una forma rápida de soltar adrenalina y de llenar el vacío con sexo.

No me interesaba tener hijos.

No quería traer al mundo a alguien que pudiera sentirse tan desgraciado como me había sentido yo durante años, al ser invisible para mis propios padres, que pasaron más tiempo huyendo de mí que criándome.

Prefería no repetir la historia. No cuando mis prioridades eran claras. Trabajo, control, independencia.

Era irónico que el último deseo de mi abuela fuera, justamente, el único que no me veía capaz de cumplir.

***

El *Hudson & Hoops* estaba a reventar de gente, como siempre que jugaban los Knicks. El ruido del local se mezclaba con los gritos, los vasos chocando y el olor a alitas picantes y cerveza derramada.

Era un caos familiar. Casi reconfortante.

Nate ya me esperaba en la mesa de siempre, con dos cervezas sudando sobre los posavasos y la mirada puesta en la pantalla gigante del fondo.

Me abrí paso entre la multitud y me dejé caer en la silla de enfrente. Cogí una de las cervezas sin decir nada.

—Llegas tarde —dijo él, sin apartar la vista del partido.

—Lo sé. Pasé a ver a la abuela antes de venir.

Entonces sí, dejó de mirar el televisor y me prestó atención.

—¿Y cómo se encuentra? Esta mañana no dejaba de quejarse.

—Quejarse es parte de su ADN.

Nate me observó en silencio unos segundos.

—¿Te ha dicho algo?

Asentí, dejando el vaso sobre la mesa.

—Sabe que no le queda mucho tiempo, aunque no parece asustada.

—Es una mujer fuerte.

—Lo es. También me ha dicho que si pudiera pedir un último deseo sería verme convertido en padre.

Se rio.

—¿No sabe que esperar de ti algo así es como pedir nieve en pleno agosto?

—Se ve que aún tiene fe en los milagros.

Nate me sostuvo la mirada un segundo.

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Jodido —dije, apartando la mirada hacia mis manos—. No sé si estoy preparado para verla marchar. Desde que el abuelo murió, ella fue la única constante en mi vida. Pensar en despedirme… me deja sin aire.

—Siento no haber podido hacer nada por ella.

—No lo sientas. Sé que hiciste todo lo que estaba en tus manos.

Nate asintió, pero con ese gesto cargado de frustración que solo tienen los médicos cuando se enfrentan a lo irreversible.

—¿Lo saben tus padres?

—Saben que está enferma, pero no hasta qué punto. Si lo supieran, estarían aquí mañana mismo, con prisas, con exigencias… queriendo hablar de testamentos, de lo que les toca, de lo que creen que les debe. Y ella no se merece eso en su estado.

Un rugido estalló en todo el bar cuando los Knicks anotaron una canasta casi imposible. La gente aplaudió, gritó, algunos se levantaron de sus sillas. El momento nos sacó por un segundo del bucle.

Nate lo celebró también levantando los puños, aunque enseguida volvió a concentrarse en mí.

—Perdón, me dejé llevar —murmuró, y luego volvió a mirarme, más serio—. ¿Puedo hacer algo por ti? Lo que sea. —Negué con la cabeza—. Lauren quiere que vengas a casa este fin de semana. Quiere hacer una barbacoa. Dice que así aprovechas que estás en la ciudad y pasas tiempo con tu ahijado.

—Eso está hecho —asentí con una sonrisa sincera.

Cuando Lauren se quedó embarazada, Nate y ella me dieron la noticia con una caja. Dentro había una taza blanca con letras negras que decían: «El mejor padrino del mundo.»

Me sorprendió, por supuesto.

No solo que fueran a tener un hijo, sino que esperaran que un tipo como yo, alérgico a compromisos, a relaciones largas y a

cualquier cosa que implicara madrugar un domingo, aceptara algo así.

Pero lo hice. Porque era Nate. Y porque me sentí honrado de que él y Lauren quisieran involucrarme hasta ese punto.

—Mira el lado bueno —añadió Nate con una sonrisa ladeada—. Ya que probablemente nunca tendrás hijos, al menos puedes practicar con el mío. Te damos la experiencia sin las facturas, las noches sin dormir ni los pañales explosivos.

Sonreí. Y sin saber muy bien por qué, pensé en Sunny. La niña de aquella mañana.

—Respecto a eso, hoy me ha pasado algo… rarísimo. Una niña se presentó en mi despacho diciendo que era mi hija.

Nate parpadeó.

—¿Perdón?

—Tal cual lo oyes. Se coló en la recepción y le dijo a mi secretaria que venía a ver a su padre. Y ese, según ella, era yo.

Nate se me quedó mirando como si intentara adivinar si estaba de broma o había perdido por completo el juicio.

—¿Tienes una hija secreta y olvidaste mencionarlo?

—La cría no es mía. Le pedí hablar con su madre, hablé con ella y me confesó que todo era mentira. Que me vio en una revista y le dijo a su hija que yo era su padre sin pensarlo demasiado.

Evoqué de nuevo a Scarlet. Vestida con ropa ajustada, el cuerpo firme, los ojos despiertos y esa boca que podría hacerte desear cosas sucias.

Era justo el tipo de mujer que me atraía, no podía negarlo.

Aunque fuera una mentirosa.

—¿Pero le ha dicho la verdad a la niña?

—No. No quiere que lo sepa. De hecho, me pidió que no dijera nada, incluso si vuelve a aparecer.

—Menuda cara.

Asentí, aunque en realidad había algo más.

Había notado su expresión cuando mencionó al supuesto padre biológico. Había miedo en sus ojos. Y no me dio la impresión de que fuera solo una estrategia para darme pena o convencerme de mantener la mentira. Parecía real.

Aunque, como ya le había dicho, no era mi problema y no pensaba involucrarme.

Nate dio un sorbo a su cerveza y me miró de reojo.

—Es curioso, ¿no? Una niña aparece en tu despacho diciendo que es tu hija el mismo día que tu abuela confiesa que su último deseo es verte convertido en padre… Parece una señal del universo.

Pero entonces, antes de que pudiera rebatir su comentario con alguna ironía rápida, lo pensé bien.

Detestaba no poder darle a mi abuela esa última voluntad.

¿Y si hubiera una forma de hacerlo?

Una manera, por loca que fuera, de darle esa alegría antes de que se marchara.

No necesitaba ser real. Solo tenía que parecerlo.

Y Sunny era la solución perfecta.

Una niña con carácter, carisma, y una historia ya montada.

Una mentira a medio hacer que, con un par de ajustes, podría convertirse en el mayor regalo que podía darle a mi abuela en sus

últimos días.

Solo tenía que convencer a Scarlet.

Y rezar para que no me mandara al infierno en el intento.

6

Scarlet

Mucha gente pensaría que vivir con sus padres es un fracaso. Sin embargo, para mí, vivir con los míos, era todo lo contrario. Era un privilegio.

Ellos me ayudaban con Sunny, me ofrecían un techo, una red de apoyo real, y nunca me hicieron sentir menos por haber vuelto a casa. Una casa que, dicho sea de paso, se sentía como un verdadero hogar.

Mis padres vivían en una casita pequeña en el West Village, con jardín delantero, columpios y una valla blanca que rodeaba todo el perímetro.

Era el tipo de casa con la que la gente sueña cuando quiere formar una familia. Y Sunny y yo éramos felices allí.

No era la vida que había imaginado a los veinte.

Pero era la que me había tocado.

Y aunque viniera cargada de renuncias, también estaba llena de amor.

Aunque, para ser honestos, aquella noche el amor estaba a la par con el agotamiento.

—Por mucho que insistas, mamá, no voy a renunciar a ir a la jornada de padres con Zane. Quiero que Cindy lo vea y se le atraganten las palabras.

Sunny estaba acurrucada en su cama, con los brazos cruzados y la barbilla alzada. Aquella era la enésima vez que discutíamos por lo

mismo y mis reservas de paciencia estaban bajo mínimos.

—Sunny… no puedes obligar a alguien a hacer de padre solo porque lo hayas decidido tú.

—En todos estos años no le he pedido nada. Solo quiero que me conceda un día. Uno. Y ni siquiera es por mí, es para que Cindy cierre la boca de una vez.

—Deberías ignorar lo que Cindy dice.

—No es fácil hacerlo cuando te lo repite todos los días delante de todo el mundo.

Lo entendía. Por supuesto que lo hacía.

Por mucho que me hubiera esforzado en que mi hija tuviera una buena autoestima, que se valorara tal como era y entendiera que no necesitaba la validación de nadie… la verdad es que ninguna frase motivadora podía blindarla contra la crueldad diaria de una niña con ganas de hacer daño.

Y Sunny no era de piedra. De hecho, no había tenido una vida fácil.

Nació con sordera profunda y, hasta los cinco años, gracias a mi hermano Ryan, que pagó los implantes cocleares, no pudo empezar a descubrir el sonido del mundo.

Sabía que llevar esos implantes era motivo de inseguridad para ella. Que muchas veces fingía que no le importaba cuando alguien los señalaba o murmuraba por detrás. Pero sí le importaba. Y mucho.

Y ahora, encima, estaba Cindy, con sus comentarios maliciosos y esa superioridad incomprensible para tener solo diez años.

Entendía el impulso de Sunny.

La necesidad de presumir de un padre.

Y la esperanza de no sentirse la rara, la distinta, la que no encajaba.

Pero Zane no era su padre biológico, y por mucho que insistiera, él ya había dejado claro que no estaba interesado en formar parte de nada. Y no podía culparlo.

—Sunny, sabes que no soy una madre estricta. Que te doy mucha libertad. Y que confío en ti plenamente. Pero no puedes volver a hacer lo que has hecho hoy. Faltar a clase. Plantarte en el despacho de un desconocido. Mentir. Escaparte sin avisar.

Ella bajó la mirada.

—No es un desconocido, es mi padre.

Suspiré.

—¿Y si te hubiera pasado algo?

—Pero no me pasó nada. Soy autosuficiente. Me educaste para serlo.

—Lo sé —respondí, suavizando el tono de voz—. Y estoy orgullosa de ti por eso, cielo. Pero ser autosuficiente no significa hacer lo que quieras sin pensar en las consecuencias. Lo entiendes, ¿verdad?

Ella no dijo nada. Tampoco esperé respuesta. Me incliné, le aparté con cuidado un mechón de la frente y le di un beso. Ella no dijo nada. Se limitó a taparse con el edredón, abrazar el peluche de unicornio con el que dormía desde los seis años y cerrar los ojos.

Apagué la luz, salí en silencio de su habitación y cerré la puerta despacio.

Necesitaba respirar.

Y pensar.

Porque, aunque me negara a admitirlo en voz alta, una parte de mí sabía que todo aquello ya había empezado a salirse de control.

Una vez en mi habitación, me puse el pijama, me tumbé en la cama y dejé que, de nuevo, lo acontecido durante el día me sacudiera.

Aún podía sentir los ojos oscuros de Zane puestos sobre mí, evaluándome. Por mucho que hubiera mostrado la empatía de una piedra, tenía que admitir que era condenadamente sexy.

No me sorprendía que las revistas hablaran de él como uno de los solteros más deseados de Manhattan. Tenía esa presencia que llenaba el espacio sin esfuerzo, y una mirada que, aunque fría, parecía atravesarte.

Estaba claro que ese pedazo de hombre no iba a ayudarme con Sunny. De hecho, estaba convencida de que, si ella volvía a buscarlo, acabaría contándole la verdad.

Y no podía culparlo. Maldita sea, no podía.

Porque lo había arrastrado a una mentira que no le pertenecía.

¿Y si le contaba la verdad? ¿Qué haría entonces?

Sunny se estaba haciendo mayor, quizás había llegado el momento de explicarle quién era en realidad su padre.

Podía imaginarme diciéndoselo, con voz calmada y gesto sereno, como si fuera una anécdota cualquiera:

—Hija, ¿recuerdas que mamá decidió dejar la universidad en tercero para ir en busca de aventuras? Pues bien… las encontró. En Chicago. Y entre los brazos de uno de los mafiosos más carismáticos y peligrosos del maldito medio oeste.

Sí, seguro que lo entendería perfectamente.

Se quedaría tan tranquila, abrazaría a su unicornio, y me daría las gracias por el dato.

Suspiré.

No. No podía contarle la verdad.

No podía arriesgarme a que Sunny hiciera más preguntas. O peor aún, que intentara buscarlo. No podía ponernos en peligro.

Si me marché en su día sin decir nada, fue justamente para mantenernos a salvo.

A fin de cuentas, todo aquello venía directamente de mi forma de ser. A veces demasiado impulsiva. Alocada. Con una tendencia crónica a lanzarme de cabeza antes de comprobar si había red abajo.

Así había terminado enredada con el hombre menos indicado del planeta.

Y es que, el padre de Sunny, no era un mafioso cualquiera de Chicago. Se trataba nada más y nada menos, de Dante Renzetti, conocido como el Carnicero de Chicago.

7

Zane

Entré en el gimnasio en el que trabajaba Scarlet y caminé hacia el fondo con decisión, sin pararme en la recepción, como si fuera el dueño de aquel lugar porque había aprendido desde bien pequeño que, si actuabas así, rara vez alguien se atrevía a frenarte.

Aquello era una locura. Yo me había vuelto loco, pero un par de días dando vueltas a la cabeza me habían bastado para darme cuenta de que prefería ser un loco que hiciera feliz a su abuela, a un loco frío y algo despiadado, como había sido hasta el momento.

Ella era la única persona que quedaba en el mundo capaz de entenderme y quererme por lo que era, y no por quien era.

Haría cualquier cosa por ella, así que no dudé a la hora de abrir la puerta con decisión.

Scarlet estaba haciendo una posición tan complicada que me excité.

Joder, se me puso dura solo de imaginar cómo sería colocarme detrás, sin ropa, y empujar en ese cuerpo esculpido y musculado a base de ejercicio y yoga.

Apreté la mandíbula, porque no estaba allí para cumplir con mis deseos más oscuros, sino para ser tan práctico como pudiera.

—Tenemos que hablar —dije sin vacilaciones.

Había seis mujeres en la clase. Las seis me miraron. Las seis abrieron la boca tanto como sus expresiones se lo permitían.

Scarlet, en cambio, me miró inalterable.

Si se sorprendió al verme, no lo demostró, y una parte de mí la admiró por eso. Sabía que yo podía resultar intimidatorio, pero ella parecía estar tranquila.

El único rasgo de nerviosismo fue el brillo de desconfianza que apareció en sus ojos.

—Tenemos que hablar, Scarlet —repetí.

—Estoy dando una clase —fue su respuesta.

—Pero…

—Puedes esperar a que termine o te unes, pero ahora mismo estoy ocupada. Chicas, no perdáis la concentración.

Mi ego se regodeó al darse cuenta de que la pérdida de concentración de sus chicas era toda por mi presencia allí. Me lo tomé como un cumplido.

—¿Y bien? —preguntó Scarlet—. ¿Qué va a ser? ¿Te unes o te vas?

Apreté los dientes. No pensaba unirme a hacer posturas imposibles y menos con aquel traje tan caro y ajustado, hecho a medida.

También estaba el hecho de que yo dudara fuertemente ser capaz de contorsionarme ni siquiera la mitad que todas aquellas mujeres, así que me di la vuelta y salí de la clase sin decir ni una palabra más.

De todas formas no fui lejos.

Me apoyé contra la pared, al lado de la puerta, e invertí todo mi tiempo en mirar a Scarlet mientras daba clase. Y debo decir que, aunque su aguante era admirable, al final acabó cediendo a la tensión.

Cada vez estaba más nerviosa por mí.

Posiblemente se debía a que quería matarme y no a algo físico, pero era una reacción tan válida como cualquier otra.

Cuando al fin acabó (unos minutos antes de la hora en punto) Scarlet salió con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Qué haces aquí?

—Tenemos que hablar.

—Creo recordar que tú ya dijiste todo lo que tenías que decir.

—Bueno, pues resulta que he estado pensando y aun me quedan cosas por decir. Cosas interesantes que podrían alegrarte, porque te incumben e interesan.

—Tengo una clase en media hora.

Era imposible que en media hora pudiera dedicar tiempo a hacer un ejercicio tan intenso de nuevo.

Su resistencia despertaba mi curiosidad pero, de nuevo, entendí que era una curiosidad que tenía que quedarse bajo llaves.

Mis deseos más explícitos no podían inmiscuirse en aquello o acabaría por joderlo todo mucho antes de empezar.

—Media hora es tiempo más que suficiente. ¿Un café?

Ella no contestó, pero se encaminó hacia la entrada. La seguí con una sonrisa, aunque ni yo mismo sabía por qué sonreía. Al parecer me ponía de buen humor enfadarla, lo que era raro y poco inteligente de mi parte, porque era evidente que Scarlet podía tener un genio infernal si se lo proponía.

Fuimos a la misma cafetería que días atrás, cuando yo la había forzado a confesar todo lo relacionado con el padre real de Sunny. Todavía daba vueltas a aquello, pero no era el momento de pensarlo ahí mismo.

—Tú dirás —dijo cuando estuvimos sentados frente a frente, ambos con nuestros cafés.

—He estado pensando en lo que hablamos… Me siento benévolo, ¿sabes? No sé. Últimamente no he hecho demasiadas buenas obras y hacer algunas cada cierto tiempo me mantiene humilde.

Scarlet bufó y estuve a punto de ofenderme, pero luego recordé que estaba siendo un mentiroso y no tenía mucho derecho.

—Humilde y Zane Drake son dos cosas que no casan en absoluto.

Tenía razón. No podía negarlo.

—Deja de ponerte bravucona, porque estoy aquí para hacerte un favor.

—¿No me digas?

—Sí. Exacto. Voy a aceptar tu oferta de hacerme pasar por el padre de Sunny durante un tiempo.

No sé qué esperaba. Quiero decir, imaginaba que no habría fuegos artificiales y mucho menos saltaría sobre mi regazo (aunque no me hubiese importado) pero que elevara una ceja y me mirara de aquella forma… no. Aquello no lo esperaba.

—Venga ya —soltó una risita y negó con la cabeza—. ¿De verdad has vuelto a buscarme a mi trabajo para venderme que has pensado que eres un alma caritativa y quieres hacer esto por mí?

—¿Por qué, si no?

—No lo sé, pero estoy bastante segura de que hay una razón por la que se ha producido este cambio. Y no somos mi hija y yo, eso por descontado.

—Tienes muy mal concepto de mí para no conocerme apenas.

—Bueno, cielo, no te esforzarte en dejar un buen recuerdo en nuestro primer encuentro.

—Eso es porque eres una mentirosa y yo aborrezco a los mentirosos.

—¿Y qué estás siendo tú ahora?

Pillado.

Apreté la mandíbula porque tenía toda la razón. Suspiré, derrotado, y decidí rápidamente que aquella táctica no iba a funcionar.

Era un hombre de negocios, sabía de sobra cuándo era hora de frenar y cambiar la táctica. La sinceridad era un camino más complicado, porque corría el riesgo de que me juzgara.

No me importaba que la gente pensara que yo era un cretino en los negocios o mi vida privada, pero en lo relacionado con mi abuela, prefería que nadie opinara nada. Ni bueno, ni malo. Era demasiado importante para mí.

—Está bien. Aquí va la verdad: necesito una novia y una hija para presentarle a mi abuela.

Tuve suerte de que no estuviera bebiendo de su café en ese momento, porque incluso así consiguió atragantarse con su propia saliva.

—¿Perdón?

—Ya me has oído. Necesito una novia y una hija para presentársela a mi abuela. Está… está muy enferma. La ilusión de su vida y prácticamente su última voluntad es verme formar una familia y, por desgracia, no tenemos tiempo para que yo pueda lograrlo por medios tradicionales.

—¿Qué estás queriendo decir?

—¿Tú qué crees? Vamos, Scarlet, apenas nos conocemos pero los dos sabemos que estás muy lejos de ser estúpida.

Eran palabras arriesgadas. Podía cabrearla más, o hacerle entender que estaba hablando muy en serio.

—No sé, Zane…

—¿El qué no sabes?

—Bueno, no sé nada. ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Fingir frente a tu abuela?

—Exacto. Tú y Sunny tenéis que conocerla y fingir que somos una gran familia feliz.

—No quiero mentirle a una señora mayor.

—Ah, pero no tenías problemas en mentirle a tu hija, ¿verdad? —La ironía me hizo reír secamente—. Como tampoco tenías problemas en hacer que tu hija me pidiera que fuera al colegio el día del padre.

—Eh, no te equivoques. Eso fue cosa de Sunny, no mía.

—Aun así, estoy dispuesto a hacerlo, ¿sabes? Puedo hacer feliz a tu hija yendo a esa escuela y siendo el padre perfecto frente a la maquiavélica Cindy.

—Recuerdas su nombre.

—Claro que recuerdo su nombre. Yo lo recuerdo todo.

Todavía a día de hoy no sé si aquella frase la dije como una promesa o una amenaza.

—No sé yo…

—Puedes ganar tanto como yo. Una visita a casa de mi abuela a cambio de una visita al colegio. Fácil, rápido y todos ganamos: mi abuela, tu hija, tú y yo.

—¿Tú y yo?

—Tú quieres la felicidad de tu hija y yo la de mi abuela.

—No quiero que Sunny se encariñe contigo.

—No lo hará. En cuanto… en cuanto mi abuela muera, yo me iré de Nueva York. Solo estoy viviendo aquí para acompañarla en sus últimos momentos. Romper lazos con Sunny será fácil. Incluso estoy dispuesto a enviarle algún correo electrónico de vez en cuando.

—¿Y no te importará que haya una niña por ahí pensando que eres su padre?

—Siempre y cuando no crezca y se convierta en una adulta pidiendo heredar parte de mi fortuna, no.

—Mi hija no es ninguna cazafortunas.

—No he dicho eso. He dicho que, en algún momento, tendrás que decirle la verdad.

—Lo haré.

—Bien. Y para que todo quede claro, firmaremos un contrato. No quiero malentendidos ni dramas cuando todo esto acabe.

—¿Un contrato?

—Exacto. Lo dejará todo por escrito: lo que fingimos, durante cuánto tiempo y que ninguno puede reclamar nada al otro. ¿Qué me dices?

Di un sorbo a mi café mientras esperaba a que lo pensara. No quise reconocer, ni siquiera para mí mismo, que me moría por una respuesta afirmativa.

8

Scarlet

Miré por la ventanilla el camino privado que se llenaba de árboles y me pregunté, no por primera vez, qué estaba haciendo. ¿Por qué había aceptado? ¡Aquello era una locura!

Estaba sentada en un coche que seguramente costaba más que todas mis pertenencias juntas. Olía a nuevo y a caro. No es que yo fuera fácil de impresionar, mis padres vivían bien y mi hermano había ganado mucho dinero con su empresa, pero aquello era distinto.

Emanaba poder. Incluso Sunny podía sentirlo, porque no había parado de halagar cada cosa que había visto desde que había entrado en la parte trasera.

Claro que yo tenía la sospecha de que eso era, en parte, porque quería hacerle la pelota a Zane para que él, a cambio, fuera encantador en el día del cole.

La alegría que mi hija había demostrado cuando le conté que finalmente sí que iba a poder cumplir su pequeña venganza fue tan grande que me sentí mal de inmediato.

La mentira se me había ido de las manos.

Era oficialmente una estafadora y una mentirosa.

Algún día, cuando Sunny creciera y supiera la verdad, me odiaría, pero no podía dar marcha atrás porque hacer feliz a la personita que era en aquel momento me importaba más que las futuras consecuencias.

Eso no significaba que no estuviera nerviosa por hacer aquello.

Sentía tal dolor de estómago que era un milagro que no hubiese vomitado en aquel coche increíblemente lujoso ya.

—¿Estás bien? —preguntó Zane en un susurro justo después de subir el volumen de la música.

—Ajá.

—Te has puesto muy pálida.

—¿Desde cuándo eres consciente de mis tonos de piel? —Fui más borde de la cuenta. Incluso yo me di cuenta. Intenté reconducirme de inmediato—. Perdona, solo estoy nerviosa, supongo.

—No tienes por qué. Mi abuela es encantadora.

—Oh, imagino. Tanto como tú, ¿verdad?

Sus labios temblaron y eso despertó en mí un aleteo que no debería haber sentido.

¿Había estado a punto de hacerlo reír?

Era complicado, porque tenía la sospecha de que Zane preferiría clavarse alfileres en los ojos antes que reír abiertamente y perder su imagen de empresario frío y calculador, pero nunca se sabía.

—No, yo soy un cabrón arrogante y poco amable. Ya lo sabes.

Yo sí me reí.

En los días que habían pasado desde que acepté esta locura habíamos hablado alguna vez por teléfono, sobre todo para concretar la visita, y había descubierto que Zane era más divertido de lo que pretendía hacer ver.

Sus chistes eran raros y por lo general los soltaba tan serio que no sabía si iban en serio o no, pero sabía que esta vez había acertado, porque una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—Oye, Zane, ¿estás seguro de que tu abuela es simpática? —preguntó Sunny desde atrás.

—Es muy simpática, te lo prometo. No tienes nada que temer.

La noche anterior me preguntó si tenía que llamarlo «papá» y, cuando le dije que no, que podía llamarlo por su nombre, me contestó que mejor, porque lo prefería.

Nadie imaginará nunca el alivio que sentí.

No quería joder a mi hija aún más. Sabía que era una tontería, que aun así estaba haciendo algo incorrecto, pero… pero solo sería una vez. Nada más.

Una visita al colegio para que Cindy aprendiera de una vez por todas y luego enfrentaríamos la desaparición de Zane de su vida juntas.

Todo saldría bien al final, tenía que confiar en eso para no volverme loca.

Bajamos frente a una casa increíblemente lujosa, como todo lo que rodeaba a Zane.

Entramos con él, saludamos a la ama de llaves cuando él lo hizo y lo seguimos escaleras arriba en completo silencio.

Sunny estaba nerviosa, lo notaba en el modo en que se agarraba a mi mano y no podía juzgarla.

—Si no es simpática, ¿podemos irnos? —preguntó en un susurro.

Zane carraspeó, así que entendí que la había oído, aunque fuera un par de pasos por delante.

—Por supuesto —murmuré.

Una cosa era que hubiese aceptado aquello y otra muy diferente que estuviera dispuesta a soportar que no trataran bien a mi hija.

Sunny era lo mejor de mi vida y no iba a consentir que nadie la tratara mal.

Entramos en la habitación en la que esperaba encontrar a una señora muy muy mayor y moribunda.

Y no es que allí hubiera una jovencita, porque era evidente que la anciana que estaba sentada entre cojines mullidos y sábanas caras era muy mayor, pero no tanto como yo esperaba.

Y desde luego no parecía tan moribunda como yo creí. Aquello era bueno, en realidad. No sabía cómo explicarle a Sunny el modo en que se demacran algunas personas en la etapa final de sus vidas.

—¡Cariño!

—Hola, abuela, ¿cómo estás?

Zane se acercó sonriendo con una dulzura para la que yo no estaba lista. Y mis hormonas tampoco. Ahora entendía por qué ese hombre no sonreía con asiduidad: corría el riesgo de incinerar a las mujeres del mundo.

—¿Son ellas? —preguntó la señora mirándonos.

Me sorprendió un poco que Zane ya le hubiese hablado de nosotras, pero cuando lo pensé un segundo me di cuenta de que, en realidad, le pegaba.

Era un movimiento calculado, pensado y premeditado: al más puro estilo Zane Drake.

—Sí. Sunny, acércate, ¿quieres?

La niña se acercó y él hizo las presentaciones pertinentes.

Por fortuna, mi hija decidió ser amable, educada y tan dulce que, unos minutos después de conocerse, la abuela de Zane estaba prendada de ella y yo también.

Cuando la veía actuar así me sentía infinitamente orgullosa de mi trabajo como madre.

Por desgracia después tenía ocurrencias como la de escaparse del colegio para buscar a su padre y…

—¿Y ella es Scarlet? —preguntó la abuela.

—En efecto. Cielo, acércate.

No sé si fue la orden o el apelativo cariñoso, pero me derretí de un modo peligroso mientras me acercaba a ellos.

Me senté en el colchón, junto a la abuela de Zane, e intenté no sobresaltarme cuando esta me cogió la mano con suavidad.

—¿Cómo estás, querida? Dios mío, eres preciosa. Es normal que mi chico perdiera la cabeza hace años por ti. Y ahora otra vez, ¿no?

Me ruboricé en el acto. Debería estar preocupada por devanarme los sesos pensando en lo que Zane le habría contado de mí, pero estaba más ocupada sintiendo cómo me brincaba el estómago al oírle decir que alguien como él podría perder la cabeza por alguien como yo.

Por eso y por qué Sunny estaba ahí, oyéndolo todo.

Y una cosa era fingir que la niña era suya, pero no quería que mi hija entendiera que Zane y yo éramos algo más que amigos. ¡Ni siquiera eso!

Estaba a punto de decir algo, pero entonces Zane me leyó la mente y sonrió a Sunny.

—Oye ¿quieres galletas de chocolate?

—¿Tienes?

—Me he encargado de que cocinaran un montón para ti. Ven, llamo a la ama de llaves y que te acompañe a coger algunas.

Así fue. Salió a la puerta y, apenas un instante después, mi hija se fue con esa señora mientras yo la miraba nerviosa.

—Estará en buenas manos —dijo la abuela de Zane—. Cleo lleva en esta casa casi tantos años como yo. Es de total confianza.

—Me alegro —dije al final, volviendo a mi papel encantador—. Tiene usted un nieto encantador y muy muy insistente.

Sabía que eso iba a molestarlo y a una parte de mí todavía le encantaba molestar a Zane.

Al parecer acerté con mis palabras, porque la mujer rio de buena gana y miró a su nieto con picardía.

—Ah, has encontrado a una difícil de convencer con tus encantos, ¿eh?

—Eso parece —dijo él mirándome.

—Bien hecho, cariño. Son las mejores.

La mujer se recostó un poco más en los cojines y, por un instante, fui capaz de ver todo el cansancio que acumulaba en sus ojos y en su menudo cuerpo.

Me levanté de la cama y me coloqué junto a Zane, que sujetó mi mano por instinto. Lo miré de soslayo, pero él estaba centrado en su abuela.

—¿Estás bien?

—Sí, mi vida, solo un poco cansada. Debe ser la emoción. No pensé que viviría para recibir un regalo tan maravilloso como este. Verte así, enamorado, feliz y con una hija… Zane, es todo lo que siempre quise para ti.

Sentí el modo en que él se tensaba.

Su mano se aferró a la mía, pero no creo que fuera buscando apoyo, sino como un movimiento instintivo. Se la apreté y sonreí a la

abuela tanto como pude.

—Su nieto nos hace muy felices. Estamos más que dispuestos a recuperar el tiempo perdido con la pequeña Sunny y entre nosotros.

—Eso es… eso es todo lo que quiero oír —dijo ella con voz cansada—. ¿Sabéis lo único que me haría más feliz que oíros?

—Dime —contestó Zane de inmediato, desesperado por atender cada deseo de su abuela.

Aquello era bonito. Era muy bonito y noble, en realidad.

—Un beso. —Salí de mis pensamientos y miré a la abuela de Zane con los ojos abiertos al máximo.

—Abuela…

—Déjame presenciar un beso entre tú y el amor de tu vida. La madre de tu hija. Me conformo con eso, Zane.

Ni siquiera tuve tiempo de pensarlo. Fue como si su abuela le hubiese dado la orden clara y directa. Y no fue así, la señora fue dulce y sentimental, pero él… estaba desesperado por complacerla. Se notaba.

Por eso no opuse resistencia cuando su mano soltó la mía y voló a mi mejilla, donde acarició mi rostro justo antes de bajar su cabeza y besar mis labios de un modo que hizo que mi cuerpo entero sintiera un chispazo de placer imposible de explicar.

Fue un roce de labios ligero, apenas una caricia contenida, pero algo dentro de mí pidió con urgencia mucho más.

Y ese algo me aterrorizó, porque aquello no podía ser.

Él no era nadie en mi vida.

Una figura que había aparecido por casualidad y que desaparecería pronto. Alguien que mi hija y yo debíamos olvidar.

Intenté fingir, disimular, pero cuando el beso acabó justo antes de que la puerta se abriera y entrara Sunny, todo lo que pude hacer fue pensar que la situación se estaba complicando cada vez más.

Aquello era un lío tremendo.

9

Zane

Cuando salimos de casa de la abuela, me sentí satisfecho. ¿Era un cabronazo por mentir? Probablemente. Pero ver a mi abuela sonreír con orgullo al verme cumplir su deseo… bueno, eso valía cualquier mentira que pudiera inventar.

Scarlet caminaba a mi lado, con Sunny entre nosotros.

La niña parecía feliz, lo que me hizo sentir una punzada de culpa. Porque ella realmente creía que yo era su padre. Y yo le estaba mintiendo para mi puro beneficio.

La que no parecía nada feliz era Scarlet.

Estaba rígida, como si el peso del mundo recayera sobre sus hombros. Llevaba así desde el beso, como si este hubiera sido un error monumental.

Para mí, en cambio, no lo había sido en absoluto.

Claro que la había besado para contentar a mi abuela, pero mentiría si dijera que no lo había disfrutado. Tenía grabada en la piel la sensación de sus labios suaves y en la cabeza la forma en la que había contenido un suspiro antes de apartarse.

Subimos al coche en silencio. Scarlet ayudó a Sunny a abrocharse el cinturón y se sentó a mi lado sin mirarme. Me apoyé contra el respaldo, encendiendo el motor.

—Me ha gustado conocer a la bisabuela —dijo Sunny desde la parte de atrás, con entusiasmo—. Es muy simpática y tiene una casa chulísima. ¡Si Cindy la viese se caería de culo!

—No digas eso, Sunny —la reprendió Scarlet con suavidad, aunque tenía una pequeña sonrisa en los labios.

—¿Por qué no? Ella siempre presume de que sus abuelos tienen una casa en los Hamptons, como si nadie más en el mundo pudiera vivir allí.

Zane negó con la cabeza, con una sonrisa de suficiencia.

—Mis abuelos tuvieron una casa en los Hamptons, pero les parecía demasiado concurrido y se compraron otra en Martha's Vineyard, que es un lugar mucho más exclusivo.

—¿En serio? —La voz de Sunny sonó genuinamente fascinada—. ¿Me llevarás allí algún día?

A mi lado, Scarlet hizo una mueca. Dejar que Sunny se hiciera ilusiones no entraba en sus planes. Ni en los míos.

—No creo que te gustase. No es un lugar para niños.

—¿Hay playa?

—Eh… sí.

—¿Y helados?

—También.

—Entonces sí me gustaría.

Scarlet resopló, visiblemente tensa, y se giró hacia su hija.

—Cielo, Zane es un hombre ocupado, no tiene tiempo para playas ni helados. Además, le pediste que te acompañara solo al día de padres. Sus obligaciones contigo empiezan y acaban allí, ¿recuerdas?

Ese había sido nuestro acuerdo: ellas me acompañarían a ver a la abuela y yo le haría el favor de poner a la tal Cindy en su sitio.

Después de eso, salvo que surgiera algún imprevisto, el contacto sería nulo. O al menos, así debería ser.

Como respuesta, Sunny soltó un gruñido decepcionado.

Pero no se quedó callada; por lo visto, esa niña no sabía lo que significaba disfrutar del silencio.

—Por cierto, Zane, ¿ya recuerdas a mamá? Cuando fui a buscarte en el despacho me dijiste que no la conocías y que era una mentirosa.

Lancé una mirada rápida a Scarlet, que se quedó pálida.

Suerte que los años como empresario de éxito me habían entrenado para improvisar excusas en cuestión de segundos.

—Bueno… es un tema delicado. Todo pasó cuando éramos muy jóvenes, hubo muchos malentendidos y… —dejé que mi voz se apagara un segundo, como si el recuerdo me incomodara— a veces la memoria es traicionera.

—Entonces… ¿no recordabas que tenías una hija o fingiste que no lo sabías?

Antes de que pudiera responder con una nueva excusa, Scarlet se giró de nuevo hacia Sunny.

—En verdad, él no sabía nada sobre ti, Sunny. Yo no se lo conté. Hice lo que creí que era mejor para todos en ese momento. Y, ahora, por favor, dejemos de hablar del tema. Eso forma parte del pasado.

—Pero tú me dijiste que él no quería implicarse… ¿me mentiste?

El silencio que siguió fue espeso, incómodo, y llenó el coche. Scarlet no parecía saber qué decir, así que elegí ser yo quien lo hiciera.

Cuando organizamos aquella farsa, debimos tejer mejor nuestra mentira. Era tan débil que se desmoronaba incluso ante una niña de

diez años.

—Tu madre no te mintió. Ella sabía que yo no quería tener hijos, así que lo dio por supuesto.

—¿Y por qué no quieres tener hijos? ¿No te gustan los niños?

—Algo así —respondí evasivamente.

—Entonces, ¿yo no te gusto?

La leche con la niña.

—Bueno, para ser una niña… no estás tan mal.

—Tú tampoco estás tan mal para ser un adulto. —Se quedó en silencio unos segundos antes de volver a la carga —: ¿Y tienes novia?

Miré el mapa del GPS en el monitor para comprobar cuántos minutos de trayecto quedaban hasta su casa. Siete. Siete malditos minutos, joder.

—Sunny, cielo, deja de hacer preguntas incómodas a Zane, ¿quieres? —intervino Scarlet.

Ella pareció aceptarlo a regañadientes y, durante los siguientes minutos, el silencio nos envolvió. Esta vez ninguno de los tres decidió romperlo.

Cuando llegamos a su casa, bajé del coche y abrí la puerta de Sunny.

—Vendré a buscarte el martes para acompañarte al colegio, ¿vale?

—Vale. —Se quedó en silencio unos segundos y añadió—: ¿Crees que podría volver a visitar a la bisabuela algún día? Ha sido divertido hablar con ella.

Miré a Scarlet de reojo, que se había colocado a su lado. Ella se limitó a encogerse de hombros.

—Claro, le encantará volver a verte —mentí.

No tenía por qué pasar; podían ser solo palabras vacías. No sabía cuánto tiempo le quedaba a la abuela. Y el pacto había sido claro: una visita a casa de mi abuela a cambio de acompañarla al colegio. Nada que supusiera demasiada implicación personal por ninguna de las partes.

Me despedí de ambas, subí al coche y conduje hasta mi casa. Un ático dúplex en el Upper East Side, con vistas al parque y más metros cuadrados de los que cualquier persona que viva sola podría necesitar.

Siempre pensaba que mantener un lugar tan enorme para mí solo era absurdo, y más cuando apenas pasaba tiempo allí.

Quizá lo pusiera en venta cuando regresara a Silicon Valley. Podría comprarme un loft pequeño para cuando volviera a Manhattan a visitar a Nate, Lauren y el pequeño Logan. Con eso sería suficiente.

Me puse un pantalón de chándal gris y una camiseta negra, me serví una copa de vino y me acerqué a la cristalera. Desde allí, Central Park se extendía como un mar verde bajo mis pies. El sol se hundía lentamente en el horizonte, tiñendo de naranja y oro las copas de los árboles.

Mientras observaba absorto aquel espectáculo de luz y sombra, el recuerdo del beso con Scarlet volvió a azotarme.

Con demasiada fuerza.

Con demasiada intensidad.

Solo había sido un roce de labios y, sin embargo, había despertado en mí demasiado… demasiado de todo.

Incluso me había empalmado. Como si fuera un jodido adolescente. Quizás hacía demasiado que no tenía sexo. El trabajo me había tenido absorto últimamente. Sí, debía ser eso.

Necesitaba echar un polvo y dejar de leer más de la cuenta en un beso que, técnicamente, ni siquiera había sido real.

10

Scarlet

Tener un hermano rico tenía sus ventajas. ¿La mejor de todas? Poder disfrutar de sus lujos como si fueran propios.

Por eso, aquel domingo estaba tumbada en una de las hamacas junto a la piscina cubierta y climatizada de su casa, mientras Sunny y su primo Garrett chapoteaban en el agua, riendo a carcajadas. El vapor ascendía suavemente desde la superficie. Envolvía el ambiente en una calidez agradable que contrastaba con el frío que hacía fuera.

Apoyé la cabeza en el respaldo y cerré los ojos unos segundos. Agradecía ese raro momento de paz. Desde el beso con Zane, mi mente había sido un hervidero de pensamientos que no quería tener.

Pensamientos inadecuados, obscenos, sucios… pensamientos que me sacudían en los momentos más inesperados y que me encendían a la velocidad de un chasquido.

Pensamientos que, en ese momento, empujé al fondo de mi mente porque no era el lugar para escucharlos.

Suspiré y miré a Tessa, mi cuñada, que estaba tumbada a mi lado, leyendo una novela romántica. Mi hermano Ryan estaba fuera, en la barbacoa, preparando la parrilla para la cena.

—Garrett es todo un nadador —dije, fijando los ojos en mi sobrino, que chapoteaba en el agua con el chaleco puesto.

—Ryan le ha apuntado a clases —respondió Tessa, sin apartar la vista del libro—. Dice que quiere que aprenda desde pequeño. Además, así quema un poco de energía, que con lo movido que es, nos viene de lujo.

Con solo dos años, Garrett ya nadaba como un profesional.

Y sí, mi cuñada no exageraba al decir que era un terremoto. Las veces que me había ofrecido a cuidarlo había acabado más agotada que después de una de esas clases de spinning que solía hacer en el gimnasio al terminar mi jornada laboral.

Nada comparado con Sunny, que desde bebé había sido una niña tranquila. Le bastaba con un par de juguetes y un libro para pasar horas entretenida, lo que me había hecho pensar, erróneamente, que cuidar niños no era tan complicado. Garrett me demostró lo contrario en cuestión de minutos.

—¿Y cómo os va en el trabajo? —pregunté.

Tessa era desarrolladora en la empresa tecnológica que Ryan y su mejor amigo habían fundado hacía casi una década. Empezaron creando aplicaciones sencillas y ahora trabajaban en proyectos tan grandes que apenas podía seguirles la pista cuando me lo explicaban.

—Agotador, pero emocionante. Estamos a punto de lanzar una nueva app y… bueno, digamos que las últimas semanas han sido una locura. Por cierto —dijo apartando la mirada del libro para fijarla en mí—, hemos mejorado aún más el algoritmo de *Sincronizados* y estamos buscando usuarios beta para probarla. ¿Quieres apuntarte?

Me reí, negando con la cabeza. *Sincronizados* era la app de citas que catapultó su empresa a la fama, y no, no estaba nada interesada en hacer de conejillo de indias.

—Paso, no tengo tiempo ni ánimo para salir con hombres ahora mismo.

Tessa alzó los ojos.

—¿Y eso? No es propio de ti decir que no a un polvo seguro.

—¿Perdona? Cualquiera diría que me paso la vida coleccionando amantes —fingí ofenderme, llevándome una mano al pecho.

—Oh, Dios me libre de insinuar algo así.

Compartimos una sonrisa.

Tenía razón: yo no era ninguna mojigata, y me encantaba el sexo.

De vez en cuando salía con mis amigas del barrio y terminaba enredada entre las piernas de algún tipo.

No le daba la importancia que otros parecían darle, y tampoco me quitaba el sueño lo que pensaran al respecto.

Pero… con todo lo de Zane y su abuela de por medio, prefería mantener el sexo esporádico en pausa.

La pobre señora estaba convencida de que su nieto y yo estábamos enamoradísimos, y aunque técnicamente tenía barra libre para hacer lo que quisiera, no quería que por algún motivo llegara a sus oídos que me veía con otros.

¿Era improbable? Puede, pero la vida me había demostrado que lo improbable era más frecuente de lo que uno quisiera.

La puerta del recinto se abrió y vi a mi hermano acercarse a nosotras. Saludó a Tessa con un beso en los labios y luego se dejó caer en la tumbona junto a la mía.

Nos tendió unas cervezas mientras observaba a su hijo con una sonrisa llena de orgullo.

—Cinco minutos y me pongo a asar la carne —dijo, abriendo su lata.

—Tranquilo, no hay prisa —respondió Tessa, apoyando la suya contra su pierna.

Ryan se recostó en la tumbona y dejó escapar un suspiro satisfecho, como si aquel momento de calma fuera un lujo.

—Oye, tú, ¿no tienes que contarme nada? Mamá me llamó histérica ayer diciendo que tenía que hablar contigo, que te habías metido en un lío… aunque no quiso explicarme de qué se trataba.

Puse los ojos en blanco.

Por supuesto que mamá había llamado a Ryan preocupada. No debí contarle nada sobre Zane, pero cuando Sunny volvió de ver a su abuela, por mucho que le insistí en que debía quedar entre nosotras, no pudo contenerse.

Y mamá se puso histérica. Al igual que papá. No entendieron por qué había implicado a un hombre desconocido en nuestras vidas solo por satisfacer la curiosidad de Sunny.

Ellos no sabían nada sobre la identidad de su padre biológico.

En su momento apenas les conté nada, por su propia seguridad.

Así que, para ellos, era incomprensible que hubiera metido a Sunny en una farsa con un extraño del que apenas sabía nada.

Si pensaba que Ryan me apoyaría en esa situación, me equivoqué. En cuanto le conté, entre susurros, para que Sunny no nos escuchara, lo que había hecho, me miró como si hubiera perdido completamente la cabeza.

—Por el amor de Dios, Scarlet. Es obvio que no has pensado bien en esto. ¿Cómo vas a dejar que Sunny crea que ese hombre es su padre cuando no lo es?

Le hice callar con un gesto, frunciendo el ceño.

—No grites. Y sí, lo he pensado bien. Tengo mis razones para haber tomado esta decisión.

—¿Razones? ¿Qué razones?

—Razones que no son de tu incumbencia. Solo diré que es por la seguridad de Sunny.

—¿Por su seguridad? ¿Dejar que piense que un hombre al que no conoces es su padre? Ya sabes que nunca he juzgado tus decisiones, por muy insensatas que me parecieran, pero esto… esto roza la locura, Scarlet.

Lo miré, dolida. Ryan nunca me juzgaba. Era mi hermano mellizo, mi otra mitad. Y siempre me había apoyado. Incluso cuando decidí dejar la universidad para «vivir la vida», estuvo a mi lado.

—No busco tu aprobación, Ryan.

—Tú nunca buscas la aprobación de nadie ni piensas en las consecuencias.

—Ryan —intervino Tessa, rompiendo la tensión que flotaba en el ambiente—, no somos nadie para juzgarla, y mucho menos cuando no conocemos todos los detalles.

Mi hermano me sostuvo la mirada unos segundos, con un matiz de pesar, antes de suavizarla.

—Vale, lo siento. Tessa tiene razón… no debería haberme puesto así. Solo me preocupa que esto os haga daño a ti o a Sunny.

—No lo hará, lo tengo controlado.

—No sé si eso me tranquiliza.

—¡Serás capullo!

Ryan soltó una risa breve y negó con la cabeza. Miró hacia fuera, hacia el jardín, donde el cielo empezaba a cubrirse de nubes oscuras.

—Me voy a poner con la carne antes de que se ponga a llover —dijo, incorporándose y dirigiéndose hacia la puerta que conectaba con el exterior.

Lo observé alejarse, cruzando el umbral hacia la barbacoa que ya tenía preparada. El vapor de la piscina y el murmullo del agua llenaron el silencio que dejó tras de sí, pero sus palabras seguían pesando en mi cabeza.

Estaba convencida de que implicar a Zane en todo aquel asunto había sido la mejor opción dadas las circunstancias. Necesitaba que Sunny creyera que él era su padre. Calmar su curiosidad. De lo contrario, tarde o temprano acabaría buscando respuestas por su cuenta… y eso no podía permitirlo.

11

Zane

Sostuve el teléfono entre mi barbilla y mi hombro mientras me abrochaba la chaqueta y subía los escalones de la escuela de Sunny.

—Tienes que calmarte, en serio.

Fue lo peor que pude decir. Como si le hubiera dado la orden de comportarse de una forma completamente contraria, Scarlet entró en ebullición y me insultó.

No era nuevo.

Aquella mujer tenía una pequeña fijación con insultarme. Tenía que admitir que, a menudo, lo hacía de formas muy ocurrentes, pero en aquella ocasión no era así.

Estaba histérica y no dejaba de lanzarme órdenes que ella prefería llamar «consejos».

—Te lo digo en serio. Tienes que ser más listo que ellas.

—Dirijo un imperio, Scarlet. Yo diría que soy capaz de manejar a un puñado de niñas pequeñas.

—Esas niñas son el mal reencarnado.

Me sorprendieron las ganas de reír que me dieron. Por lo general no era dado a sonreír, mucho menos reír.

—Ya veo que las tienes en alta estima.

—Solo digo que estés atento, por favor.

—Captado. ¿Algo más antes de que te cuelgue?

—No. En realidad…

No la dejé terminar. Colgué el teléfono solo porque sabía que aquello la pondría hecha una furia y, al parecer, eso me divertía.

Siempre he sido un poco sádico.

Entré en el colegio con toda la confianza de quien sabe que es un tiburón en los negocios y, al cabo de solo diez minutos, más que tiburón me sentía como un pececillo intentando no acabar acorralado por los verdaderos depredadores, que eran un montón de niños ansiosos de información.

—¿Cuánto dinero ganas al mes? ¿Y al año?

—Bethany —corrigió la profesora—. Esa pregunta es muy desconsiderada y ni siquiera has dejado que el padre de Sunny termine de hablar.

La tal Bethany arrugó su pequeño ceño y se encogió de hombros, en absoluto arrepentida por su falta de educación.

Comprendía que los niños no tenían la percepción de lo que era correcto preguntar o no pero, al lado de Sunny, aquellas niñas parecían… pequeñas.

Debía reconocer que Scarlet estaba criando a una niña avispada e inteligente.

Hacía muchas preguntas, sí, y muchas eran incómodas, pero incluso cuando era así eran preguntas más inteligentes que las de la tal Bethany.

—Sí que tiene mucho dinero. Mucho más que tu padre, Bethany.

Bueno, quizás no era tan inteligente.

Sunny se lanzó sin control a un ejercicio de alardeo constante frente a toda su clase que acabó conmigo siendo poco más que su

marioneta y asintiendo mientras ella contaba las propiedades que tenía, y el coche, y que tenía tanto dinero que ni siquiera yo lo sabía (eso ni siquiera era algo que hubiéramos hablado).

De repente deseé como nunca que Scarlet estuviera allí y pusiera freno a aquella actitud, pero no lo estaba.

La única persona adulta que había en la sala, aparte de mí, era la profesora, y cada vez que la miraba me la encontraba observándome, pero no de un modo amable sino… hambriento.

Bueno, joder, conocía bien esa mirada y, en otro momento, no me habría importado follarme a una profesora con aire inocente, pero en aquel preciso instante yo estaba ocupado sintiéndome apurado y no era algo que me gustara.

Tanto fue así que, cuando al fin llegó la hora de ir al patio, me sentí aliviado.

Me preparé para marcharme, pero entonces Sunny voló hacia mí y me abrazó.

—No, vente al patio, porfa.

—Yo… no puedo. La charla ha terminado y…

Y el trato también, pensé. Llegaba hasta ahí.

Ellas habían venido a ver a mi abuela y yo había acudido a aquel colegio y había alardeado tanto que dudaba que la tal Cindy tuviera ganas de meterse con ella.

De hecho, en clase ni siquiera había abierto la boca.

A priori parecía una niña normal. Bethany me resultó mucho más insoportable así que no entendía la animadversión que Sunny sentía por ella.

—Si quieres, puedes quedarte —dijo la profesora, ajena a mi línea de pensamiento—. Muchos padres se quedan en el patio, así

puedes hablar con ellos de un modo más relajado.

No quería hablar con ellos de un modo más relajado.

Ni de ningún otro modo.

Quería marcharme y dar por finalizado aquello, pero cuando miré abajo, a los ojos de Sunny y su cuerpo aún abrazado al mío, supe que había perdido una nueva batalla.

—Está bien, pero solo unos minutos.

Su sonrisa fue tan amplia que sentí una especie de aleteo en el pecho.

Tragué saliva.

A eso se debía referir Scarlet cuando decía que tuviera cuidado porque los niños podían ser un poco manipuladores. No pensaba reconocer nunca que ella tenía razón, pero en mi fuero interno estaba descubriendo que así era.

—Voy a pasar al baño antes de salir —le dije a Sunny cuando estábamos en el pasillo—. Te veo allí.

La niña asintió y salió corriendo con sus amiguitas mientras yo ganaba unos minutos.

Para cuando salí, tardé exactamente dos minutos en darme cuenta de que no es que Cindy no fuera mala, sino que esperaba para hacer las cosas cuando de verdad sentía que podía serlo sin consecuencias.

Había guardado sus comentarios punzantes para aquel momento.

—Lo siento, pero no puedes venir —oí que le decía a Sunny, con tono repelente.

—Pero he traído a mi padre, Cindy, no puedes ser tan mala —dijo Sunny mientras me acercaba.

—Una cosa no tiene que ver con la otra. Puede que sí tengas un padre, pero de todas formas no te puedo invitar a mi fiesta de pijamas.

—¿Y eso por qué no?

—Porque no hay camas suficientes.

Las risas de algunas niñas me hicieron fruncir el ceño.

Sentí cierta furia.

Sabía que eran niñas y no estaban desarrolladas del todo, pero ese tipo de maldad… yo llevaba fatal aquello. La única que no se rio, de hecho, fue Bethany.

Al final sería la única a la que salvaría de todo aquel grupo.

—Tu casa es gigante —murmuró Sunny—. Si quisieras, me harías sitio.

Cindy se encogió de hombros por respuesta y la tristeza en el rostro de Sunny se reflejó tan rápido que aceleré mis pasos para ponerme a su lado.

Coloqué una mano en su hombro de un modo protector, pero no porque estuviera fingiendo, sino por instinto real, y cuando miró arriba me esforcé por sonreír.

—¿Todo bien, cielo?

—Ajá.

—He oído algo de una fiesta de pijamas.

—Voy a hacer una —dijo Cindy sin ningún tipo de remordimiento —. Nos maquillaremos y peinaremos y pintaremos las uñas. ¡Será genial!

—Suena bien. Seguro que lo pasas increíble —le dije a Sunny, haciéndome el tonto a ver si así Cindy la invitaba.

Sabía que no era lo mejor que la invitaran por ese motivo, pero no quería que verla tan decaída.

—Yo no voy —murmuró mientras se miraba la punta de los zapatos rompiendo mi maldito corazón en trozos diminutos.

—Ya le he explicado que no puede venir porque no tengo más camas —dijo Cindy encogiendo los hombros, como si eso lo solucionara todo.

Era mentira.

Y era tan evidente que algo se prendió en mi interior.

Odiaba a los mentirosos, joder. Aunque en aquel momento yo mismo fuera uno de ellos porque ni Scarlet ni yo estábamos siendo sinceros con Sunny.

Quizás por ese sentimiento de culpabilidad, junto con la rabia que me daba ver como Cindy seguía siendo malvada, decidí meterme yo solito en un problema enorme.

—Es una suerte que yo viva en una casa tan grande —murmuré como si nada—. ¿Qué me dices, cariño? —pregunté a Sunny—. ¿Organizamos una fiesta de pijamas? Puedes invitar a quien tú quieras.

Fue como si le hubiera ofrecido un bono de Disneyland. Las niñas se volvieron locas y empezaron a pedirle a Sunny que por favor las invitara mientras ella me miraba a mí.

—¿De verdad podemos?

No, joder. ¡Claro que no! ¿Qué estaba haciendo? El trato era sencillo y claro y lo estaba reventando solo porque me había dejado dominar por la rabia hacia una niña pequeña.

—No podéis ir —dijo Cindy en tono de orden a las demás—. ¡Es mi fiesta de pijamas! Sunny, tendrás que hacerlo otro finde para que podamos ir todas.

—Lamentablemente, eso no podrá ser, porque este es mi único fin de semana libre —respondí yo antes de que Sunny lo hiciera—. Puedes venir, si quieres. Estoy seguro de que te gustará ver la casa del padre de Sunny. Yo tengo camas de sobra para todas.

La niña guardó silencio, recelosa, las demás se pusieron a saltar de alegría y Sunny estaba tan eufórica que no pude evitar sonreír.

Al menos hasta que salí del colegio, entré en mi coche y me di cuenta de que había cometido una tremenda metedura de pata.

12

Scarlet

Llegamos a la dirección que nos había dado Zane mientras no dejaba de pensar que aquello era un tremendo error.

Todavía recordaba la bronca que tuvimos cuando me dijo que había invitado a las niñas del colegio a una fiesta de pijamas.

Para mí era incomprensible que se hubiera dejado llevar así. ¡Y eso que le avisé de sobras acerca de Cindy y las demás!

Yo ya conocía bien a esas niñas y sabía el poder de manipulación que tenían, pero no esperaba que Zane fuera un hueso tan fácil de roer.

Cuando se lo dije, se enfadó, alegando que solo había intentado defender y alentar a Sunny.

En mi opinión, alentaba en exceso a mi hija. No tenía más que ver su cara de emoción mientras traspasaba las puertas giratorias de un edificio increíblemente caro, solo por la fachada.

La niña estaba tan excitada que prácticamente daba saltitos sobre sus pequeños pies. Lo peor era que no la tenía así el dinero de Zane.

A diferencia de sus amigas, a ella no le impresionaba demasiado el lujo. Era una niña, sí, y cuando estaba con Cindy se descontrolaba y comenzaba a alardear de cosas que no debía, pero eso era porque sabía que para Cindy sí era importante todo eso.

Solo quería molestarla. No es que eso fuera una motivación sana, pero podía entenderla.

Lo que a mí me preocupaba de todo aquello que veía en los ojos de Sunny mientras esperábamos a que el recepcionista nos diera permiso para entrar, era que estaba haciéndose ilusiones a pasos agigantados acerca de mantener una relación con su supuesto padre en el tiempo.

Ella pensaba que no estaba siendo evidente, pero sí.

Había empezado a insinuar que estaría bien pasar más tiempo con él y aquello me dolía y me ponía de los nervios, porque no podía ser.

Simplemente, no podía asumir que Zane era su padre y esperar que él actuara como tal porque, maldita sea, no lo era.

Y lo que más me dolía era que yo misma había empezado a pensar, muy de vez en cuando, en lo increíble que hubiera sido Zane como padre de verdad.

No estaba loca, sabía que no era así y que teníamos un trato, pero eso no me ayudaba a la hora de reconocer que podría haber elegido mucho mejor al padre de Sunny.

Cuando por fin nos dieron paso hacia el ático en el que vivía Zane, cogí la mochila del suelo y animé a Sunny a darse prisa.

Ella llevaba una bolsa cargada de chucherías para la fiesta de pijamas.

Ya estaba duchada y lucía un precioso pijama de unicornios junto con una diadema con orejas de gatito.

Estaba adorable y, cuando miré sus ojos ilusionados, supe por qué a Zane le había resultado tan complicado no socorrerla. Sobre todo si Cindy de verdad estaba siendo tan malvada como él me aseguró.

Las puertas del ascensor se abrieron y nos encontramos de frente con Zane, que parecía nervioso.

—Menos mal que estáis aquí. No quiero tener que tratar con otros padres yo solo y es casi la hora.

—Cobarde —murmuré con sorna mientras pasaba por su lado—. Pensaba que…

Me quedé en silencio cuando me encontré con un inmenso salón en el que, en sus días normales, tenía solo un sofá enorme de cuero y un mueble con televisor, pero en aquel instante albergaba siete tipis de estilo bohémico.

Los siete tenían un colchón, sábanas a juego, luces colgando del techo y una cesta a los pies del colchón en la que, minutos después, descubrí que había un set de pintauñas infantiles, mascarillas con olor a chuches, algunas gominolas y un antifaz en el que se leía: «Fiesta de pijamas de Sunny».

—Esto es… —tartamudeé, incapaz de procesarlo.

—¡Brutal! ¡Es brutal! —Sunny estaba tan eufórica que abrazó a Zane sin pensarlo.

Él sonrió, acarició su cabeza y me miró con una mezcla de culpabilidad y determinación que me deshizo algunos nudos del pecho y creó otros inmensos.

Carraspeó y miré por los inmensos ventanales que iban desde el techo hasta el suelo y ocupaban toda la pared frontal del ático. La ciudad de Nueva York se alzaba imponente y era increíble.

De verdad, era absolutamente increíble.

Intenté recuperar el ritmo de mi respiración, pero cuando Sunny se distrajo y Zane se acercó a mí, todo lo que pude hacer fue negar con la cabeza y señalar el salón.

—Te has vuelto completamente loco. ¿Cuánto te ha costado todo esto? Porque estoy segura de que no tienes siete cabañitas infantiles guardadas en el garaje y…

—¿No te gusta? Mi asistente me juró que las niñas estarían encantadas.

Lo miré con la boca abierta.

—¿Has hecho que tu asistente trabaje en todo esto?

—¿Tengo pinta de saber cómo organizar una fiesta de pijamas de niñas malvadas y rencorosas?

Me reí, porque en el fondo todo aquello era surrealista.

—Te has pasado siete pueblos. Todo esto es carísimo.

—No tanto.

—Sí, Zane, es carísimo. Que seas asquerosamente rico no significa que tengas que derrochar el dinero y…

—Esa niña, Cindy —me cortó—. Quiero que no vuelva a meterse con Sunny. Nunca. Si tengo que alardear de dinero para callarle la bocaza, lo haré, porque es bastante insoportable para ser solo una mocosa.

Lo miré con la respiración acelerada, no por sus palabras, sino por lo que habían provocado en mí. Estaba… Dios, estaba impactada, para bien, y un poco excitada con toda aquella determinación.

Zane emanaba masculinidad por todos sus poros incluso entre cabañas infantiles adornadas con lucecitas.

—Van a querer maquillarte —susurré, incapaz de decir otra cosa.

—Solo permitiré que lo haga Sunny.

—Y pintarte las uñas. —Gimió y eso me hizo sonreír—. Estarás muy guapo. Ya me lo contarás.

—No te lo contaré porque tú vas a verlo.

—Oh, no, yo voy a marcharme y…

—No, a mí no me dejes solo con un grupo de niñas toda la noche. —Su cara de pánico fue tan intensa que me reí—. En serio, Scarlet, ni se te ocurra salir por esa puerta.

—¿Y qué harás para impedirlo? ¿Atarme a una silla?

—No tengo ningún problema en atarte a una silla, o a donde tú me digas, aunque esta no parece la noche más apropiada para hacerlo.

Su mirada estaba oscurecida y su sonrisa, cuando se dio cuenta de que me había dejado sin palabras, fue… guau.

Estaba en un problema. En uno inmenso, porque algo dentro de mí gritaba de un modo alarmantemente alto que, después de aquella noche, me sería muy difícil olvidarme de Zane Drake.

13

Scarlet

La casa se llenó de niñas muy rápido. Niñas curiosas y parlanchinas, que lo miraban todo con esos ojos enormes y esa desvergüenza propia de quien todavía no entiende de límites ni de diplomacia.

Las tipis parecían haber salido de una revista y cada invitada soltó un chillido emocionado cuando descubrió su cabañita con regalitos.

Sunny estaba en su salsa. Corría de un lado a otro, orgullosa de enseñar la casa de su padre, mientras yo sentía que cada palabra suya me clavaba un dardo en el pecho.

No podía culparla, pero sabía que tarde o temprano aquello nos pasaría factura.

Las madres se quedaron apenas unos minutos, lo justo para asegurarse de que sus hijas estaban instaladas, y se marcharon con sonrisas satisfechas.

Yo, en cambio, me quedé.

En parte porque quería vigilar a Sunny y en parte porque… bueno, porque Zane me lo había prácticamente suplicado.

Un par de horas más tarde, el salón parecía un campo de batalla cubierto de purpurina y cojines.

Las niñas iban de un tipi a otro intercambiando pintauñas, antifaces y chucherías, y yo me preguntaba si sobreviviríamos a aquella noche.

Zane, en cambio, estaba sentado en el suelo, rodeado por tres de ellas que insistían en pintarle las uñas de los pies. Su rostro ya estaba completamente entregado al desastre: los párpados cubiertos de purpurina, un colorete mal difuminado en las mejillas y los labios pintados de un rojo torcido que lo hacía parecer el mismísimo Joker.

—No puedes moverte —ordenó Sunny, con la autoridad de una pequeña general mientras agitaba un pincel de esmalte rosa brillante.

Zane resopló, hundido en el sofá, visiblemente incómodo.

Las niñas no parecían notarlo. O, mejor dicho, no les importaba. Se turnaban para elegir colores y debatían en voz alta con qué color seguir.

Todas parecían estar disfrutando de lo lindo. Todas menos Cindy.

Ella estaba apartada, sentada en el borde de un tipi, con los brazos cruzados y la mirada fija en las demás. No participaba, ni reía, ni se dejaba arrastrar por la euforia general.

Se notaba que solo había aceptado venir porque quedarse sola en su fiesta inventada habría sido aún peor para su orgullo.

Sunny, en cambio, estaba encantada. Sonreía de oreja a oreja mientras soplaba con cuidado sobre el pie de Zane, que ya lucía varias uñas en rosa chillón y un par en azul eléctrico.

—Quieto, papá, que si te mueves se estropea —le advirtió.

Y ahí estaba otra vez esa palabra. *Papá*. Llevaba toda la noche usándola, con una naturalidad que dolía.

No quería que saliera herida de esa mentira, y sabía que cuanto más tiempo pasáramos con Zane, cuanto más se acostumbrara a él y le cogiera cariño, más difícil sería para mí separarla de él después.

Lo peor era que ni siquiera podía culparla.

¿Cómo no iba a llamarlo así, si él la miraba como si de verdad fuera su padre? Si se dejaba atrapar en sus juegos, si se sentaba en el suelo rodeado de niñas y permitía que lo cubrieran de maquillaje y pintauñas solo para verla sonreír.

Era demasiado fácil dejarse engañar por esa imagen. Casi podía creer que todo era real. Que Sunny tenía a su padre y que yo podía bajar la guardia.

Pero no era así. Y no debía olvidarlo.

La velada transcurrió entre carcajadas, tipis desordenados y niñas corriendo de un lado a otro, hasta que llegó la hora de la cena.

Zane, en un intento desesperado por recuperar algo de dignidad, se levantó del suelo, y anunció que había pedido pizza.

No pude evitar reírme cuando me lanzó una mirada de advertencia, como si se atreviera a culparme de todo aquello. Lo cierto es que estaba hecho un cuadro, con tanto maquillaje que era difícil percibir sus facciones debajo, y con esas uñas color neón que parecían brillar con luz propia cada vez que movía los dedos.

Y, aun así… tengo que confesar que me pareció sexy.

No por el maquillaje ni por las uñas ridículas, claro está, sino porque había algo desarmante en verlo así: paciente, accesible, dispuesto a dejarse hacer cualquier cosa con tal de arrancarle una sonrisa a Sunny.

Esa ternura era peligrosa.

Zane Drake era conocido por ser implacable en los negocios. Y un capullo conmigo. Que pudiera, al mismo tiempo, convertirse en un hombre dispuesto a rendirse ante un grupo de niñas solo para hacer feliz a Sunny, era algo que no encajaba en la imagen que tenía de él.

¿Cómo demonios iba yo a mantener mis defensas en pie?

Las niñas cenaron pizza, refresco y helado mientras veían una película en un proyector que Zane había hecho instalar en una de las paredes del salón.

Cuando los créditos aparecieron en pantalla, los bostezos comenzaron a sucederse en cadena. Una tras otra fueron metiéndose en sus tipis, arropadas con mantas y colocándose los antifaces.

—Ha sido la mejor fiesta de pijamas de mi vida —murmuró una de las niñas, ya medio dormida.

—¡Sí, la mejor! —secundó otra entre un bostezo.

Incluso Cindy, que se resistía a perder su aire de superioridad, terminó encogiéndose de hombros y murmurando con desgana:

—Sí, bueno… no ha estado tan mal.

La sonrisa satisfecha que asomó en el rostro de Sunny lo decía todo.

Media hora más tarde, todas estaban dormidas, arropadas en sus tipis, y yo me escabullí del salón sin saber muy bien qué hacer.

Zane me había pedido que me quedara. No tenía claro dónde ni cómo encajaba yo en todo aquello.

Al pasar por el pasillo, me llamó la atención la luz encendida del baño. La puerta estaba lo bastante abierta como para que pudiera ver el interior.

Me detuve un instante. Vi a Zane frente al espejo, echándose agua a la cara mientras murmuraba una ristra de maldiciones.

El maquillaje no parecía dispuesto a rendirse. Al contrario, cuanto más se frotaba, más se le esparcía por toda la cara.

—Joder… —murmuró, frotándose con brusquedad.

Me apoyé en el marco de la puerta con los brazos cruzados.

—Así no vas a conseguirlo nunca.

Levantó la vista hacia mí a través del espejo, empapado y con cara de pocos amigos.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Invocar a un hada madrina?

—Podrías empezar por usar desmaquillante —repuse con calma —. ¿Tienes?

Negó con un resoplido.

—No. No suelo necesitar ese tipo de cosas.

No pude evitar sonreír.

—Claro que no. Menos mal que me tienes a mí.

Entré en el baño, entorné la puerta, cogí una toalla limpia del estante y la humedecí bajo el grifo. Luego le puse un poco de jabón líquido en un extremo. La froté con suavidad entre mis manos hasta que hizo espuma.

Me giré hacia él y, al tenerlo tan cerca, me di cuenta de lo obvio: era demasiado alto.

—Vas a tener que sentarte —le dije, señalando el borde de la bañera.

Zane arqueó una ceja, como si la idea de obedecerme le resultara absurda.

—¿Me estás dando órdenes?

—Sí. Si quieres deshacerte de esa purpurina infernal, será mejor que me hagas caso.

Él soltó un resoplido, como si lo molestara la idea de obedecer. Pero terminó sentándose donde le indiqué.

Y quedó cerca. Demasiado cerca. Tanto que mi respiración se aceleró cuando nuestros ojos se encontraron.

Me incliné hacia él y apoyé la toalla sobre su mejilla. La tela húmeda arrastró el colorete con facilidad, dejando al descubierto su piel perfecta.

Zane no se movió ni un milímetro. Me observaba en silencio, con los ojos oscuros fijos en los míos.

Deslicé la tela hasta su frente y después a la otra mejilla.

Podía sentir el calor que desprendía su cuerpo. Su respiración contenida. El leve temblor de su mandíbula bajo mis dedos.

Cuando bajé hacia sus labios, tragué saliva.

Pasé la toalla con suavidad, bordeando la línea de su boca, y el roce accidental de mis dedos contra su piel me hizo estremecer.

Zane entreabrió los labios, en un gesto mínimo, casi imperceptible, pero suficiente para que mi pulso se desbocara.

—Con cuidado, Scarlet…

—Fue adorable que te dejaras maquillar como una muñeca.

Él arqueó una ceja, la sombra de una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Adorable no es precisamente la palabra que suelo inspirar.

—Créeme, lo sé. —Deslicé la toalla un poco más despacio—. Pero admito que este look te sienta… inesperadamente bien.

Él ladeó la cabeza, siguiéndome con la mirada mientras yo terminaba de borrar un rastro de purpurina de su pómulo.

—Al menos parece que la tal Cindy va a dejar tranquila a Sunny una temporada.

Solté una risa suave.

—No hacía falta que te lo tomaras tan en serio.

—Lo hice porque quise.

Me detuve un segundo, con la toalla aún en su rostro, y lo miré a los ojos.

—Pues gracias. —Mi voz se convirtió en un susurro—. Gracias por ayudar a mi hija.

Lo miré a los ojos y el estómago me dio un vuelco.

Sus pupilas estaban fijas en mí con una intensidad que me dejó sin aliento. El corazón comenzó a latirme con fuerza en el pecho. Un cosquilleo se instaló en mi estómago. Y el silencio se volvió demasiado denso, cargado de una tensión asfixiante.

Necesitaba escapar de la situación.

Me giré con la intención de coger una toalla limpia para secarle la cara ya limpia, pero el borde de la alfombra se interpuso en mi camino. Tropecé. Antes de que pudiera reaccionar, un jadeo se me escapó de los labios y Zane me atrapó al vuelo. En un segundo me encontré sentada en su regazo, con su brazo firme rodeándome la cintura.

Nuestros cuerpos quedaron demasiado juntos.

Nuestros rostros a un suspiro de distancia.

—Deberías tener cuidado, podrías hacerte daño.

Con mis ojos oscilando entre los suyos y su boca, no tenía claro si se refería a la caída, a él o a lo que estaba a punto de pasar entre nosotros. Tampoco me importó. Porque, en lugar de escapar de la situación, había terminado por caer de lleno en ella.

Y joder, ya era imposible negar lo mucho que deseaba dejarme llevar.

No supe quién se movió primero. Si fue él, fui yo, o si fuimos los dos a la vez. Solo sé que, en cuestión de segundos, sus labios y los míos chocaron con una urgencia devastadora.

Volver a sentir su boca sobre la mía fue tan increíble y excitante como la primera vez, quizá más.

Inclinó un poco la cabeza, abrió los labios y deslizó la punta de su lengua sobre mi entrada, pidiéndome permiso para ir más allá. Por supuesto, se lo di.

Abrí la boca para él y lo dejé entrar. Temblé al sentir cómo su lengua acariciaba la mía con un movimiento lento, provocador y devastador.

El beso se volvió salvaje en cuestión de segundos.

Nuestras lenguas batallaban para hacerse con el control, mientras mi mente volaba lejos, muy lejos de allí, junto a mi autocontrol.

Estaba besando a Zane Drake. Lo que era una pésima idea. Entonces, ¿por qué se sentía tan bien?

Sus manos se aferraron a mi cintura con fuerza y sentí su dureza bajo mi trasero. Gemí al ser consciente de lo que estaba provocando en él.

La vibración de ese sonido pareció enloquecerlo, porque gruñó contra mi boca y me apretó aún más contra su cuerpo.

El beso se volvió aún más voraz.

Una de sus manos me ancló en su regazo, firme, posesiva. La otra subió por mi muslo. El roce de sus dedos sobre la tela del vaquero me arrancó un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo.

Cuando su mano se asentó entre mis piernas y presionó justo en el punto donde más lo necesitaba, un gemido desgarrado escapó de mi garganta.

Zane lo recibió con un gruñido ronco, satisfecho. Sus labios se hundieron de nuevo en los míos, devorándome entera.

Presionó sus dedos sobre mi clítoris una y otra vez, a través de la tela, con un ritmo lento pero implacable que me hizo retorcerme sobre él.

La ropa me sobraba. Lo quería sentir, sin barreras, sin límites.

Pero entonces, un ruido sordo llegó desde el otro lado de la puerta.

Aturdida, rompí el beso dejando que la conciencia me golpeara como un cubo de agua helada.

¿Qué demonios estaba haciendo?

En el salón, a pocos metros de distancia, siete niñas dormían tranquilas en sus tipis. Y yo estaba a punto de perder la cabeza con Zane Drake en el maldito baño.

Me llevé una mano a mi rostro, ardiendo de vergüenza, mientras el deseo se mezclaba con el pánico.

¿Me había vuelto loca? Aquello era de lo más inapropiado, un error monumental.

—Esto… no puede estar pasando —susurré levantándome de golpe.

Zane me miró como si acabara de despertarse de un sueño febril. Sus ojos seguían oscuros y su pecho se agitaba arriba y abajo, descontrolado.

—Esto está mal. —añadí—. Yo… dormiré en el sofá del salón, con las niñas. Así podré controlar que todo vaya bien.

Abrí la puerta antes de que pudiera replicar y crucé el pasillo con la respiración desbocada.

El murmullo tranquilo del salón me recibió, con las niñas durmiendo entre tipis iluminados por lucecitas.

Me acomodé en el sofá, abrazando un cojín contra mi pecho e intenté ignorar el recuerdo de sus labios sobre los míos.

Porque, se mirase como se mirase, besar a Zane Drake en una fiesta de pijamas infantil era impropio hasta decir basta. Incluso para mí, que a veces podía ser una cabra loca.

¿Es que acaso había perdido la poca cordura que me quedaba?

14

Zane

Cinco días después de la fiesta de pijamas de Sunny, y de haberme morreado como un quinceañero con Scarlet, seguía con la cabeza hecha un lío. Porque, de todas las malditas cosas que podía haber hecho mal esa noche, sucumbí a la más peligrosa: dejarme llevar por la atracción que sentía por ella.

Y digo peligrosa porque, desde entonces, era incapaz de olvidarlo.

Teóricamente, el acuerdo que teníamos había terminado. No había motivo alguno para seguir viéndonos.

Y, sin embargo, no podía dejar de fantasear con cualquier excusa para tenerla delante otra vez.

Aquella tarde, después del trabajo, decidí visitar a la abuela. La encontré más animada que la última vez.

Estaba sentada en la cama, y tenía buen aspecto.

—Vaya, abuela, hoy estás radiante —dije, acercándome a ella y besándole la frente.

—Pues claro, cariño —respondió con un brillo travieso en los ojos—. Tengo motivos para estar contenta.

Fruncí el ceño, sospechando. Su tono era demasiado… esperanzado.

—¿Motivos?

Ella asintió, apretando una de mis manos entre las suyas.

—Digamos que estoy feliz de ver cómo, poco a poco, estás empezando a formar lo que siempre soñé para ti. Sunny es un encanto. Y Scarlet… Scarlet parece maravillosa. Solo me hizo falta ver cómo os besabais para darme cuenta de que hay algo especial entre vosotros.

Mantuve la expresión neutra, porque mi abuela me conocía más que nadie y sabía que cualquier pequeño cambio en ella podría suponer que descubriera más de lo que debía.

Porque puede que llevara días obsesionado con los besos de Scarlet, pero no la veía como nada más que un buen polvo que me gustaría consumar.

No había futuro ahí, ni promesas, ni lugar para ilusiones. Solo deseo.

Sin embargo, para mi abuela ella era la mujer que podía salvarme de mí mismo, la que podía darme la estabilidad que según ella necesitaba. Y tenía que seguir pensando así, porque esa ilusión era lo único que la mantenía sonriendo a pesar de todo.

Así que no la corregí.

—Ellas también quedaron encantadas contigo, abuela —dije, procurando sonar convincente.

Su sonrisa se ensanchó, y durante un instante pareció olvidar la fragilidad de su cuerpo.

—Entonces no tardes en traerlas de nuevo. Me haría tan feliz…

—Bueno, no sé si eso será posible, ambas están muy ocupadas —improvisé, tratando de sonar convincente.

—Nadie está lo suficientemente ocupado como para no poder visitar a una anciana en su último aliento de vida —replicó con un mohín estudiado.

Por supuesto, la abuela sabía cómo jugar sus cartas. Siempre lo había hecho. Podía ser dulce, tierna y al minuto siguiente volverse la estratega más persuasiva del planeta. No en vano había criado a un Drake y sabía perfectamente cómo manipularme cuando quería conseguir algo.

—No puedes negarle un deseo a una mujer que se está apagando, Zane —añadió con una sonrisa cansada.

Suspiré.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti, abuela. Pero no sé si será posible.

—Pues hazlo posible.

Me quedé callado, apretando la mandíbula. Era increíble cómo, incluso en ese estado, seguía teniendo la capacidad de doblegarme.

—Lo intentaré —dije al fin, sabiendo que en realidad significaba que ya estaba condenado a hacerlo.

Su sonrisa se ensanchó lo suficiente para hacerme sentir que, por un momento, le había devuelto un poco de paz.

Nada más salir de allí y subir en el coche, la idea de tener que ampliar el pacto con Scarlet se abrió ante mí como un mar de posibilidades. Un mar de posibilidades que me debería… explorar.

***

Cité a Scarlet en mi despacho al día siguiente. Quería hablar con ella en un lugar donde pudiera sentir que tenía el control de la situación.

Allí era donde mejor me movía. Entre las paredes de cristal y madera oscura, rodeado de los símbolos de todo lo que había construido con mis propias manos.

Cuando entró, con paso decidido y la barbilla en alto, lo supe. Con ella las reglas no iban a ser tan fáciles.

Llevaba un vaquero ajustado, una camiseta sencilla y el cabello recogido en una coleta alta. No era un atuendo diseñado para impresionar, pero lo hizo de todos modos.

Joder, sí lo hizo…

—¿Qué quieres, Zane? —preguntó en cuanto Janet cerró la puerta tras ella, directa al grano.

Señalé la silla frente a mí y ella se sentó, con los brazos cruzados.

—Tenemos que hablar de ampliar nuestro acuerdo —dije igual de directo.

—¿Disculpa?

Me incliné hacia adelante, apoyando los codos sobre el escritorio.

—Mi abuela quiere volver a veros a Sunny y a ti. Le hizo muy feliz conoceros… incluso diría que desde entonces ha mejorado.

Scarlet me sostuvo la mirada unos segundos, con los brazos aún cruzados sobre el pecho.

—Zane, no puedes pedirme eso.

—Sé que no fueron esos los términos que pactamos, pero las circunstancias han cambiado.

—¿Qué circunstancias? Lo que cambió es que tu abuela nos vio y ahora cree algo que no es cierto.

—Y precisamente por eso necesito tu ayuda. No quiero arrebatarle la ilusión. Se está muriendo.

—¿Qué es esto? ¿Chantaje emocional? —me lanzó con sarcasmo, clavándome sus ojos en los míos.

—Llámalo como quieras —repliqué sin apartar la mirada—. Pero es la realidad. Además, tú también te beneficiarías de este pacto.

—¿Ah, sí? ¿Cómo? —arqueó una ceja, incrédula.

—Sunny no deja de mandarme mensajes buscando excusas para verme. Podría ejercer de padre el tiempo que me quedara en Nueva York, y así no sospecharía nada raro.

—No sé si eso sería buena idea, Zane. Ella ya se está encariñando contigo. Si alargamos esto, lo pasará mal cuando te vayas.

—Al contrario, será más fácil para todos una vez que esté lejos. ¿O prefieres que vuelva a plantarse aquí sola, como ya hizo? —Arqueé una ceja, dejándole claro que no estaba exagerando—. Porque ambos sabemos que podría llegar a hacerlo si le sigo dando largas. Creo que los encuentros controlados son mucho mejores.

La incredulidad en su rostro se mezcló con un destello de resignación.

—No puedo creer que me estés arrastrando a esto otra vez…

—¿Eso es que aceptas?

—Eso es que tengo que pensarlo.

—¿Y si añado algo que haga todo esto más… interesante? —me incorporé, rodeando el escritorio con calma medida hasta situarme frente a ella.

Sus ojos me siguieron con recelo.

—¿El qué?

Me acerqué más a ella, bajando la voz.

—Sexo.

Una exclamación ahogada escapó de su garganta. Vi cómo sus mejillas se encendían al instante.

—¿Se…xo?

—No dejo de pensar en lo que casi pasó la otra noche —confesé, sin apartar mis ojos de los suyos—. Me atraes, Scarlet. Y estoy seguro de que yo también a ti. Así que, puestos a hacer una ampliación en nuestro contrato, no veo por qué no añadir una cláusula más: sexo sin compromiso mientras esto dure.

—Estás loco —susurró.

Me incliné un poco, hasta que nuestras respiraciones se mezclaron.

—Dime que tú no lo deseas tanto como yo…

Scarlet apretó los labios y me fijé en sus pupilas dilatadas.

Estaba convencido de que no me equivocaba. Que ella también me deseaba con la misma intensidad. Pero no iba a presionarla. Sabía que las mujeres como Scarlet no sucumbían a la fuerza, sino al tiempo… y a la tentación adecuada.

Me enderecé despacio, dándole espacio para respirar.

—No tienes que decir nada ahora. Tómate tu tiempo para pensar en mi propuesta.

Me volví a sentar en mi sitio, con paso tranquilo, mientras la observaba.

Scarlet se levantó con un movimiento brusco, como si necesitara recuperar el aire que yo le había robado segundos antes.

—Tengo que marcharme —dijo, evitando mi mirada mientras se dirigía hacia la puerta.

La vi salir y dejar tras de sí un rastro de tensión flotando en el aire.

Apoyé los codos sobre el escritorio y solté un suspiro áspero.

Scarlet podía mentirse a sí misma todo lo que quisiera. Podía seguir huyendo con esa fachada de mujer inquebrantable. Pero yo había visto la verdad en sus ojos: me deseaba tanto como yo a ella.

La única incógnita era cuánto tiempo más iba a resistirse antes de admitirlo.

15

Scarlet

Pagué las entradas del parque de atracciones y sujeté la mano de Sunny para que entráramos.

Desde que nos despertamos por la mañana sentía aquella urgencia que ya era tan propia en mí. A veces me pasaba que no la llevaba al cole, prefería tenerla conmigo y hacer un plan divertido que se saliera de la rutina.

No lo consideraba irresponsable, sino todo lo contrario. Quería que Sunny aprendiera a ver la vida de un modo divertido.

Crecería y tendría un trabajo, pero no debía perder de vista nunca que lo más importante de la vida era disfrutarla.

Quería que entendiera que debía trabajar para poder vivir, y no al contrario, como le pasa a tanta gente.

Inevitablemente pensé en Zane, porque era evidente que él era de los últimos.

O eso había pensado yo al principio: que era un empresario desalmado que vivía para trabajar y hacer más y más dinero, pero su propuesta acudía a mi mente una y otra vez.

No podía sacarlo de mi cabeza. Ni la propuesta, ni el beso que nos dimos en la fiesta de pijamas.

No podía ni imaginar lo que podríamos haber hecho si no hubiéramos estado en aquella situación. De haber estado solos y sin niñas alrededor… ¿qué habría ocurrido?

—¿Podemos subir a la montaña rusa? —preguntó Sunny sobreexcitada por la idea de pasar el día en el parque de atracciones.

—Por supuesto, siempre y cuando llegues al mínimo de altura que exigen.

Mi adorada niña sonrió de un modo tan lleno de alegría que me convencí, una vez más, de que había hecho lo correcto.

No se trataba solo de que yo necesitara un respiro de la vida. Sunny también tenía que volver a recordar que nuestra conexión era lo más importante.

Y esto era algo a tener en cuenta, porque desde la fiesta de pijamas no había dejado de hablar de Zane y de volver a verlo.

—Deberíamos haber invitado a Zane.

Ahí estaba. Otra vez. Su insistencia era tanta que me exasperaba.

Entendía perfectamente que, para ella, había sido toda una aventura, y me arrepentía al máximo de haber caído en el error de pensar que de verdad le bastaría pasar algo de tiempo con un padre falso para olvidarse del tema.

No había ayudado en nada que ese padre falso fuera tan guapo y atento.

Supongo que a Sunny, en realidad, no le importaba la parte de ser guapo. Pero había sido atento al montar esa fiesta de pijamas y presentarse en el colegio, y me di cuenta de que mi querida niñita echaba en falta una figura paterna más de lo que yo había querido admitir.

Siempre pensé que le bastaba con mi padre y mi hermano.

Sabía que no eran un padre como tal para ella pero, no sé. Me sentía mal al pensar que ella sentía algún tipo de vacío que, por más

que me esforzara, yo no iba a poder llenar.

—Mamá, ¿me oyes? —preguntó impaciente—. Te decía que deberíamos habérselo dicho a mi padre.

—Está muy ocupado, cielo —dije para intentar distraerla.

—Seguro que, si se lo hubieras pedido bien, habría querido venir. ¿Por qué no lo llamas?

—Porque es nuestra mañana de chicas. Quiero estar a solas contigo. Además, ya fue al día del padre y montó aquella fiesta de pijamas.

—Y fue genial.

—Sí, pero… debes dejarlo en paz, Sunny.

—Ni hablar. Ahora que sé lo guay que es tener un padre como él, no pienso dejar de verlo.

Su declaración de intenciones es tan radical que tragué saliva, nerviosa.

—Cielo…

—Quiero verlo, mamá. Es mi padre y tengo derecho. Ya me he perdido muchos años.

Joder, aquello era un error. Uno tremendo.

¿Cómo no me había dado cuenta de la inmensidad de aquella metedura de pata? ¿De verdad llegué a pensar que la niña se conformaría con tener un trato mínimo con Zane? ¡Era evidente que no!

Se trataba de Sunny, la niña más terca del planeta.

Y ni siquiera podía culparla porque era evidente que había sacado su tenacidad de mí. Era algo que, por lo general, me encantaba, pero en aquel momento me venía fatal.

Pensé en Sunny y en lo mucho que iba a romperle el corazón tener que separarse de él.

Yo pensaba que, al haber tenido contacto solo algunas veces, sería más fácil, pero allí estábamos, en un parque de atracciones listas para disfrutar de un gran día de madre e hija, y mi niñita solo podía pensar en el padre que no había tenido durante toda su vida y al que quería acceder de todos los modos posibles.

Me vino a la mente de inmediato el acuerdo que me había propuesto Zane.

Era… era tentador, de eso no cabía duda.

Había tenido muy claro que no iba a tomarlo en consideración, pero viendo cómo estaba Sunny… dudaba.

¿Acaso no iba a romperle el corazón de todas formas ya? ¿Tan malo sería regalarle algunas experiencias más antes de que eso sucediera?

Dejé de darle vueltas cuando la propia Sunny echó a correr para ponerse a la cola de una de las atracciones.

Me uní a ella e intenté concentrarme en mi hija y aquella mañana, pero dos horas después, mientras sudábamos y reíamos pletóricas de adrenalina, nos sentamos a comernos un algodón de azúcar y yo seguía dándole vueltas al mismo tema.

Estaba en una encrucijada tremenda y había llegado el momento de tomar una decisión.

16

Zane

Días después de mi último encuentro con Scarlet estaba trabajando en el despacho.

Podría decir que mi capacidad de concentración no se había visto alterado, pero mentiría.

No habían sido una ni dos las veces que había parado de hacer cualquier cosa para pensar en Scarlet y su falta de respuesta a mi propuesta. Pensé que, a aquellas alturas, ya sabría algo, para bien o para mal.

Quizás por eso, cuando mi secretaria me avisó de que tenía una visita que no estaba en la agenda, me sobresalté de inmediato.

—¿De quién se trata?

—De Scarlet, señor.

Sonreí en un acto reflejo. Sabía bien que el hecho de que estuviera en mi despacho no significaba nada, pero una parte egocéntrica y canalla de mí pensaba que, si se había tomado la molestia de venir hasta mi oficina, era porque las noticias no eran malas.

Si fuese a negarse le habría bastado con un mensaje, ¿no?

Intenté inflar mi ego y prepararme para su entrada pero, cuando ocurrió, me di cuenta de que incluso así mi pulso se aceleró.

Iba vestida con un pantalón de yoga y un top que no la hacían menos atractiva, sino todo lo contrario.

Era indecente el número de veces que había fantaseado con meter la mano bajo la amplitud de la tela y comprobar qué tipo de ropa interior llevaba para dar clases.

Me preguntaba cuánto de piel podía tocar si metía la mano… y cómo de fuerte podía hacer que se corriera si tocaba los puntos exactos.

—Zane —dijo a modo de saludo.

Y solo con eso estuve duro como una roca.

Su mirada era desafiante, así que no me dejaba ver qué tipo de decisión había tomado, pero no me importaba.

Estaba allí y la deseaba.

Joder, llevaba días sin poder quitármela de la cabeza.

Si pensaba negarse a aceptar mi trato, buscaría la forma de convencerla. Si algo era bien sabido para todo el que me conocía era que los retos no me asustaban, sino todo lo contrario.

—Scarlet —respondí en el mismo tono que ella. No me levanté de mi asiento, antes tenía que calmarme, pero señalé uno de los sillones frente a mi escritorio—. Siéntate.

—¿Es una orden? —pregunto alzando una ceja.

Venía altiva y respondona. Bien, justo como me gustaba.

—¿Necesitas que lo sea? —contesté en el mismo tono.

Ella bufó, como si no le afectara en lo más mínimo aquello, pero mientras se sentaba tragó saliva y en ese gesto tan nimio pude ver que no estaba ni la mitad de tranquila de lo que aparentaba estar.

—Sé que no tengo cita y eres un hombre ocupado, pero no te preocupes: no voy a quitarte mucho tiempo.

—Dependiendo de lo que vengas a decir, puedes quitarme tanto tiempo como quieras.

—Entonces ¿solo eres un hombre increíblemente ocupado si te interesa?

—Exacto —respondí sin un ápice de arrepentimiento.

Aquello la hizo reír y, por alguna razón, eso me tensó todavía más.

Joder, había tenido sexo con un número impresionante de mujeres, pero ninguna me la había puesto dura solo con su risa.

Llegué rápido a la conclusión de que me ocurría aquello simplemente por la anticipación y el deseo.

Ninguna mujer se me había resistido nunca, por mal que suene. Era evidente que el hecho de no haberme acostado aún con ella hacía que la deseara más.

—De todas formas no pienso quitarte mucho tiempo. Solo vengo a decir que tú ganas.

—¿El qué gano?

—Ya lo sabes.

—Sí, pero quiero que me lo digas.

Había una nota desafiante en mi voz.

Algo afilado y peligroso que le hizo saber de inmediato que no pensaba darme por vencido hasta que fuese tan clara como el agua.

—Acepto el trato y todo lo que hablamos.

—¿Todo?

—Mierda, Zane ¿por qué tienes que ponerlo todo tan difícil siempre?

Me levanté mientras sonreía de medio lado y soltaba el botón de mi chaqueta para dejarla abierta. Rodeé mi escritorio, pero en vez de acercarme a ella, me apoyé sobre la madera y crucé los pies en un gesto aparentemente despreocupado. Estaba seguro de que Scarlet podía ver el brillo de mis ojos y el deseo que encerraba en ellos, pero eso no significaba que no pudiera actuar como un lobo hambriento.

Me giré un segundo, alcancé mi teléfono, lo descolgué y marqué el número que me comunicaba directamente con mi secretaria.

—¿Sí, señor Drake?

—No me pases llamadas ni permitas que nadie entre aquí hasta que la señorita Reed salga de mi despacho —dije sin dejar de mirar los ojos de Scarlet.

Colgué sin esperar respuesta. Mi orden había sido clara y concisa y estaba seguro de que iba a respetarse al máximo.

—Te encanta armar numeritos de hombre poderoso —dijo ella en un intento de meterse conmigo—. La realidad es que ya he dicho todo lo que tenía que decir. No hemos tardado más de medio minuto y…

—No, en realidad no has dicho todo lo que debías decir —la interrumpí.

—Por supuesto que sí.

—Dámelo todo, Scarlet. Dime qué trato aceptas, en qué condiciones y desde cuándo está vigente para que sepa a qué atenerme. —Ella me miró recelosa y decidí ponérselo fácil, al menos un poco más fácil que hasta el momento—. Los dos vamos a ganar muchísimo, pero necesito tener tu consentimiento expreso para todo lo que va a pasar de aquí en adelante. Si no, no haré absolutamente nada.

—¿Necesitas mi consentimiento expreso para ir a ver a tu abuela? —preguntó con sorna.

—No, esa parte del trato ya está clara.

—¿Entonces…?

—Te encanta hacerte la ingenua, ¿verdad? —ella sonrió y yo descrucé los pies y me acerqué a ella. Fui consciente de cómo se tensaba a medida que yo me agachaba frente a su sillón y ponía ambas manos en sus rodillas. Abrí las piernas y miré a su centro directamente, sin pudor ni vergüenza—. Necesito consentimiento expreso para saber si puedo mirar, tocar, chupar, morder y follar todo esto.

Subí mis manos de sus rodillas a sus muslos en una caricia certera e intensa y el gemido ahogado de Scarlet me dejó claro que no era para nada indiferente a mi toque.

—Zane…

—Dime, Scarlet ¿qué va a incluir el trato?

—Todo.

—¿Todo?

—Todo —aceptó mientras mis dedos pulgares acariciaban sus caderas antes de bajar y rozar sus ingles de un modo aparentemente inocente.

—Visitar a tu abuela con Sunny, mantener la falsa hasta que te vayas a Nueva York y… y esto.

—¿Esto? —insistí.

—El sexo —susurró. Me miró a los ojos y se encargó de mantener una actitud desafiante, cosa que solo hizo que me gustara más—. Tendremos sexo mientras dure el acuerdo. Después, cada

uno irá por su lado. No haremos promesas, ni nos crearemos ideas que no son. Sexo puro y duro. Solo eso.

—¿Duro, eh?

Esta vez fue ella quien sonrió de lado y, joder, deseé poder meter la mano en mi propio boxer y recolocar la erección que ya empezaba a ser dolorosa.

—Me gusta duro, sí. ¿Te supone un problema?

—Ninguno, joder —gruñí justo antes de adelantarme, meterme entre sus piernas y atacar su boca.

La besé con ansias.

Puede que incluso fuera un beso furioso, pero llevaba días anhelando que aceptara aquel trato.

Quería volver a besarla más de lo que quería beber agua cada maldito día.

Ni siquiera me planteaba que aquella necesidad fuera algo más que sexo. El deseo me tenía tan caliente que apenas era capaz de razonar nada más allá de las ganas que tenía de tocarla.

Scarlet no se quedó atrás.

Enlazó sus brazos por detrás de mi nuca, enterrando las manos en mi pelo, y se adelantó hasta el borde de la silla, haciendo que sus piernas rodearan mi tronco en cuestión de segundos.

Gemimos los dos.

Ella porque rozó su centro contra mi cuerpo y yo porque adoraba tenerla pegada a mí.

Me alcé con ella en brazos, giré y la coloqué sobre el escritorio sin dejar de besarla.

—Mucho mejor —jadeé.

Me iba mucho mejor estar de pie y de nuevo entre sus piernas. Tiré de su culo hacia el filo de la mesa y después me acerqué tanto que clavé mi erección justo en su centro, a la altura de su clítoris.

—Zane…

—¿Quieres más de esto? —pregunté entre beso y beso mientras movía las caderas e imitaba el movimiento de follarla, aunque los dos tuviéramos la ropa puesta.

Scarlet gimió y movió sus caderas buscando más fricción. La tela de su pantalón era tan fina y mi traje hecho a medida tan suave, que sentía que apenas existían barreras entre nosotros.

—¡Sí! Sigue, Zane. —Le di de nuevo un golpe seco y gimió más fuerte—. No pares.

Sonreí. Joder, me había masturbado un número vergonzante de veces pensando en escenas como aquella y otras mucho peores.

No me creía que por fin estuviera viviéndolo, así que decidí ir con calma y dejarle claro a Scarlet que, de los dos, yo iba a llevar la batuta en cuanto al sexo se refería.

Y algo me decía que, tan respondona como era, estaría feliz de dejarse llevar en ese sentido.

—No te imaginas las veces que he pensado en esto —murmuré sobre sus labios al tiempo que paraba el movimiento de mis caderas.

—No, no pares —se quejó.

—¿Estás mojada? —Ella solo emitió un gemido de protesta—. Mírame, Scarlet. —Llevé una de mis manos a su mejilla y acaricié sus labios con mi pulgar—. Dime cómo de húmeda estás por mí.

—Eres tan creído y prepotente y… —Clavé mi polla en su clítoris y, aun con la ropa, le arranqué un nuevo gemido.

—Dímelo.

—Mucho.

—¿Cuánto?

—¿Por qué no lo compruebas tú? —contestó de un modo altanero.

Sonreí, satisfecho con su respuesta, y me aparté un poco. Lo justo para tirar de la cintura de su pantalón con una mano y meter los dedos de la otra en busca del tesoro más preciado del mundo.

La primera cosa que descubrí fue que sí que llevaba ropa interior, aunque era tan fina y suave que prácticamente debía sentirse como si no llevara.

La segunda fue que estaba tan mojada que, solo tocando su tanga, fui consciente de que la tela estaba empapada. Gruñí de deseo y mordí su boca mientras colaba los dedos bajo la tela y acariciaba su clítoris por primera vez sin barreras de ningún tipo.

Scarlet gimió y echó la cabeza hacia atrás, rompiendo el beso y demostrando cómo de entregada se sentía.

Era impresionante. Una de las mujeres más preciosas que había visto nunca, y tenía los labios rojos por mis besos y el pulso acelerado, pero yo quería más.

Quería que sus labios acabaran hinchados por mis mordiscos y besos.

Quería follarla de tantas formas que algo rápido en el despacho no me servía.

Y la idea de que se arrepintiera después de un orgasmo me rondaba por la cabeza, así que hice lo que todo buen cabrón hace: acaricié su clítoris, restregué mis dedos contra su abertura e, incluso, la penetré con dos dedos haciendo que gimiera y se aferrara a mi chaqueta y a mi cuello, desesperada por recibir la liberación que tanto ansiaba.

La calenté hasta que sus ojos se pusieron en blanco y mi polla pidió a gritos ser liberada, pero justo cuando ella estaba a punto de alcanzar la cima de la montaña, aparté mi mano, besé sus labios con fuerza y sujeté su nuca para que me mirase fijamente a los ojos.

Me costó un mundo parar, pero lo hice, porque estaba seguro de que era la forma de conseguir del todo mi propósito y que las dudas, si es que las había, se disiparan del todo.

Sonreí y le guiñé un ojo antes de hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad y dar un paso atrás.

—Si quieres más… tendrás que venir a buscarlo.

—¿Qu…Qué?

—Esta noche en mi casa. Tú y yo. Si eres buena, acabaré todo lo que hemos empezado ahora.

Los ojos de Scarlet se entrecerraron hasta convertirse en dos rendijas vengativas y enfadadas, pero no me importó.

Si acaso, aquello me excitó más.

—¿No piensas terminar lo que has empezado?

—Por supuesto que sí, cielo, pero no ahora. Estoy en mi lugar de trabajo.

—Como si eso te importara una mierda.

Me reí y me regodeé en su frustración.

—Bueno, me importa lo suficiente como para saber que, la primera vez que follemos, no será aquí y con mi secretaria a una puerta de distancia.

—¿Eres consciente de que voy a irme a casa, meter la mano entre mis piernas y acabar lo que tú has empezado?

—Puede que lo hagas, sí, pero los dos sabemos que el orgasmo no será ni la mitad de satisfactorio. En cambio, si eres una buena chica y esperas a esta noche, seré capaz de recompensarte…

Scarlet se bajó del escritorio enfadada, se recolocó el pantalón y en ningún momento dejó de mirarme con odio.

—Eres un cabrón.

—Lo sé.

—No es gracioso.

—Pero es excitante.

No lo negó, lo que solo infló más mi ego.

Se fue del despacho dando un portazo, sin dirigirme la mirada ni una sola palabra más. Me dejó allí con una sonrisa chulesca y una erección tan fuerte como dolorosa, pero con la intuición de que estaba a punto de pasar una de las mejores noches de mi vida.

17

Scarlet

No era la primera vez que dejaba a Sunny con mis padres para ir a tener sexo.

Disfrutar de un rato de placer junto a un hombre era algo que hacía con bastante regularidad. Sin embargo, debía reconocer que hacía mucho tiempo que no tenía las expectativas tan altas.

Quizá porque Zane Drake no se parecía en nada a los otros hombres con los que solía acostarme de forma esporádica.

Quizá porque Zane Drake me había mostrado lo que podía darme… y yo quería tomarlo todo.

Me repetí mil veces que solo era un trato, que solo era sexo, pero la anticipación quemaba en mi piel como una corriente eléctrica imposible de ignorar.

Desde que me dejó a medias en su despacho, mi cuerpo había quedado en un estado de hambre insaciable. Y ahora iba a saciarlo.

El portero de su edificio me dejó pasar y el ascensor privado me condujo hasta su ático. Cuando las puertas se abrieron, allí estaba él.

Zane me esperaba apoyado en el marco de la entrada, con una camisa blanca arremangada y los primeros botones desabrochados.

Parecía peligroso y, al mismo tiempo, irresistible.

—Has venido —dijo, mirándome de arriba a abajo como quién devora la cena con los ojos antes de hacerlo con la boca.

—No tenía otra opción.

Zane sonrió de lado y me hizo un gesto para que entrara. El ático estaba tenuemente iluminado, con luces bajas que proyectaban sombras largas sobre el suelo de madera.

—Podrías haber dicho que no —añadió él, cerrando la puerta tras de mí.

—Y tú podrías haber terminado lo que empezaste en tu despacho —repuse, alzando la barbilla.

—Me gusta que vengas a reclamar lo que es tuyo —murmuró, alejándose unos pasos hacia la isleta de cocina. Tomó dos copas de vino ya servidas y me tendió una—. Has llegado puntual. La cena está a punto de salir del horno.

Acepté la copa con un parpadeo.

¿Qué? ¿La cena?

Yo no había ido hasta allí para cenar. Ni siquiera para charlar. Pensé que la noche empezaría directamente con Zane abalanzándose sobre mí nada más cerrar la puerta. No con vino y cena, como si aquello se tratara de una cita formal.

Al ver mi rostro, la sonrisa de Zane se torció un poco.

—¿Ocurre algo?

—Creí que no estábamos aquí para… —hice un gesto hacia la copa, hacia el horno que olía a algo delicioso— esto.

Sus ojos chispearon, oscuros, intensos.

—¿Quieres que vaya directo al grano? —dio un paso hacia mí, y mi espalda chocó contra la una pared. Su olor, a madera y especias mezclado con algo puramente masculino, me envolvió como una droga—. ¿Quieres que te folle aquí mismo, todavía con la ropa puesta?

Un jadeo se me escapó antes de poder evitarlo. ¿Por qué sus palabras sonaban como una promesa y una amenaza a la vez?

—Eso es exactamente lo que quiero —confesé, casi sin voz.

Zane soltó una carcajada grave y acercó sus labios a mi oído.

—Pues lo lamento, cielo. Cuando invito a una chica a mi casa me gusta hacer las cosas bien.

—¿Hacer las cosas bien? ¿Torturarme con vino y comida mientras yo ya estoy pensando en arrancarte la camisa es hacer las cosas bien?

—Exacto. Quiero que cada segundo sea un recordatorio de lo mucho que lo deseas.

Me guiñó un ojo, dio un paso hacia atrás y me liberó de su cercanía. Lo que debería haber sentido como un respiro se convirtió en todo lo contrario. Un vacío ardiente. Un tirón desesperado en mi pecho que solo quería volver a tenerlo encima.

Apreté la copa con tanta fuerza que temí romper el cristal.

—Eres un cabrón arrogante.

—Lo soy. Y vas a agradecerlo.

Dejó la copa en la encimera y abrió el horno. Lo seguí hasta la zona de cocina y un aroma delicioso me envolvió de inmediato. Olía a carne asada, especias y pan recién horneado.

¿Zane Drake sabía cocinar? Lo dudaba mucho.

—¿Has cocinado tú? —Arqueé una ceja.

—Claro que no. Tengo a alguien que lo hace mejor que yo. Pero puedo fingir que sí, si quieres.

—Qué detalle. Un hombre que ni siquiera se esfuerza en mentir.

—¿Y por qué iba a hacerlo? No busco impresionarte, solo darte energía para lo que voy a hacer después. Necesito que aguantes toda la noche, porque no pienso darte tregua.

Un hormigueo se extendió entre mis muslos.

—¿Darme tregua? Soy profesora de pilates, ¿recuerdas? Dudo que puedas seguirme el ritmo tú a mí.

Los ojos de Zane centellaron con un brillo oscuro.

—¿Es eso un desafío?

—Llámalo como quieras.

—Perfecto. Porque me encantan los retos. Pero antes de ganar este, cenemos.

Y sin más dilación, emplató la suculenta comida en dos platos y los sirvió sobre la mesa, ya preparada con panecillos calientes y cubiertos perfectamente alineados.

Lo seguí de morros, arrastrando los pies como una niña enrabietada. ¿Cómo podía soltarme semejantes cosas y luego esperar que tuviera hambre?

De lo único que tenía hambre era de él.

Me senté en la silla con desgana, clavando la mirada en el plato frente a mí.

—Mi abuela quiere que pasemos a visitarla el viernes por la tarde, ¿crees que sería posible? —dijo Zane, sentándose frente a mí.

Parpadeé, confundida. ¿De verdad me estaba hablando de su abuela en ese momento?

—¿El viernes? —repetí.

—Sí, el viernes. Ese día Sunny no tiene extraescolares, ¿verdad? —Negué con un movimiento de cabeza, sorprendida de que

conociera sus horarios—. En ese caso prepararé el encuentro. Mi abuela sigue pensando que somos la pareja ideal y que estás perdidamente enamorada de mí, así que espero que esta vez finjas tan bien como la anterior.

Me metí un trozo de carne en la boca, dándome tiempo para responder, porque la verdad es que no había pensado en eso. Desde que le dije que sí al trato hasta que había llegado a su casa aquella noche, en lo único que había pensado era en él y en mí, desnudos, entregándonos al fornicio.

—Respecto a eso… —murmuré tras tragar—, me preocupa que tu abuela diga algo delante de Sunny y ella se haga falsas ideas.

—¿Falsas ideas?

—De que estamos juntos. —Bajé un poco la voz, incómoda con la dirección que estaba tomando la conversación—. Mi hija ya está lo suficientemente fascinada con la idea de tener un padre como para que ahora encima crea que vivimos en un cuento de hadas.

Zane asintió, entendiendo el punto.

—Pues creo que lo más sensato, dadas las circunstancias, es que Sunny se lo crea también. Si vamos a hacer esto durante un tiempo, es imposible que podamos mantenerla fuera de la ecuación.

—No puedo engañar a mi hija jugando a la familia feliz

—Solo sería durante un tiempo. Y cuando todo terminara, buscaríamos la forma de que sufriera lo menos posible.

—No estoy segura de que eso sea posible. —Tragué saliva, apretando el tenedor entre los dedos—. Nunca le he presentado a Sunny a ninguno de mis ligues. Siempre hemos sido ella y yo. No quería que se ilusionase con alguien sin garantías de quedarse en su vida.

—¿Entonces qué propones?

—No lo sé… —admití, encogiéndome de hombros.

—Escucha, Scarlet. Creo que infravaloras a tu hija. Sunny es fuerte e independiente. Estoy seguro de que, cuando todo termine, sabrá sobrellevarlo mejor de lo que crees.

Asentí en silencio.

Yo también quería creerlo.

Porque la idea de aceptar un trato que pudiera hacerle daño me hacía sentir como la peor madre del mundo.

Pero Zane Drake era demasiado tentador para pensar con racionalidad en ese momento.

En lo único que podía pensar, incluso entonces, era en las ganas locas que tenía de arrancarle la camisa para comprobar por mí misma si esos abdominales que se intuían debajo eran tan perfectos como prometían.

Terminamos de cenar y me descubrí mordiéndome el labio, perdida en la visión de sus brazos al moverse con naturalidad mientras recogía la mesa. Era ridículo. Un solo gesto cotidiano como ese y yo ya estaba al borde de tirarme encima.

—He traído crème brûlée de Le Petit Sucré, una de las mejores pastelerías de la zona. ¿Quieres un poco?

—Zane Drake, o terminas lo que empezaste en tu despacho de una vez por todas… o lo haré yo.

—Veo que la paciencia no es una de tus virtudes —dijo, acercándose lentamente hacia mí.

—No. No lo es. No fingiré que sí.

Mi respiración se entrecortó cuando sus brazos se apoyaron sobre la mesa, a un lado y otro de mi cuerpo, enjaulándome con el

suyo. Su rostro se quedó lo suficientemente cerca como para notar su aliento cuando volvió a hablar.

—Sabes, Scarlet… —Sus labios rozaron mi oído —. Quizás deberías ponerte de rodillas y demostrarme lo mucho que deseas esto.

Un escalofrío eléctrico me recorrió la columna vertebral. Una parte de mí quería rebelarse, negarse, obligarlo a que fuera él quien se rindiera a mis pies primero, pero la otra… la otra encontró excitante aquella provocación.

Por eso hice lo que hice.

Le di un empujoncito en el pecho, lo bastante fuerte para obligarlo a dar un paso atrás, y me levanté de la silla. Acto seguido, me dejé caer lentamente en el suelo frente a él.

—¿Esto es lo que quieres, Zane? —pregunté mirándolo desde abajo.

Sus ojos se oscurecieron de inmediato. Y un destello peligroso cruzó por su mirada. Se pasó la lengua por los labios, como un depredador que acaba de ver a su presa rendirse voluntariamente.

—No tienes ni idea de lo mucho que me gusta esta vista — murmuró. Llevó una mano a mi pelo y enredó sus dedos en él con suavidad—. Ahora, cielo, abre la boca y dame lo que quiero.

Y a pesar de lo mucho que odiaba que me dieran órdenes, en esa ocasión obedecí.

Porque cuando Zane Drake hablaba así, con esa voz baja y peligrosa, mi cuerpo reaccionaba antes que mi cabeza.

18

Scarlet

Desabroché el cinturón de su pantalón, desabotoné el botón, bajé la cremallera y mis dedos rozaron el borde de su ropa interior.

Zane soltó un gruñido bajo, gutural, cuando liberé la erección de su encierro.

Su polla era grande. Tal como me lo había imaginado. Quizás incluso un poco más.

Le lancé una mirada rápida, como diciendo ¿en serio? y él me devolvió una sonrisa arrogante.

—¿Demasiado para ti, Scarlet?

Le mantuve la mirada mientras deslizaba los dedos por su piel, con lentitud tortuosa. Y como respuesta no usé las palabras. Abrí la boca y la acerqué a su erección para tragármela entera.

Zane gruñó, intensificando el agarre de mi pelo en su mano.

—Scarlet... joder —murmuró con la voz ronca.

Me la metí un poco más al fondo, sin apartar la mirada. Zane tiró la cabeza hacia atrás, cerró los ojos, y dejó escapar un nuevo gruñido.

—Mierda... —dijo entre dientes—. No lo hagas tan bien o vas a hacer que me corra.

Liberé su polla de mi boca unos segundos, solo para mirarlo mientras me la volvía a tragar, esta vez más profundo.

Zane soltó un gemido ahogado. Tensó la mandíbula y sus dedos se aferraron con más fuerza a mi pelo.

Entonces, empecé a subir y bajar por su tronco, con la lengua plana bajo su erección, acariciando cada centímetro de su longitud.

Zane respondió moviendo las caderas hacia delante y hacia atrás, como si pretendiera follarme la boca. Hasta que sus jadeos se volvieron más roncos, más urgentes y se detuvo, tirando de mi pelo hacia atrás, obligándome a soltarlo.

Mi boca se abrió y su polla salió con un sonido húmedo.

Me miró desde arriba, con los ojos oscuros y hambrientos.

—Creo que con esta demostración he tenido más que suficiente para saber cuánto me deseas. Ha llegado mi turno.

Sin decir nada más, me levantó del suelo como si no pesara nada y me sentó al borde de la mesa. Las copas tintinearon con el movimiento, una de ellas volcando un poco de vino sobre el mantel. Pero Zane no se inmutó.

En lugar de eso, se colocó entre mis piernas, inclinó el rostro sobre el mío y me besó.

Su lengua invadió mi boca con hambre, con deseo crudo. Y yo sentí que me derretía por completo entre sus labios cuando, de pronto, empezó a jugar en mi interior como si, en lugar de besarme la boca, estuviera explorando otro lugar mucho más íntimo.

Incluso succionó mi lengua como si fuera mi clítoris, arrancándome un gemido.

Zane sonrió al sentirlo, satisfecho, dominante, y volvió a repetir el gesto, una y otra vez, hasta que mi cuerpo se arqueó involuntariamente hacia él, buscando fricción.

—Zane… —susurré, con la voz entrecortada.

—¿Qué?

—Más…

—¿Más? —repitió, fingiendo inocencia.

Tragué saliva, empezando a impacientarme. Sentía un pulso en mi sexo, tan fuerte y desesperado que estaba a punto de volverme loca si nadie se encargaba de él.

—Quiero tu lengua entre mis piernas.

Sus ojos se oscurecieron de inmediato y, con un movimiento rápido, me bajó el pantalón y las bragas a la vez, dejándome completamente expuesta frente a él.

Pero no me dio enseguida lo que quería. No.

Primero, besó mis muslos con lentitud exasperante, rozando la piel con los labios. Después mis ingles, el borde del pubis…

—Santo cielo, Zane. Hazlo ya —sollocé frustrada.

Y como parecía estar disfrutando de hacerme sufrir, decidí llevar la iniciativa.

Coloqué mi mano sobre su nuca, arqueé las caderas hacia él y empujé con suavidad su boca justo donde la quería.

En mi centro.

Zane soltó un gruñido contra mi piel.

—Mmm… eso ha sido jodidamente sexy, nena —murmuró, justo antes de deslizar la lengua entre mis pliegues, hasta rozar mi clítoris.

Cuando lo encontró, lo acarició con la punta, suave, provocador, antes de rodearlo en círculos lentos que me hicieron perder la cabeza.

—¿Te gusta, verdad? —murmuró con la lengua jugueteando entre mis pliegues

—No te detengas —supliqué.

Zane sonrió contra mi sexo y obedeció, intensificando el ritmo.

Su lengua se movía alternando lamidas largas y cortas y succiones sobre mi clítoris, acercándome rápidamente al abismo.

Era vergonzoso lo rápido que estaba a punto de correrme, pero ese hombre sabía exactamente qué hacer y cómo hacerlo para conseguirlo en tiempo récord.

Cerré los ojos, tiré de su pelo y me concentré en su lengua saqueando mi interior. Cada movimiento encendía una chispa que me recorría de arriba abajo.

Nunca nadie me había devorado de esa manera. Como si fuera un manjar exquisito del que no quisiera dejar ni una migaja.

—Zane… me voy a correr… —susurré con la voz entrecortada, agarrándome al borde de la mesa en busca de estabilidad.

Como respuesta, hundió la lengua más profundamente, recorriéndome con hambre, y me penetró con dos dedos al mismo tiempo.

Un gemido desgarrado escapó de mi garganta.

Mis caderas se alzaron en un espasmo involuntario, buscando más, deseando perderme en la oleada de placer que ya se estaba formando dentro de mí.

Zane empezó a mover los dedos con fuerza, metiéndolos y sacándolos mientras su lengua no dejaba de castigarme.

—Córrete para mí, Scarlet.

Y entonces me rendí.

El orgasmo me estalló con violencia, haciendo que todo mi cuerpo se tensara y luego se deshiciera en una serie de espasmos profundos, descontrolados, gloriosos.

Grité su nombre, con la voz rota, mientras mis músculos se contraían alrededor de sus dedos y mi espalda se arqueaba sobre la mesa.

Zane no se apartó. Su boca siguió lamiendo despacio, saboreando los últimos rastros de placer, mientras sus dedos seguían hundiéndose dentro de mí.

Solo cuando mi cuerpo dejó de temblar y el clímax se desvaneció lentamente, se detuvo. Dejó de lamer y sacó sus dedos húmedos de mi interior, lentamente, como si aún quisiera alargar ese último instante.

Y entonces los llevó a su boca y los chupó sin apartar los ojos de los míos.

Yo aún estaba intentando recuperarme de semejante orgasmo.

No recordaba la última vez que me había corrido así… o si alguna vez lo había hecho.

Tenía las piernas temblorosas, el corazón latiendo como un tambor desbocado y los labios entreabiertos en busca de aire.

—Estás deliciosa, Scarlet. Podría pasarte la noche ahí abajo —susurró—. Pero ya no puedo esperar más. Necesito follarte.

Y antes de que pudiera reaccionar, me agarró como si fuera un saco de patatas.

—¡Zane! —exclamé entre risas y sorpresa, mientras me lanzaba sobre su hombro, con el culo en alto y la cara pegada a su espalda.

—Shhh… —musitó, dándome una palmada juguetona en la nalga—. Cállate y disfruta el viaje.

Me llevó así por el pasillo hasta su habitación. Cuando llegó, me dejó caer sobre la cama con un movimiento rápido. Antes de que pudiera incorporarme, ya se estaba desnudando.

Primero se quitó los pantalones. Luego la camisa.

Su torso quedó al descubierto, y mis ojos se clavaron en sus abdominales marcados, en la línea perfecta que descendía hacia su bajo vientre.

Tenía un cuerpo de infarto. Firme. Definido. Imponente.

Zane me miró desde arriba con una media sonrisa arrogante, sabiendo perfectamente el efecto que tenía sobre mí.

—¿Te gusta lo que ves?

Yo solo pude asentir, con la respiración acelerada. Zane soltó una risita autosuficiente y se arrastró sobre la cama hasta colocarse encima de mí.

Sus manos se deslizaron bajo el jersey que aún llevaba puesto, y con un tirón suave me lo quitó por la cabeza. El sujetador no duró mucho más. Lo desabrochó con una sola mano y lo dejó caer al suelo sin mirar.

Mis pechos quedaron al descubierto y Zane los miró como si acabara de encontrar un tesoro perdido.

—Gloriosos. Absolutamente gloriosos.

Y sin añadir nada más, se inclinó y los devoró con la boca.

Su lengua rodeó mis pezones, los lamió, los succionó. Primero uno, luego el otro, mientras sus manos me sujetaban por la cintura, acercándome más a él.

Gemí, me retorcí bajo su boca, y Zane solo gruñó, más hambriento.

Entonces se acomodó sobre mí, alineando su cuerpo con el mío.

Pude sentir su erección, dura y palpitante, rozando mi entrada húmeda mientras movía las caderas lentamente, frotándose contra mí sin llegar a entrar.

—¿Lo sientes? —murmuró, con la voz rasgada—. Esto es lo que me haces.

Jugó con su sexo, acariciándome el clítoris con la punta. Hasta que finalmente se incorporó, estiró el brazo hacia el cajón de la mesilla y sacó un condón. Rasgó el envoltorio con los dientes y se lo colocó con un movimiento rápido, sin dejar de mirarme.

—Ponte a cuatro patas. Y dame la visión de ese culo perfecto que me vuelve loco.

Mi pulso se disparó y obedecí. Me giré, colocándome sobre las manos y las rodillas en el centro de la cama.

Zane se colocó detrás de mí, y sus manos grandes acariciaron lentamente mis nalgas, recorriéndolas con los pulgares como si quisiera memorizar su forma.

—Eres perfecta, Scarlet. Y eres toda mía.

Después de decir aquello, sin previo aviso, empujó la punta de su erección contra mi entrada.

Mi cuerpo se estremeció con el contacto.

—Estás empapada —gruñó, frotándose suavemente contra mí, deslizando la cabeza por mis pliegues—. Vas a hacer que me corra solo con metértela.

—Espero que tengas más aguante que eso… —repliqué entre jadeos, lanzándole una provocación mientras arqueaba más la espalda para ofrecerme a él.

Zane soltó una carcajada ronca y entonces lo hizo. Se abrió paso dentro de mí centímetro a centímetro, estirando mi cuerpo para acomodarlo.

Gemí, sintiendo como me llenaba entera.

—Dios… Scarlet… —jadeó al hundirse por completo—. Estás tan jodidamente apretada…

Se quedó quieto un segundo, como si necesitara contenerse, y luego empezó a moverse.

Primero lo hizo lento, deslizándose dentro y fuera de mí con una cadencia tranquila y tortuosa, como si temiera precipitarse.

Pero aquello duró poco.

Enseguida el ritmo se intensificó, y empezó a follarme más rápido, más fuerte.

Con embestidas duras, profundas, que me hacían agarrarme a las sábanas con desesperación y soltar gemidos descontrolados que llenaban la habitación.

El sonido húmedo y obsceno de su polla entrando y saliendo de mí se mezclaba con sus gruñidos graves, animales, mientras me sujetaba con fuerza por la cintura

—Eso es —jadeó contra mi oído, inclinándose sobre mí—. Dámelo todo. Quiero sentir cómo te corres encima de mi polla.

De pronto, una de sus manos se deslizó desde mi cintura hasta mi centro, y sus dedos encontraron mi clítoris.

Lo frotó en círculos rápidos, al mismo ritmo frenético que sus embestidas.

El doble estímulo me arrancó un grito desgarrado.

Mis uñas se hundieron en las sábanas, empujé las caderas hacia atrás para recibirlo más hondo y me corrí de nuevo, temblando de arriba abajo mientras mi cuerpo lo estrujaba con fuerza, atrapando su polla en espasmos incontrolables.

—Scarlet… joder…

Se aferró a mí con ambas manos, clavándome contra él con embestidas duras, desesperadas, mientras mi interior lo apretaba sin compasión.

Un rugido gutural escapó de su garganta cuando siguió mis pasos y un orgasmo lo sacudió por completo, obligándolo a hundirse hasta el fondo con una última embestida poderosa.

Su cuerpo tembló contra el mío, hasta que acabó desplomándose, jadeante, contra mi espalda.

Los dos nos quedamos así, atrapados en un silencio solo roto por nuestras respiraciones descompasadas.

Sentía su pecho subir y bajar con violencia, el calor de su cuerpo envolviéndome por completo, y su polla aún dentro de mí, palpitante, como si se resistiera a abandonarme.

Zane apoyó la frente en mi hombro, todavía jadeando, y dejó un beso húmedo sobre mi piel sudorosa.

—Eso ha sido épico. Creo que he encontrado una nueva droga a la que volverme adicto.

Solté una risa débil, agotada, y me acurruqué contra él. Sentí los latidos desbocados de su corazón contra mi espalda.

—Entonces estamos jodidos, porque yo también.

Zane deslizó la mano por mi vientre y rio suavemente contra mi cuello.

—Prepárate, preciosa. Pienso convertirme en tu adicción favorita.

19

Zane

Unas semanas después de mi primer encuentro sexual con Scarlet estaba en el bar en el que siempre quedaba con mi amigo Nate.

Tenía que darme los últimos resultados acerca de la salud de mi abuela y, como buen cobarde, quise quedar en algún lugar en el que tuviera alcohol a mano para aliviar la desazón que me producía saber que se me agotaba el tiempo.

No fue distinto aquel día, porque por desgracia no había mucho que se pudiera hacer, pero aun así las noticias no fueron tan fatídicas como cabía esperar.

—Te lo digo en serio, es increíble lo que Sunny ha conseguido. Su ánimo ha mejorado tanto que, en consecuencia, come mejor y su cuerpo lo ha notado. No quiero que me entiendas mal, todavía está muy débil y su cuerpo se apaga inevitablemente, pero no está tan mal como las últimas veces que la vi.

Aquello no me extrañó. O no demasiado. Sunny era… bueno, increíble.

La hija de Scarlet había conseguido encandilar no solo a mi abuela, sino también a mí.

Me costaba admitirlo, pero la realidad era que, en el tiempo que hacía que lo conocía, me había convencido de ir de picnic al parque y tomar el té ficticio en tazas rosas, diminutas y que me hacían sentir el ser más torpe del universo.

También había querido ir a patinar y, aunque los dos nos caímos, nos acabamos riendo bastante.

Un día me hizo prometer que la llevaría al cine a ver una película de comedia que no entraba entre mis favoritas, pero al menos era soportable.

Una vez allí, vio que se estrenaba una de princesas y me hizo tantos pucheros que acabé accediendo y comiendo palomitas dulces mientras veía una película que me hacía fruncir el ceño todo el rato y su madre se reía de mí sin disimulo.

Claro que esa misma noche me cobré con Scarlet cada minuto de suplicio de la película.

La niña sospechaba que había algo entre su madre y yo. Cada vez que nos veía compartir una mirada o una sonrisa, podía notar la forma en la que nos observaba, emocionada, como si albergara la ilusión de que algún día pudiéramos ser una familia feliz.

Scarlet y yo ni confirmábamos ni desmentíamos, moviéndonos en una cómoda ambigüedad.

Scarlet…

Mentiría si dijera que esa mujer no estaba consiguiendo encandilarme tanto como su hija.

No era solo que el sexo fuera increíble, sino que conseguía hacerme reír, me lo pasaba bien a su lado.

Era… era peligroso, lo sabía, porque el trato no dejaba de ser un trato por el hecho de pasarlo bien.

De hecho, eso era justo lo que habíamos acordado: divertirnos tanto como fuera posible y acabar con todo una vez que mi abuela llegue a su fatídico e inevitable final y yo me marche a Nueva York.

—¿Cómo van las cosas con la madre de Sunny? —preguntó Nate sacándome de mis pensamientos, pero sabiendo a la perfección en qué estaba tan distraído.

—Mmmm bueno, tengo una mujer increíble, preciosa e insaciable en mi cama varias noches por semana. Al menos hasta la madrugada, cuando se viste y se marcha a casa sin que yo tenga que pedírselo. Es maravilloso.

—¿Lo es?

—Por supuesto.

—¿No te tienta ni siquiera un poco la idea de pedirle que duerma contigo toda la noche alguna vez?

—Claro, me gustaría saber cómo es Scarlet con el sexo matutino, pero…

—No me refiero a eso y lo sabes —dijo riendo.

Claro que lo sabía, pero no quería hablar de ello. O más bien, no quería admitir en voz alta que, a veces, tenía pensamientos traicioneros.

Pequeñas voces interiores que me decían que detuviera a Scarlet cuando la veía vestirse para volver a casa.

Un impulso imprudente e irresponsable que me instaba a tirar de su mano, meterla en mi cama de nuevo y retenerla ahí toda la noche… todas las noches.

Era absurdo.

No quería contarle a Nate lo que me pasaba porque ya había hecho demasiado hablándole de nuestro trato.

No es que mi amigo intentara disuadirme de lo contrario. Él mejor que nadie sabía que cuando se me metía algo en la cabeza, rara vez paraba hasta conseguirlo.

Era simplemente que no quería hablar en voz alta de los pensamientos invasivos que tenía de vez en cuando porque sentía que era darle demasiada importancia.

O quizás es que tenía miedo de que, al hablarlo en voz alta, todo aquello me atrapara aún más.

—¿Estás seguro de que no vas a terminar metiéndote en un lío con todo esto? —preguntó Nate otra vez—. Estás mezclando trabajo y placer, como quien dice. No sé, creo que es algo que puede acabar muy mal y me preocupa que Sunny sufra.

—Scarlet y yo lo hemos hablado cientos de veces. Intentaremos que sea progresivo y que la niña se desenganche de mí con la mayor facilidad posible.

—¿Crees que es posible desengancharse así de fácil de un padre?

—Bueno, yo con el mío…

—Eso no cuenta, tú con el tuyo no tienes buena relación, pero imagina que ahora intentaran separarte de tu abuela.

—No es lo mismo.

—¿Seguro?

No, maldita sea.

No estaba seguro.

Pero no quería admitir que era tan bastardo y egoísta que no quería contemplar la posibilidad de cortar ya lo que sea que tuviera con Scarlet y sacarla de su vida tanto a ella, como a la niña.

Mi abuela había mejorado.

Estaba claro que la presencia de Sunny no iba a obrar un milagro, pero parecía que, de alguna forma, había ganado un poco más de tiempo con ella y eso era mucho más de lo que esperaba tener cuando aquello empezó.

¿Cómo iba a renunciar a eso?

Cuidarían de Sunny. Scarlet era una gran madre, aunque a veces viera la duda en sus ojos.

Encontraría el modo de hacer las cosas lo mejor posible para su pequeña cuando todo terminara. Estaba seguro.

Y mientras tanto… las tres eran felices, a su manera. ¿Por qué debía renunciar a algo que le hacía sentir tan jodidamente bien?

Intenté convencer a Nate de que lo tenía todo bajo control porque no quería admitir que la realidad era que, cuando alguna noche Scarlet no podía venir a casa y me privaba de disfrutar de su cuerpo, me sentía… vacío.

Incompleto.

Como si me faltara algo vital. Era absurdo, estaba convencido de que solo era el poder de un sexo increíble.

Además, no era algo que tuviera que pensar de momento.

Dijera lo que dijera Nate, no tenía que pensar en nada que no fuera la mejoría de mi abuela, mi próximo orgasmo, el próximo orgasmo que iba a regalarle a Scarlet o con qué plan iba a torturarme la pequeña Sunny la próxima vez que la viera.

Todo lo demás ni importaba, ni tenía cabida en mi vida en aquellos instantes.

20

Scarlet

Existían pocas cosas en el mundo que yo amara más que cabalgar a Zane Drake.

Me sentía tan sumamente poderosa y empoderada por el modo en que me sujetaba las caderas y me miraba, que de verdad llegaba a pensar que era invencible.

—Así, joder, muévete más rápido. Córrete y haz que me corra, nena.

Gemí en alto porque algo que había descubierto a lo largo de las semanas que llevaba teniendo sexo con él era que adoraba oír las reacciones que provocaba en mi cuerpo.

Y sin duda, tener su polla dentro de mí mientras me movía provocaba muchísimas reacciones.

Arañé su pecho, solo porque me encantaba hacerlo y ver luego lo que mis uñas o mis dientes producían.

Era una locura.

Me sentía posesiva, como si necesitara marcarlo, pero no de un modo emocional, sino sexual.

No había, de hecho, nada emocional en todo aquello. A no ser que se tuviera en cuenta a la lascivia.

Siempre había sido una mujer sexual y ardiente, pero nunca un hombre había conseguido encenderme tan rápido como Zane.

No necesitaba más que una mirada o una leve caricia para convertirme en un ser ansioso por dar y recibir orgasmos.

—Estoy a punto —gemí mientras llevaba mis dedos a mi clítoris.

—No, ni lo sueñes —gruñó antes de retirar mi mano, tumbarme sobre él y hacer que mis pechos rozaran su torso—. Frótate contra mí. Deja que cada parte de mí te lleve al orgasmo.

A eso justamente me refería.

Era mandón, pero no de un modo egoísta, sino todo lo contrario.

Adoraba asumir el control solo porque sabía que, si lo hacía, mi placer estaba asegurado. Así que aprendí a ceder sin oponer resistencia.

Ya me había demostrado de muchas formas que, al final, el resultado valía la pena.

Le hice caso, moví mis caderas para hacer que, además de tenerlo dentro, mi clítoris se rozara contra su pubis.

El orgasmo se desencadenó tan violentamente que no pude evitar morder su hombro.

Sentí los dedos de Zane hundirse en mis caderas y supe que, del mismo modo que yo lo había marcado con mis dientes, él me había marcado con sus manos.

Y estaba bien, porque aquello era… sublime. Como entrar al cielo sin tener que morir.

Zane, por su parte, gruñó y se convulsionó bajo mi cuerpo. Lo sentí palpitar en mi interior y supe que acababa de correrse en el condón, pero clavándose en lo más hondo de mí.

En cuanto conseguí recuperar un mínimo de respiración rodé por la cama, lo saqué de mi cuerpo y me acurruqué junto a su cuerpo mientras él tiraba del condón, le hacía un nudo y lo dejaba en el suelo, al lado.

Esa era otra cosa que había descubierto: me gustaba acurrucarme.

No era por algo romántico sino como una forma de culminar algo que siempre me dejaba agotada física y mentalmente.

Era profesora de yoga, así que valoraba aquella calma que me reportaba tanto, que había dejado de levantarme inmediatamente para vestirme y largarme.

Además, había descubierto que, si lo abrazaba, existían muchas más posibilidades de que se recuperara pronto para una segunda ronda.

Zane pasó el brazo por mi espalda, colocó la mano en mi cadera y me pegó más a él mientras mi propia mano se enredaba en el poco vello de su pecho.

—Cada vez es mejor —murmuró él acariciándome distraídamente.

—Mmmm, no puedo discutir eso —dije sonriendo y cerrando los ojos—. Me dejas para el arrastre, Mr. Drake.

Su suave risa me produjo un hormigueo extraño, pero lo achaqué a lo sensible que estaba después de un orgasmo tan increíble.

—Si alguna noche sucumbieras a quedarte, estoy seguro de que podríamos mejorar nuestro récord.

—Ni siquiera lo hemos hecho la segunda vez, ¿y ya estás pensando en más?

—Siempre estoy pensando en más. Deberías asumirlo y empezar a pensar en formas de dármelo.

—Oye, no hables como si fueras un hombre insatisfecho sexualmente —dije pellizcando su pezón y haciendo que aullara de broma.

—Por cierto, hoy Sunny dijo algo que me desconcertó.

—¿Mmm?

—Dijo que no entendía por qué ella nació sorda, si yo no lo soy. Pensaba que su padre o alguien de su familia paterna lo sería y por eso ella nació así. Ya le he explicado que no es genético, pero… —Zane debió notar la tensión de mi cuerpo, porque colocó un dedo bajo mi barbilla para que lo mirara—. ¿Qué ocurre?

Entré en pánico. No quería explicarle nada de eso a Zane, no le correspondía saber nada de eso pero, de algún modo, había empezado a confiar en él.

No como algo romántico, sino como una especie de… amigo. O no. no lo sé.

La realidad era que Sunny seguía haciéndose preguntas de vez en cuando.

Y yo estaba empezando a desesperarme porque la bola de mentiras cada vez era más y más grande y empezaba a sentir que todo aquello me asfixiaba.

—No es nada —mentí.

—No hagas eso. No me digas que no es nada, porque es evidente que algo de lo que he dicho te ha tensado. ¿Es sordo su padre?

Tragué saliva, intentando encontrar una salida, pero la realidad era que, por primera vez en toda mi vida, necesitaba desahogarme un poco.

—Era… era malo, Zane. Una mala persona.

No le di detalles acerca de la sordera o lo que reconcomía a Sunny, pero sí que le di una respuesta que lo distrajo lo suficiente.

—¿Cómo de malo? —preguntó entrecerrando los ojos y sin soltar mi barbilla, por si eso suponía que dejara de mirarlo.

—Muy malo —admití.

—Scarlet, ¿cómo de malo?

Había algo peligroso en su tono.

No peligroso para mí, sino de preocupación.

Si algo había aprendido pasando tiempo con Zane era que solía preocuparse mucho por la gente que le importaba.

Sabía que no estaba enamorado de mí, eso era imposible, pero quizás había llegado a tomarme el mismo cariño que yo a él.

Después de todo, estábamos compartiendo cosas muy intensas.

Él, con su abuela enferma y yo, con mi curiosa hija.

Tal vez, de alguna forma, estábamos más unidos de lo que nos gustaba reconocer.

—Muy malo —repetí—. Lo conocí en la época en la que fui a vivir a Chicago. Él… pertenecía a la mafia —dije bajito, incapaz de alzar la voz.

—¿Qué demonios…?

—Sí. yo no lo sabía. O sea, me enteré después, cuando todo estaba hecho un lío. Y ni siquiera fue porque él me lo dijera, sino que lo descubrí por… por otros motivos. —Tragué saliva e intenté relajarme, pero no funcionó—. En cuanto supe que estaba embarazada, supe que tenía que alejarme de él y salir de ahí para siempre. Volví a Nueva York, con mis padres, y me juré no decirle nunca a nadie de quién era Sunny. Desde que mi adorada hija nació vivo con el miedo comiéndome por dentro por si un día, de casualidad, él descubre su existencia.

—Dios mío —murmuró él, consternado.

—¿Entiendes ahora por qué no podía decirle a Sunny quién era su padre? —pregunté con la voz ronca por las emociones que me despertaba aquel tema—. Es demasiado peligroso, Zane. Y tienes que prometerme que jamás dirás nada a nadie.

—Por supuesto que no.

—Lo digo en serio.

—Yo también. Si me pides que no diga algo, no lo diré. Pero esto… suena peligroso, Scarlet.

—Lo tengo controlado.

—¿Eso crees?

—Sí, por supuesto. No tengo redes sociales, mantengo un perfil bajo, trabajo en un gimnasio de barrio. Siempre y cuando siga así y no llame la atención, todo estará bien. Él nunca sabrá dónde esto ni mucho menos sabrá de la existencia de Sunny. Zane guardó silencio durante tanto tiempo que tragué saliva—. ¿En qué piensas?

No contestó de inmediato, pero su mano acaricio mi mejilla mientras sus ojos vagaban por mi cara.

Aun así, tuve la certeza todo el tiempo de que no me miraba a mí.

Estaba como sumido en sus pensamientos. Tanto como para no responder. Apreté más su pecho con mi mano y reclamé su atención.

Cuando me miró, vi preocupación en sus ojos, pero también algo más. Un destello de algo intenso y… amenazador. Tragué saliva y acaricié su mejilla.

—¿En qué piensas, Zane? —repetí.

—Nada —dijo con voz ronca—. No pienso en nada.

No lo creí, por supuesto. Y cuando besó mi frente en un gesto que no había hecho antes nunca, supe que estaba muy lejos de no pensar en nada.

—No harás nada con esta información. —Era una orden más que una petición—. ¿Me oyes, Zane? Tienes que prometerlo.

—Está bien.

—No, eso no me sirve. Promételo.

—Scarlet…

—No harás nada con esta información. Te he confiado esto solo para que estés al tanto de lo delicada que es mi situación con Sunny. Nada más.

Él estaba reticente, podía notarlo pero, al final, asintió y suspiró, dejando claro que nada de aquello le gustaba.

—Está bien. —Había algo en su tono que no me resultaba convincente, pero entonces rodó por la cama, se coló entre mis piernas y restregó su polla, aún flácida, contra mí—. ¿Podemos dejar de hablar? Es un tema deprimente.

Me reí, pero no me pasó desapercibido el hecho de que estuviera usando el sexo para distraerme.

Se lo permití porque, en realidad, yo también quería dejar de pensar en ello.

Hacerlo siempre conseguía que un nudo de ansiedad se me apretara en el pecho, y cuando estaba con Zane lo último que quería sentir era ansiedad, así que rodeé su nuca con los brazos, lo besé y dejé que me llevara al cielo de los orgasmos de nuevo mientras confiaba en que aquella conversación jamás saldría a la luz.

Porque Zane Drake podía tener muchos defectos, pero si algo tenía claro es que era un hombre de palabra.

21

Zane

Supe que algo iba mal la tarde en la que, al salir del trabajo, me detuve frente a la floristería del final de la calle con cara de memo.

No era el tipo de persona que se paraba a contemplar flores porque sí. Mucho menos el tipo de hombre que las compraba con la intención de regalárselas a una mujer con la que, oficialmente, solo tenía un acuerdo temporal.

Sin embargo, ahí estaba. Mirando unas peonías rosadas con la extraña convicción de que a Scarlet le encantarían.

No sabía por qué. Pero la idea de imaginarla con ese ramo en las manos y una sonrisa impertinente asomando en sus labios… me golpeó como un puñetazo en el estómago.

Maldita sea. Estaba jodido.

Y aun así, entré en la floristería como un imbécil y compré las flores. Y, como si no fuera suficiente, también pedí un pequeño ramo de margaritas blancas para Sunny. No pude evitarlo.

Después, como el gran imbécil que era, detuve un taxi y le di la dirección de Scarlet con la intención de entregárselas.

Estaba claro que algo iba mal, pero no quería escuchar la vocecita en mi cabeza que intentaba avisarme de que estaba cruzando una línea peligrosa. Una línea que nunca pensé pisar: la de empezar a comportarme como un maldito amante enamorado.

Yo no hacía esas cosas.

No regalaba flores.

No buscaba excusas para ver a una mujer fuera de la cama.

Y, desde luego, no me dejaba llevar por impulsos que me hacían parecer… blando.

Pero ahí estaba, con un ramo de peonías en el regazo y otro de margaritas, camino de la casa de una mujer que no debía significar nada más que sexo sin compromiso.

Cuando el taxi se detuvo frente a su casa, tuve la tentación de tirar las flores a la basura y largarme. De fingir que aquello nunca había pasado.

No lo hice.

Porque lo jodido era que, por primera vez en mi vida, quería sorprender a alguien con un gesto tan cursi como ese. Y no solo eso. También quería ver a Sunny. Esa pequeña había conseguido llegar más lejos de lo que nadie jamás había logrado.

Se coló en mi despacho con un unicornio dibujado en la camiseta, me miró con esos ojos azules enormes y, desde entonces, no había dejado de ocupar espacio en mi cabeza.

Era absurdo. Inexplicable. Yo no quería niños. Nunca los quise. Y, sin embargo, llevaba en las manos un ramito de margaritas pensado solo para ella. Porque me imaginaba su sonrisa, sus saltitos de emoción y esa manera de llamarme «papá» como si fuera lo más natural del mundo.

Respiré hondo, pagué al taxista y bajé con los dos ramos.

Llamé al timbre de la casa y esperé, con los nervios atenazándome, hasta que la puerta principal se abrió.

Pero no fueron ni Scarlet ni Sunny quienes aparecieron. Al otro lado, un hombre de unos sesenta años me observaba con el ceño fruncido.

No me hizo falta preguntarlo en voz alta: sabía que se trataba del padre de Scarlet. Ella me había dicho que vivía con sus padres, y aquel tipo tenía el mismo porte recto y severo que uno imagina en un hombre acostumbrado a proteger a su familia.

—¿Quién es usted? —preguntó, sin molestarse en ocultar la desconfianza de su mirada.

Me aclaré la garganta con incomodidad.

—Soy… un amigo de Scarlet.

El hombre arqueó una ceja, claramente poco convencido.

—¿Un amigo? —repitió, como si la palabra le supiera amarga en la boca—. Scarlet nunca ha traído *amigos* a casa.

Su mirada bajó fugazmente a los ramos que llevaba en las manos.

Antes de que pudiera responder, una vocecita interrumpió desde dentro:

—¡Abuelo! ¿Quién es?

Sunny apareció corriendo por el pasillo, con unas zapatillas de unicornio y el pelo alborotado.

Cuando me vio, sus ojos se iluminaron.

—¡Papá! —chilló, y antes de que su abuelo pudiera impedirlo, se lanzó para abrazarme —. ¿Qué haces aquí? ¿Has venido a verme?

Ignoré la punzada que me atravesó el pecho cuando me llamó *papá*. Últimamente se dirigía a mí así, y aunque Scarlet intentaba corregirla, la niña parecía empeñada en no soltar esa palabra.

Me fijé en la cadena con el colgante de unicornio que llevaba. Se la había regalado hacía unos días y le había hecho prometer que no se lo quitaría nunca bajo ninguna circunstancia.

Me alegró ver que había cumplido su promesa. Ese pequeño detalle me daba cierta… paz.

—He salido pronto de trabajar y he pensado que podríamos ir a cenar los tres. Tú, tu madre y yo.

Le entregué las margaritas, y Sunny dio un salto de emoción, abrazando las flores contra su pecho como si acabara de recibir un tesoro.

—¡Sí, sí, sí! ¡Voy a decírselo a mamá! —gritó, antes de salir disparada por el pasillo, dejando tras de sí un eco de risas.

El silencio se instaló de inmediato. Me quedé frente al padre de Scarlet, todavía con las peonías en la mano, mientras él me observaba como si quisiera atravesarme con la mirada.

—Tú debes de ser el famoso Zane —dijo al fin, con un deje de ironía que no me pasó desapercibido.

—Supongo que sí. Aunque no sabía que era famoso.

—Mi hija me ha hablado de ti y de lo que os traéis entre manos.

Alcé una ceja. No estaba seguro de hasta qué punto sabía lo que Scarlet y yo compartíamos. Y tampoco estaba dispuesto a aclararlo.

Ante mi silencio, el hombre siguió:

—Y debo decir que no me gusta nada. Sunny no deja de hablar de ti, como si fueras realmente su padre. ¿De verdad crees que es buena idea hacerle creer a esa niña algo que no es?

Apreté la mandíbula buscando la respuesta adecuada, pero en ese momento Scarlet apareció por el pasillo, con el cabello húmedo, como si acabara de salir de la ducha, leggins y una sudadera ancha que le llegaba hasta medio muslo.

Sonrió en cuanto me vio allí, de pie con las flores en la mano.

Y maldita sea, me desarmó en el acto.

—Zane… No esperaba verte.

Su padre negó con la cabeza, puso los ojos en blanco y desapareció por el pasillo, murmurando algo ininteligible que preferí no escuchar.

En cuanto estuvimos solos, le tendí las flores.

—¿Y esto?

—Dicen que las flores son un buen regalo en cualquier ocasión.

—Y es cierto. —Sus labios esbozaron una sonrisa suave mientras acariciaba un pétalo.

Durante unos segundos compartimos una mirada demasiado íntima, demasiado intensa. Carraspeé intentando recuperar el control de la situación.

—He pensado que podríamos salir a cenar.

—¿Sin motivo aparente?

—Tengo hambre, y eso me parece un motivo más que suficiente.

Scarlet sonrió con picardía, como si supiera que esa excusa era una fachada torpe. Antes de que pudiera añadir nada más, la voz de Sunny nos llegó desde el salón.

—Abuela, ¿dónde puedo encontrar un jarrón para mis flores? —preguntó, radiante.

La mirada de Scarlet se llenó de ternura, al igual que su sonrisa.

—Voy a arreglarme. Si quieres, puedes pasar y esperar dentro.

Negué con un movimiento de cabeza.

—Prefiero esperar fuera. Tengo la sensación de que tu padre sería capaz de someterme a un tercer grado si me quedo solo con él

en el salón.

Ella soltó una risita.

—Es probable, mi padre puede ser muy protector.

—Lo entiendo. Si yo fuera él, tampoco me gustaría ver a cualquier hombre rondando a mi hija.

Scarlet me sonrió, se puso de puntillas y me besó en la mejilla, demasiado cerca de los labios para que aquello pudiera considerarse inocente. Y, sin retirarse todavía, susurró en mi oído:

—Gracias por las flores. Prometo compensarte por eso más tarde.

Solo necesité esas palabras para sentir un tirón inmediato en los pantalones, anticipándome a esa promesa.

Después de eso, Scarlet entró en la casa y yo me quedé fuera, esperando a que ella y Sunny salieran para ir a cenar.

Estaba claro que me había metido en un terreno peligroso. Porque cada día que pasaba, Scarlet me arrastraba más y más hacia un lugar del que no sabía si iba a poder salir indemne.

22

Scarlet

Fue una noche increíble.

Zane nos llevó a cenar y luego, como al día siguiente Sunny no tenía colegio, propuso ir al cine. Vimos una película animada con toneladas de chuches y palomitas. Y cuando salimos, aún teníamos ganas de más. Acabamos dando un paseo por Union Square, con sus luces encendidas, la gente entrando y saliendo de los bares y el murmullo de la ciudad envolviéndonos.

De vuelta a casa, Sunny se había quedado dormida en el taxi. Estaba agotada por la emoción y el exceso de azúcar.

Fue Zane quién la cargó en brazos y la subió a su cuarto.

Me quedé en el umbral. Observé cómo la acomodaba con cuidado en la cama, retiraba un mechón de su frente y tapaba su cuerpo pequeño con el edredón.

Era demasiado fácil dejarse llevar y pensar que aquello podría convertirse en nuestra vida.

Zane, Sunny y yo, juntos como una familia feliz.

Podía imaginarme a Zane preparando el desayuno por las mañanas, mientras Sunny y yo corríamos por la casa, apuradas para no llegar tarde. Lo veía sujetando con una mano mi bolso y con la otra la mochila de Sunny, fingiendo estar impaciente cuando, en realidad, no podía ocultar la sonrisa que se le escapaba al mirarnos juntas.

La escena era tan nítida que me costaba aceptar que no existía más allá de mi imaginación.

Una vida normal.

Una familia completa.

Algo que nunca había tenido y que, en el fondo, siempre había anhelado.

Tragué saliva, obligándome a apartar ese pensamiento. No podía dejarme atrapar por esa ilusión. Zane y yo teníamos un acuerdo, nada más.

Sacudí la cabeza, obligándome a volver al presente. Zane acababa de cerrar la puerta de la habitación de Sunny y me miró con un gesto serio.

—Creo que es hora de que me vaya —murmuró, bajando la voz para no despertarla.

—Espera. —Alargué la mano y atrapé la suya antes de que pudiera apartarse. La sorpresa en sus ojos me hizo sonreír—. Antes me prometí algo… y no pienso dejarte marchar sin cumplirlo.

Tiré suavemente de él hacia mi cuarto.

—Scarlet… —su voz sonó ronca, cargada de advertencia mientras se dejaba arrastrar a regañadientes—. Ni de coña vamos a hacer nada aquí. Si tu padre nos pilla, sería capaz de asesinarme a sangre fría.

—Mis padres tienen la habitación abajo —repuse con calma, entrecerrando los ojos como si su objeción me pareciera absurda.

Él se detuvo en el umbral de mi habitación, dubitativo.

—¿Y Sunny?

—Tiene el sueño profundo. Podría caerse el techo y no se despertaría.

Eso pareció convencerlo. Entró en la habitación y yo cerré la puerta detrás de él. La luz de las farolas de la calle se colaba por la

ventana, iluminando el espacio con reflejos anaranjados.

Zane observó cada rincón con curiosidad. Las fotos colgadas en la pared, los tapices de colores, los dibujos de Sunny pegados en un corcho. En uno de ellos, la niña nos había dibujado a los tres cogidos de la mano, con un sol enorme sonriendo sobre nuestras cabezas y un arcoíris ocupando todo el cielo.

Yo era consciente de que aquella habitación era un tanto caótica y nada convencional, pero me gustaba la energía que desprendía. Era un lugar alegre, vivo, con pedacitos de mi hija en cada esquina.

—Así que este es tu mundo —murmuró Zane, dejando que su mirada recorriera cada detalle.

Asentí.

—Bienvenido a mi caos —respondí con una media sonrisa—. Aquí nada combina, pero todo tiene un pedacito de historia.

Él se giró hacia mí,

—Me gusta. Es… auténtico. Como tú.

Sentí un cosquilleo recorrerme el estómago, como un líquido caliente que se deslizó hacia abajo hasta terminar colándose entre mis muslos.

No esperé más. Lo agarré de las solapas de la americana, me puse de puntillas y lo besé con los labios abiertos, con urgencia.

Mi lengua invadió su boca, reclamando la suya sin pedir permiso. Él gruñó, sorprendido por la intensidad, pero respondió de inmediato, tan hambriento como yo.

Sus manos bajaron hasta mi espalda, y me apretó contra él con una fuerza que me arrancó un gemido ahogado.

Con prisas, le quité la americana primero, la camisa después, deslicé mis dedos por sus abdominales perfectos y luego, sin dejar

de besarlo, lo conduje hasta la cama, empujándolo con suavidad hasta que cayó sentado en el borde.

Me miró desde abajo, con la respiración agitada y los ojos oscuros, y yo me arrodillé frente a él para darle mi recompensa, esa que le había prometido a cambio de las flores.

Le desabroché el cinturón, y bajé despacio la cremallera del pantalón. Zane no apartaba sus ojos de mí, cargado de deseo contenido.

—Scarlet… Vas a matarme —dijo cuando liberé su polla de dentro de los bóxers,

—Qué forma más placentera de morir, ¿verdad? —repliqué.

Con una sonrisa feroz, me metí su polla en la boca y la tragué hasta el fondo. Zane rompió un gruñido contenido, mientras una de sus manos se aferraba a mi cabello, incapaz de contenerse.

Empecé a moverme, marcando el ritmo con la boca. Apretaba su miembro, deslizando mi lengua por su longitud en cada nueva embestida.

Sus caderas se arquearon, siguiendo mis movimientos. Quería hacerle la mamada más perfecta del mundo. Que se corriera en mi boca hasta la última gota y tragármelo todo.

Pero entonces, él me detuvo, tirando de mi pelo hacia atrás hasta que su erección se liberó de mis labios. Lo miré desde abajo, con la respiración agitada, y encontré sus ojos llenos de una urgencia que me hizo estremecer.

—Scarlet… —murmuró con voz grave, casi como un gruñido—. No quiero correrme en tu boca. Quiero hacerlo dentro de ti.

Asentí, poniéndome de pie para desnudarme con rapidez.

Él se encargó de acabar de quitarse los pantalones y los bóxers y, segundos después, tras coger uno de los preservativos que

guardaba en mi tocador, me senté en la cama y se lo puse con la boca.

Él jadeó lo más bajo que pudo y yo me senté sobre su erección, dejándome llenar por completo, centímetro a centímetro. Cerré los ojos, disfrutando de la presión deliciosa y de la calidez que me invadía.

Entonces, empecé a moverme, inclinando el cuerpo hacia delante para besarlo en la boca. Enredé mi lengua con la suya mientras marcaba el ritmo con las caderas, lenta al principio, después más intensa, siguiendo el compás de sus manos que me aferraban con fuerza por la cintura.

El somier chirrió bajo nuestro peso, y Zane se detuvo mirándome con ojos de pánico. Me reí, lamiendo sus labios con picardía.

—No te preocupes, tonto. Justo debajo está el salón, Mis padres duermen en la otra ala de la casa. No pueden oírnos desde allí.

Él soltó un suspiro, aunque sus manos no dejaron de apretarme contra su cuerpo.

—Scarlet, no me hagas pasar por un infarto.

—Entonces concéntrate en mí y olvida lo demás —susurré, moviendo las caderas de nuevo, lenta, provocadora.

Sus labios se abrieron en un gruñido bajo, y volvió a aferrarse a mí con desesperación para, segundos después, hacerme rodar sobre la cama y ponerse encima, dominando por completo la situación.

Su mirada ardía, oscura.

—Ahora me toca a mí, Scarlet —murmuró con voz ronca, justo antes de empezar a moverse, penetrándome con fuerza, profundo, arrancándome un gemido que se encargó de acallar con un beso.

Apreté las piernas a su alrededor y apoyé los brazos en sus hombros.

Zane me embistió una y otra vez, marcando un ritmo firme y arrollador. Con ese ángulo, cada movimiento rozaba justo donde más lo necesitaba, frotando mi punto G hasta arrancarme jadeos entrecortados.

Estaba al borde del orgasmo, y Zane lo sabía. Lo notaba en mis temblores, en la forma en que me aferraba a él con desesperación, en mis gemidos cada vez más rotos.

—Mírame, Scarlet —gruñó contra mi boca.

Obedecí, y en cuanto nuestros ojos se encontraron, la oleada me arrastró sin remedio.

Un gemido desgarrado escapó de mi garganta cuando el orgasmo me atravesó de golpe. Arqueé la espalda contra él mientras mi interior lo estrujaba con fuerza.

Zane jadeó con violencia. Sus embestidas se volvieron más frenéticas, más urgentes. Hasta que también se derrumbó dentro de mí, temblando, dejándose llevar.

Su rugido ronco se perdió contra mi cuello, y sentí cómo su cuerpo se estremecía al mismo ritmo que el mío.

Durante unos segundos solo existió el sonido de nuestra respiración entrecortada, el latido desbocado de su pecho contra el mío y la certeza de que ese polvo no había sido uno más.

Yo lo sentía en mis huesos. Y, por la forma en que me miraba todavía, supe que él también.

No tenía ni idea de dónde nos estábamos metiendo, solo sabía que cada vez sería más difícil salir ilesos. Y que, cuando llegara el momento de pagar el precio, ninguno de los dos estaría preparado.

23

Zane

Salí de casa de Scarlet con un único pensamiento: estaba dejando una parte de mí ahí dentro, con ella y con Sunny. Yo debería estar ahí y no en la calle, de madrugada, yendo a un piso lujoso y caro en exceso, pero vacío de lo realmente importante.

Tenía que dejar de negar que lo de Scarlet era puro y simple sexo. Lo que había pasado ahí dentro, en su cama, había sido algo más. Lo que sentía por ella como mujer crecía, aunque me empeñara en disfrazarlo de lujuria.

Lo que sentía por Sunny era algo grandioso e increíble que llenaba mi pecho y lo expandía de algo a lo que no sabía poner nombre, pero sabía que era importante.

Llegué a mi apartamento, me di una ducha, porque algo me decía que no iba a poder conciliar el sueño si me quedaba oliendo a ella, y me metí en la cama exhausto después de un día cargado de emociones y buen sexo.

A veces en momentos así, como aquel, cuando ya estaba en mi cama a solas y mirando al techo, me gustaba jugar con fuego.

Imaginaba imposibles.

Yo sabía que eran imposibles pero en un intento desesperado por ser feliz, aunque solo fuera a través de los pensamientos, jugaba a imaginar, por ejemplo, que mi abuela no estaba enferma.

A veces incluso imaginaba que tenía bastantes menos años de los que en realidad tenía.

Era joven, estaba fuerte y los médicos solo la trataban en revisiones rutinarias para dejarme claro que tenía abuela para muchos años.

Imaginaba que mis padres no eran unos cretinos frívolos y egoístas que solo querían el dinero.

En esos momentos, eran buenos padres, amorosos y tranquilos.

Personas capaces de establecer una conexión real con alguien y mostrar amor y empatía.

Aquella noche no imaginé nada de eso.

Me permití a mí mismo imaginar algo mucho más grande y peligroso.

Me metí en un terreno peligroso para mi propio bienestar mental, pero no me importó. Cerré los ojos y las imaginé a ellas. Scarlet y Sunny.

Ellas no vivían con los padres de Scarlet, sino conmigo, pero no en aquel apartamento lujoso, sino en una casa. Una como la de mi abuela, lujosa, sí, pero con jardines, columpios y zonas en las que poder hacer vida en familia.

Tendríamos una cocina inmensa, funcional y al mismo tiempo acogedora.

Pasaríamos un montón de tiempo en ella cocinando, riendo, charlando. Ayudaría cada día a Sunny con las tareas del colegio y desde luego no me perdería ni un solo día del padre más.

Iría allí y me pasearía con orgullo frente a todas sus amigas si con eso conseguía que la niña riera.

Compraría flores a menudo y no solo de forma puntual. Se las daría a Scarlet y ella me lo agradecería igual que hizo aquella noche. Se desnudaría y me llevaría al cielo con su cuerpo y su boca.

Y después la abrazaría… y ella no se marcharía.

Ni yo me levantaría para volver a casa solo, porque ya estaríamos en casa.

Abrí los ojos con el corazón acelerado, la mente enredada y la respiración irregular.

Aquel juego era peligroso. Era muy peligroso pero nunca antes al terminar de jugarlo me había sentido tan mal como aquella noche.

Porque cuando miré a un lado y vi el otro extremo de la cama vacío todo lo que sentí fue un abismo inmenso en el pecho.

Nada de aquello pasaría nunca. No podía ser por muchos motivos, pero joder, qué bonito había sido imaginarlo, aunque solo fuera una vez.

Quería dormirme, pero una vocecita en mi cabeza no paraba de repetir una pregunta en bucle, una y otra y otra vez.

¿Por qué no podía ser?

¿Qué me estaba pasando?

Y sobre todo: ¿Acaso era tan imposible soñar con algo así?

24

Scarlet

—¿Vais a salir otra vez?

Miré a mi padre atentamente para evaluar su postura corporal, porque el tono había sido muy tenso.

Entendía perfectamente que estaba preocupado por mí y sobre todo por Sunny y las consecuencias de aquella serie de catastróficas mentiras, pero había llegado a un punto en mi vida en el que sentía que, de todos modos, hiciera lo que hiciera ya la había cagado.

No iba a poder evitarle el dolor a Sunny cuando todo aquello terminara.

No tenía más que ver a mi hija para darme cuenta de que estaba loca por su padre y no era de extrañar, porque Zane, que al principio parecía tener un nulo sentido de la paternidad, se había revelado como el mejor padre falso del mundo.

Irónico, ¿no?

Había metido la pata hasta el fondo con todo.

Con Sunny, con Zane y con mis padres, que no dejaban de mirarme como si estuvieran decepcionados conmigo, porque así era.

Supongo que en sus cabezas yo había pasado de ser un poco loca a estar loca de remate y eso a ningún padre le gusta.

—Papá, solo vamos a hacer un picnic y…

—No será solo un picnic. —Mi padre suspiró y se pasó la mano repetidas veces por el pelo—. No quería decírtelo porque no sabía

cómo hacerlo, pero creo que es mejor que sea yo quien te lo enseñe.

—¿Qué ocurre? —pregunté recelosa.

Mi padre no respondió de inmediato.

Caminó hacia un mueble del salón, donde yo ya estaba esperando que Sunny bajara para marcharnos. Cogió una revista y caminó hacia mí, extendiéndola abierta por una página.

Ahogué una exclamación cuando vi la foto que me enseñaba.

Éramos Sunny, Zane y yo paseando por la calle un día cualquiera. En sí, la foto no tenía nada especial, salvo si leías el titular:

Uno de los solteros más codiciados de Nueva York jugando a las casitas

Era un poco repugnante. Mucho, en realidad.

Tragué saliva como pude porque me sentía usada por quienquiera que hubiera escrito aquellas palabras. No era lo que decían, era que… que parecía que yo no era más que un pasatiempo.

¿Y acaso no era así?

Si me paraba un segundo a pensar en ello, Zane y yo éramos exactamente eso: un pasatiempo.

Habíamos hecho un pacto a través del cual obteníamos como beneficio un montón de orgasmos y eso estaba genial y me encantaba, pero no podía hacerme falsas ilusiones.

Y aun así… me las hacía. Porque en el pacto nunca entraron las flores, ni la forma en la que Zane me miraba mientras me penetraba últimamente.

Como si pudiera ver a través de mi alma o yo pudiera ver a través de la suya.

El sexo seguía siendo increíble pero ahora, además, significaba algo. Se me erizaba la piel en cuanto me acariciaba y no era solo porque lo deseara, que también.

Es que con Zane… con Zane me sentía llena y completa como nunca antes.

Todavía estaba mirando fijamente la foto, con mi padre enfrente sin decir nada, porque supongo que estaba dejándome manejar aquella situación a mi manera.

—No entiendo qué pueden verle de interesante a un empresario rico de tantos como hay en esta ciudad.

—No es cualquier empresario rico. Tiene un imperio, Scarlet.

—¿Y? Mi hermano va camino de tener uno y no te veo quejarte.

Mi padre suspiró, como si no quisiera hacer aquello, y acarició mi mejilla.

—Lo único que digo es que no quiero que te hagan daño.

—Papá, soy mayorcita, sé cuidarme sola.

—Lo sé, cielo, pero…

—Lo tengo todo controlado, ¿vale? Tú no te preocupes por nada.

Parecía dudoso, pero no me importó. Sonreí e intenté infundir en esa sonrisa todo el ánimo que pude, porque necesitaba que él se quedara tranquilo para tranquilizarme yo también.

La puerta me salvó de seguir manteniendo aquella conversación.

Cerré la revista, se la di a mi padre y me dirigí a la puerta mientras le gritaba a Sunny para que se diera prisa.

—¡Vamos, cielo, papi está aquí!

Abrí la puerta y me encontré con la sonrisa más obscena que le había visto nunca a Zane.

—Oh, sí, papi está aquí.

Me reí, porque era un idiota, y me reí aún más cuando Zane se dio cuenta de que mi padre estaba en el salón fulminándolo con la mirada.

Sunny bajó, por fin, y salimos de casa para ir a hacer un picnic organizado por Zane que consistió en comer y picotear un poco de todo, luego pasear y, al final, ir a un centro recreativo en el que Sunny probó a jugar a prácticamente todo mientras Zane derrochaba dinero sin importarle que yo me quejara una y otra vez.

No fue hasta que conseguimos que la niña se metiera en unas camas elásticas para darnos un poco de privacidad que nos sentamos en una cafetería, pedimos un café y pudimos charlar un poco.

—Oye, ¿has visto la revista?

Lo pregunté sobre todo porque sabía que iba a enterarse y no quería que Zane pensara que yo le ocultaba cosas o peor aún: que me interesaba que nos hicieran aquellas fotos.

No era eso. De hecho, tenía razones de sobra para querer mantener un perfil bajo, aunque dudaba que una foto en una revista local de cotilleo tuviera mucho impacto, pero de todos modos pensé que hacía bien en comentarlo con él.

Le conté lo que mi padre me había mostrado y él entró en la web de la revista para ver si habían publicado algo digitalmente: no era el caso, así que encogió los hombros y dio un sorbo a su café.

—A veces hacen esos artículos de mierda para generar morbo. Aunque para ser sincero, no entiendo qué interés puede tener a quién me folle yo o no.

Tenía toda la razón del mundo. No dijo nada fuera de lugar, pero aun así, las palabras elegidas me tensaron. Zane se dio cuenta, porque estiró la mano por encima de la mesa buscando mis dedos y cuando los encontró no dudó en entrelazarlos.

—Estoy bien —mentí.

—¿De verdad? Pareces tensa. Puedo mandar a mis abogados a amenazarlos si publican algo más, pero las fotos están hechas en la vía pública, no es ilegal como tal, así que…

—Estoy bien —insistí—. No me encanta que hablen de mí como si fuera tu nuevo juguete, pero lo superaré. He pasado cosas peores y estoy bastante segura de que te encargarás de darme orgasmos suficientes como para que lo olvide.

—Puedes apostar tu precioso culo a que será así.

Me reí, porque Zane tenía ese poder últimamente. Me hacía reír como nadie, aunque al principio yo pensara que era un capullo arrogante y amargado.

No lo era.

Sí, tenía muchas preocupaciones siempre en la cabeza y eso hacía que a veces se evadiera, pero aun así era un hombre con un gran sentido del humor cuando te tomabas el tiempo de conocerlo.

—¡Eh, papá! ¿Sabes qué? —Sunny apareció a nuestro lado sobresaltándonos.

Zane soltó mi mano de inmediato y se concentró en ella.

—Dime, peque.

—Los padres pueden entrar en las camas elásticas.

—¿Qué?

—¡Te lo prometo! Hay una niña saltando con su padre. ¿Vienes?

—¿Las madres no pueden entrar? —pregunté estupefacta porque mi hija no tenía, al parecer, ningún inconveniente en dejarme fuera de los planes que hacía con su padre.

—Eh… sí, claro —dijo Sunny—. Puedes venir, si quieres.

Me reí y deseché la idea con la mano. En algún momento iba a hacer muy infeliz a aquella preciosa niña, así que más me valía que, mientras llegaba o no, me dedicara a hacerla tan feliz como pudiera.

—Ve con tu padre, cielo. Si es que lo convences.

—Es que a mí no me gusta mucho saltar. Y esta ropa no es muy adecuada —dijo Zane intentando librarse—. ¿No quieres hacerlo sola? ¿O con mamá?

—¡Con mamá he saltado un montón de veces!

Era mentira. Creo que jamás había saltado en una cama elástica con Sunny, pero decidí no intervenir.

—Oh. Bueno, pero es que…

—Si no te apetece puedes decirlo. No pasa nada. Antes no tenía padre y ahora tengo un padre que no quiere saltar conmigo —murmuró Sunny.

—Oye, pequeña, no digas eso, ¿vale? No es que no quiera. Es que… es que…

Zane me miró desesperado y yo me mordí los labios con fuerza para no reírme, porque mi hija aparte de preciosa era lista como el hambre y acababa de tocar las teclas exactas que harían que él se rindiera.

Era difícil decirle a Sunny que no a algo cuando ponía aquella carita tan melodramática, con labio tembloroso incluido. Y si algo había descubierto era que Zane cada vez tenía más problemas para resistirse a Sunny cuando se comportaba así.

Si aquello fuera una relación de verdad ya estaría preocupada por si la niña lo mangoneaba en exceso pero, de nuevo, pensé que los minutos para que aquella pantomima acabara seguían corriendo.

Había un reloj inexistente que contaba el tiempo que nos quedaba de fingir que éramos una especie de familia funcional y preciosa.

Yo lo imaginaba como un reloj de arena que cada vez se vaciaba más y más sin que nada ni nadie pudiera hacer nada por impedirlo.

A veces, en mis días buenos, pensaba que quizás Zane sentía lo mismo que yo, porque aquella conexión tan profunda no podía ser unilateral.

Pero entonces pasaba algo, se cerraba en banda y yo dudaba.

En cualquier caso, algún día la realidad llegaría. Era inevitable.

Sunny tendría que aceptar que todo aquello era una ilusión y yo… yo me quedaría con el corazón destrozado. Pero no había forma de evitar aquello.

Y cuando el teléfono de Zane sonó, justo cuando estaba a punto de aceptar ir a saltar a las camas elásticas, y contestó, supe que todo había saltado por los aires mucho más pronto de lo esperado.

—¿Sí? —Lo que sea que dijeron al otro lado de la línea hizo que sus hombros se tensaron y su espalda se pusiera tan rígida que lo miré con preocupación—. De acuerdo. Voy para allá. —Su voz sonó ronca y cuando colgó el teléfono me miró como si el mundo se estuviera derrumbando y hubiese empezado a tambalearse justo en su interior—. Se trata de mi abuela. Ella ha… ha muerto.

Ahogué una exclamación, me levanté para abrazarlo y reconfortarlo de inmediato e intenté pensar a toda prisa en lo que se suponía que podía hacer yo con aquello.

¿Cómo podía ayudarlo? ¿Quería él siquiera mi ayuda? ¿Sería capaz de soportar aquel dolor que ya empezaba a comérselo por dentro?

Y sobre todo había un pensamiento que me rondaba una y otra vez, pese a que acabamos de saber la noticia, y es que no sabía cuánto tiempo tardaría Zane en marcharse sin mirar atrás y olvidar que Sunny y yo un día formamos parte de su vida.

25

Zane

La casa se había llenado de invitados que se acercaban al féretro abierto para darle su último adiós a mi abuela.

Yo estaba allí, de pie, inmóvil, con el pecho hecho añicos, incapaz de apartar la vista de su rostro sereno.

Parecía dormida, como si en cualquier momento pudiera abrir los ojos y reprenderme por estar con la corbata torcida.

El murmullo de las conversaciones llegaba a mis oídos como un zumbido lejano.

Me sentía fuera de lugar. Era como si todo aquello fuera una representación teatral y yo no supiera qué papel debía interpretar.

Giré la cabeza y vi a mis padres. Estaban de pie en una esquina, con copas en la mano, riendo, como si aquello fuera una fiesta y ni un jodido velatorio.

Lo primero que había hecho al llegar no fue acercarse al féretro. No. Lo primero que hicieron fue preguntar por el testamento. Querían saber cuánto les había dejado. Cuánto podrían seguir gastando en sus lujos de siempre.

Ni siquiera me preguntaron si estaba bien, o si necesitaba algo. No recibí ni un mísero abrazo ni una palabra de consuelo. Para ellos, mi dolor era secundario.

Me quedé mirándolos desde la distancia. Seguían charlando despreocupados mientras la abuela que me crio y me enseñó lo que era el amor yacía muerta a pocos metros de distancia. Esa imagen me rompió por dentro.

Quería gritar. Quería sacarlos a patadas de aquella casa. Quería… defender la memoria de mi abuela.

Pero lo único que hice fue quedarme quieto. Porque sabía que ella no habría querido que montara un espectáculo.

En el velatorio del abuelo, cuando estuve a punto de arrancarle la copa a mi padre para estrellarla contra la pared, ella me detuvo. Me agarró la mano y, muy seria, me susurró:

—Hoy estamos aquí para recordar a tu abuelo. No dejes que la actitud de tus padres ensombrezca este momento.

Obedecí, aunque cada fibra de mi cuerpo ardía de rabia. Como lo hacía en ese momento, desde la distancia, evitando el impulso de cruzar la sala y echarlos de allí a patadas.

Sentí la mano de alguien rozando mi brazo y, al girarme, me encontré con Scarlet.

Su rostro estaba compungido por el dolor, y me abrazó con fuerza, como si quisiera transmitirme todo su consuelo a través de ese gesto.

—¿Cómo estás? —me preguntó al oído.

Se apartó un poco y yo me esforcé por contener un par de lágrimas que amenazaban con rodar por mis mejillas.

—He tenido días mejores —admití en un susurro, intentando sonar más entero de lo que estaba.

Ella asintió despacio, con una comprensión silenciosa que me desarmó aún más. Entonces, metió la mano en el bolso y me tendió un pequeño objeto.

—Sunny quería venir, pero pensé que no era el lugar para una niña tan pequeña. Me pidió que te diera esto.

Abrí la mano y vi un llavero de unicornio, rosa y brillante, con la crin de purpurina. Un nudo se me formó en la garganta.

—Dice que así tendrás un poco de magia contigo hoy —añadió Scarlet, con una media sonrisa temblorosa.

Yo cerré la mano en torno al unicornio, aferrándome a él como si realmente pudiera protegerme del vacío que sentía dentro.

—¿Cuándo es el entierro? —preguntó Scarlet.

—No habrá entierro —la corregí con voz baja—. Harán la cremación. Mi abuela quería que esparciera sus cenizas en el mismo sitio donde lo hicimos con mi abuelo, en la playa de Cannon Beach, en Oregón, donde pasaron su primer verano juntos. Tengo pensado ir este viernes.

—¿Quieres que te acompañe? Podríamos llevar a Sunny, sería una forma de que pudiera despedirse también de tu abuela. Le cogió mucho cariño. Se ha puesto muy triste cuando le conté lo que había pasado.

Negué con un movimiento de cabeza.

—Te lo agradezco, pero preferiría hacerlo solo. A fin de cuentas, después de eso, no volveré a Manhattan.

Ella me miró con expresión confundida.

—¿A qué te refieres?

Tragué saliva, sintiendo que las palabras me abrasaban la lengua.

—Estaba aquí por mi abuela… —dije al fin—. Pero ahora que ella ha muerto, no tiene sentido seguir en Nueva York. Mi lugar está en Silicon Valley, donde tengo mi vida, mi trabajo… todo lo que había dejado en pausa.

Llevaba toda la noche dándole vueltas a lo mismo, mientras intentaba lidiar con el dolor de la pérdida. Seguir aquí no tenía sentido. Lo mío con Scarlet se estaba enredando demasiado, mi vínculo con Sunny crecía cada día… y quedarme más tiempo solo haría que todo se complicara aún más.

No quería que acabáramos haciéndonos daño.

Con la distancia, poco a poco, las cosas regresarían a su lugar.

Scarlet y Sunny volverían a ser unas desconocidas. Como mucho, un recuerdo bonito al que regresar de vez en cuando.

—¿Eso significa que… todo ha terminado? —preguntó Scarlet, con un hilo de voz.

—Eso es lo que pactamos, ¿no? Que nuestro acuerdo se acabaría cuando ya no hubiera nada que nos atara.

Ella apretó los labios, y durante un segundo pensé que se daría la vuelta y se iría. Pero no lo hizo.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que ya nada nos ata?

—¿Acaso lo hay? —repliqué, con frialdad.

Nos desafiamos en silencio, como si ambos buscáramos que el otro cediera primero.

—¿Al menos te despedirás de Sunny antes de irte? —Hubo un poco de súplica en su tono de voz.

—Lo cierto es que no tengo tiempo para eso —respondí, apretando con fuerza el llavero de unicornio que me había dado—. Tengo que prepararlo todo para mi regreso a California. Y creo que despedirnos solo serviría para hacerle más daño.

Scarlet me miró como si no me reconociera, con los ojos brillantes y la respiración entrecortada.

—El daño vas a hacérselo quieras o no, Zane. Esa niña te adora. No va a entender por qué su padre de pronto se marcha de la ciudad y se va sin ni siquiera decirle adiós.

—Le enviaré un correo desde Silicon Valley cuando llegue. Será lo más fácil.

—¿Lo más fácil para quién? ¿Para ella o para ti? —replicó Scarlet. Suspiró y negó con la cabeza, como si al fin se rindiera—. Está bien, da igual. Ya lo gestionaré sola, como he hecho siempre. —Levantó la barbilla y cuadró los hombros—. Gracias por todo, Zane. Espero que te vaya muy bien.

Sin esperar respuesta, giró sobre sus talones y se alejó de allí.

Una parte de mí quería detenerla. Decirle que no estaba siendo sincero. Que, en realidad, lo que quería no era marcharme, sino todo lo contrario. Hacer realidad imposibles. Vivir con ella, con Sunny. Ser una familia feliz.

Pero, mientras su imagen se desvanecía en la lejanía y el eco de las risas de mis padres regresaba a mí, comprendí que aquello era lo mejor para todos. Porque yo, ahora, estaba solo, roto, y no tenía nada que ofrecer a nadie.

Y Scarlet y Sunny se merecían algo mucho mejor que un hombre hecho pedazos y lleno de promesas que no sabía si podía cumplir.

26

Scarlet

Decepcionada. Así era como me sentía mientras conducía rumbo al colegio de Sunny.

Solo habían pasado cuarenta y ocho horas desde que me despedí de Zane para siempre, y aún sentía esa punzada amarga en el pecho, como una espina que se negaba a salir.

Por mucho que supiera que lo nuestro era un acuerdo temporal, me había hecho ilusiones.

Pensé que, quizás, él sentía lo mismo que yo.

Que cuando follábamos no era solo sexo.

Que las miradas que me dedicaba en mitad de la noche escondían algo más que deseo.

Que la forma en que trataba a Sunny no era simple teatro, sino el reflejo de un cariño real.

Sí, lo sé. Había sido ingenua al pensar que, quizá, lo nuestro podía ser algo más.

Había dejado que se colara en mi vida, que se colara en la de mi hija, y que todo pareciera, por un momento, real. Había bajado la guardia y me había permitido soñar con una familia que nunca tuve, con un hombre con el que pudiera compartir mi vida y querer a Sunny como si realmente fuera suya.

Y ahora… todo eso se había desvanecido.

¿Lo peor de todo? Que había sido incapaz de decirle nada a Sunny todavía. Ella aún no sabía que no volvería a ver a su padre.

Que, a partir de ahora, Zane se iría alejando poco a poco hasta convertirse en un recuerdo difuso.

Me parecía cruel y mezquino. Pero no podía reprocharle nada.

Así lo habíamos acordado.

Ese fue el pacto desde el principio. Lo habíamos firmado; había un contrato sobre eso.

Suspiré, concentrándome en la carretera. Como siempre, el tráfico a esas horas era horrible, pero ese día se me hizo aún peor. Hubo un accidente en la intersección de la Quinta Avenida con la calle 42, y aquello provocó un monumental atasco que paralizaba todo Midtown.

A ese paso iba a llegar tarde a recoger a Sunny, y eso era algo que no pasaba nunca.

Siempre había hecho lo imposible por estar puntual, incluso cuando salía de trabajar agotada o cuando la vida parecía ponerse en mi contra.

Podía ser una madre alocada a veces, sí, pero nunca a costa de eludir mis responsabilidades con mi hija.

Avancé a trompicones por la Quinta, maldiciendo cada semáforo en rojo y cada conductor que decidía tocar el claxon como si eso fuera a obrar un milagro.

El reloj del salpicadero parecía moverse más deprisa que el propio tráfico, y con cada minuto que pasaba, la ansiedad se me instalaba más hondo en el pecho.

Cuando por fin logré doblar la esquina de la calle del colegio, sentí un pequeño alivio… hasta que miré la hora y vi que habían pasado diez minutos desde la salida.

Aparqué de cualquier manera en doble fila, bajé del coche casi corriendo y crucé el patio con la respiración acelerada.

Pero Sunny no estaba en el lugar de siempre, junto a la verja, esperándome con la mochila a la espalda mientras hablaba con sus amigas.

Sentí un escalofrío recorrerme la espalda.

Me acerqué a un par de niñas de su clase que aún estaban con sus madres y pregunté con voz entrecortada:

—¿Habéis visto a Sunny?

Se miraron entre ellas y encogieron los hombros.

—No… —respondió una de ellas, distraída con su merienda.

Mi pulso se disparó.

Caminé deprisa hacia el pasillo lateral que llevaba a la parte trasera del patio, buscándola con la vista entre los grupos de niños que iban saliendo. Nada. Ni rastro de ella.

Un nudo de pánico empezó a formarse en mi garganta.

Saqué el móvil y empecé a llamar a todas las personas que se me ocurrieron por si, por un casual, alguien hubiera pasado a recogerla. Llamé a mis padres. A Ryan. Incluso a Zane… aunque este último no me cogió el teléfono. Pero fue en vano. Nadie sabía nada.

Entré al edificio casi corriendo y fui directa al aula de Sunny. La profesora estaba guardando unos materiales en una caja con aire tranquilo.

—¿Ha visto a Sunny? —pregunté sobresaltándola.

Ella me miró sorprendida, frunciendo el ceño.

—Salió con todos los alumnos, como siempre. Cruzaron juntos la puerta principal, yo misma los vi.

—Pero no está en el patio, ni tampoco con sus amigas. Nadie sabe dónde se ha metido.

La profesora ladeó la cabeza, dudando un instante, antes de añadir:

—Podemos mirar en las cámaras de la entrada. El colegio tiene instaladas varias precisamente para estos casos.

Asentí con impaciencia y seguí a la profesora hasta la garita del conserje, un pequeño despacho acristalado junto a la entrada principal. Desde allí podían verse varias pantallas que mostraban las grabaciones en directo de los pasillos y accesos del colegio.

El conserje levantó la vista sorprendido cuando nos vio entrar con tanta urgencia.

—¿Qué ocurre?

—Necesitamos revisar las cámaras —dijo la profesora en mi lugar—. Una alumna no aparece en el patio.

El conserje rebobinó unos minutos la grabación de la entrada y pulsó *play*.

En la pantalla apareció la salida habitual de los niños: un río de mochilas de colores, risas y gritos infantiles. Busqué a Sunny con los ojos hasta que la encontré, caminando tranquila hacia la verja, con la mochila rosa colgada de un hombro.

Entonces, mi sangre se heló.

Un hombre se le acercó.

Era alto, corpulento, con el cabello peinado hacia atrás, y aunque la imagen no era muy nítida pude identificar los implantes cocleares que llevaba detrás de las orejas.

El corazón me dio un vuelco. Era imposible. No podía ser él.

—Señorita Reed, ¿lo conoce? —preguntó la profesora, con el rostro lleno de preocupación.

Se me secó la boca y el aire se atascó en mis pulmones mientras veía a ese hombre coger a Sunny del brazo y arrastrarla hacia la salida, hasta que la imagen desapareció del plano de la cámara.

Era él.

El hombre del que llevaba diez años huyendo.

Dante Renzetti.

El Carnicero de Chicago.

El padre de mi hija.

—Dios mío… —susurré, llevándome la mano a la boca.

Mis piernas se aflojaron y tuve que apoyarme en la mesa del conserje para no desplomarme.

La pesadilla que había temido durante años… acababa de hacerse realidad.

¿Cómo demonios nos había encontrado si ni siquiera conocía su existencia?

27

Zane

Lo bueno de tener avión privado era que podías irte cuando quisieras de cualquier lugar. Ahora que lo pienso, tal vez por eso no había perdido tiempo en pedir que lo preparasen todo para salir de Nueva York cuanto antes.

Estaba sentado en el avión, con todo listo y a punto de despegar. Miré por la ventanilla pero no vi gran cosa, aparte de la pista de aeropuerto en la que solían estar los aviones privados. En realidad, mi mente estaba puesta mucho más allá. En lo que dejaba atrás pero no podía ver.

Imaginé cómo se tomaría Sunny la noticia de mi marcha.

¿Se pondría triste?

¿Lloraría?

Una parte de mí esperaba que su madre se hubiera apiadado y no quisiera dejarme en muy mal lugar pero ¿a quién pretendía engañar?

La verdad era que me merecía que Scarlet me dejara como al peor hombre del mundo, porque me estaba comportando de una forma egoísta que demostraba que no andaba muy desencaminada.

Incluso me había enviado un mensaje unas horas antes y me había negado a verlo.

De igual modo que me había negado a responder a su llamada.

No sabía lo que quería y una parte de mí ansiaba con cada poro de mi ser contestar.

¡No solo eso!

Ansiaba decirle que me había equivocado, que nunca había sentido lo que sentía estando con ella, pero que estaba triste, me sentía solo y roto y que no estaba seguro de poder ser el hombre que ella y Sunny necesitaban.

Por eso mismo no lo había cogido. Ellas no necesitaban una carga más y yo en aquel momento de mi vida me sentía así.

No podía ser el hombre del que ellas pudieran estar orgulloso.

Además, no estaba seguro de querer mostrarme débil frente a alguien.

Acababa de perder a la persona que había sido mi referente desde que era niño. La única que se había preocupado de darme amor y cariño. De enseñarme con ternura y no con gritos o haciéndome el vacío.

No estaba ni siquiera cerca de estar listo para entregar mi amor a alguien y darle todo ese poder.

Porque al final, amar a alguien significaba aceptar un tipo de debilidad y vulnerabilidad que yo odiaba.

No quería sufrir por nadie más. No quería pensar en la posibilidad de perder a Scarlet y Sunny estando con ellas.

Era ilógico, ¿no? Porque al marcharme las perdía igualmente.

Creo que lo que me ocurría era que, si me alejaba, en mi mente ellas permanecerían como siempre.

Scarlet no envejecería y Sunny no crecería.

Seguiría siendo la niña avispada, dicharachera y encantadora que yo había conocido. Y me gustaba eso. Me gustaba congelar el tiempo de algún modo, aunque en el camino sufriera tanto.

Estaba haciendo lo correcto. No podía permitirme pensar en lo contrario. Si en aquel instante miraba la pantalla de mi móvil de un

modo prácticamente enfermizo, era porque estaba a punto de dar el último paso: el que me alejaba definitivamente de ellas.

En cuanto mi avión alzara el vuelo, ellas quedarían en el pasado y no volvería a verlas nunca más.

Apreté los labios ante el pensamiento, porque dolía demasiado, de verdad. Era como si me clavaran puñales.

—¿Está listo, Señor Drake? —preguntó mi asistente, sacándome de mis cavilaciones.

Alcé la vista de mi pantalla y me di cuenta de que, en realidad, lo único que faltaba para que nos marchásemos era que diera de una vez por todas la orden de despegar.

—Sí. Un segundo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Señor.

Podía hacerlo. Solo era un mensaje. Podía abrirlo, leerlo, borrarlo y, entonces sí, emprender el vuelo literalmente hacia otro lugar en el que ellas no existieran.

No podía ser tan difícil y estaba seguro de que no iba a leer nada que cambiara en exceso mi línea de pensamiento.

Por eso, cuando me decidí a abrirlo, lo hice tan rápido que, al leer, me sentí como si no fuera capaz de procesar las palabras.

Leí el mensaje de nuevo.

Y una vez más.

Y, por último, lo leí sintiendo que un nudo de ansiedad y miedo crecía en mi garganta hasta ocuparla por completo y hacerme creer que no podría respirar con normalidad nunca más.

SCARLET

¿Te has llevado a Sunny? He llegado al colegio y no está. No entiendo nada. Por favor, Zane, si has sido tú llámame cuanto antes.

¿Por qué demonios iba yo a llevarme a Sunny? ¿Y por qué sonaba tan educada? ¿O tal vez era la desesperación haciendo que me escribiera en modo mecánico?

—Señor, tenemos todos los permisos para despegar. La torre de control pregunta si…

—¡Un segundo! —bramé sin siquiera alzar la vista de mi teléfono.

Llamé por teléfono a Scarlet, pero no contestó. Y aquello hizo estallar la poca cordura que me quedaba.

Ordené abortar el despegue y exigí que abrieran las puertas para bajar del avión cuanto antes.

No fui amable, ni educado. Fui… fui una persona llevada por el miedo más grande que había experimentado nunca.

Salí del aeropuerto llamando a Scarlet una y otra vez, pero no conseguía nada. O eso pensaba. En un momento dado la voz de un hombre sonó al otro lado de la línea.

—¿Qué?

Tragué saliva de inmediato. Había visto muy pocas veces a Ryan, el hermano de Scarlet, pero reconocería su voz en cualquier parte.

—¿Dónde está Sunny?

—¿Acaso te importa? —Su pregunta rebosaba ironía.

No me gustó y quise mandarlo a la mierda, pero decidí que lo mejor que podía hacer era mantener la compostura, al menos un poco.

—Por favor, cuéntame qué ha pasado. —Al otro lado la línea se quedó en silencio unos segundos y no aguanté más—. ¡Ryan, joder! Dime dónde está Sunny.

—Repito: ¿Acaso te importa?

—¡Por supuesto que me importa! Yo… yo adoro a esa niña. Daría mi vida por ella, aunque no me creas.

No sé si lo convencieron mis palabras o el tono que empleé al decirlas.

La desesperación a veces consigue filtrarse en las notas de voz de una persona y creo que, aunque no pudiera verme, se hacía muy evidente todo lo que yo sentía.

—Su padre ha dado con ella. No sabemos cómo, pero Scarlet ha podido ver por las cámaras del cole cómo se la llevaba.

—¿Su padre? ¿El mafioso?

—¿Cómo sabías tú eso? Nosotros acabamos de enterarnos y… ¿Sabes qué? Da igual. No tengo tiempo de darte más explicaciones, Zane. Mi hermana ya me ha dicho que has decidido largarte, así que vive tu vida, olvídate de esta familia y deja que arreglemos esto como podamos.

Colgó sin darme tiempo a decir más.

Podría haber llamado de vuelta para intentar conseguir más información, pero recordé de inmediato el colgante que le regalé a Sunny.

Ese mismo que le pedí que no se quitase nunca bajo ningún concepto.

Hice que me lo prometiera no una, sino varias veces.

Y si algo tenía claro en toda mi vida era que la pequeña Sunny era una niña de palabra, así que abrí el rastreador de mi teléfono,

busqué el colgante y, en cuanto vi que estaba localizado en una carretera y moviéndose, grité a mi chófer que arrancara y fuera a toda prisa en esa dirección.

No tenía un plan en firme.

En realidad, no tenía ni idea de lo que iba a hacer una vez que llegara hasta ella, ni cómo iba a rescatarla ni cómo de peligroso era su padre y con cuánta gente contaba para perpetuar aquel puto secuestro, pero Sunny estaba en peligro y antes preferiría morir que quedarme de brazos cruzados.

Porque acababa de darme cuenta de que daba igual lo lejos que me fuera.

Podía volar hasta el otro lado del mundo y aun así no conseguiría olvidarme de Sunny, ni de su madre.

Ellas eran mías, aunque todavía no lo supieran y aunque yo mismo me hubiera encargado de meter la pata hasta el fondo.

Ellas eran mías. Y nadie hacía daño a los míos y se iba de este mundo sin pagar las consecuencias.

28

Sunny

Abrí los ojos con mucho esfuerzo. Era como si llevara muchos muchos días sin dormir. Como cuando mamá intentaba levantarme temprano después de haberme dormido tarde viendo una peli con palomitas. Pero sentía un millón de veces más de ganas de seguir durmiendo.

Lo que pasa es que no quería cerrar los ojos otra vez, porque aquel coche no lo conocía.

Y al hombre que iba a mi lado tampoco.

Daba miedo. Era muy grande, tenía tatuajes en el cuello y, aunque no me miraba mal, tampoco parecía simpático.

Parecía todo lo contrario a una persona simpática.

—No tengas miedo, ¿vale? No pienso hacerte daño.

No le creí. Me había sacado del cole a la fuerza y las personas que no querían hacer daño a alguien no hacían eso, ¿verdad que no?

Mamá me había hablado un montón de veces de aquello.

No podía irme con nadie desconocido nunca, bajo ningún concepto. No importaba que me enseñaran caramelos, o un cachorrito, o que me dijeran que necesitaban ayuda y tenía que ir con ellos.

No podía ir con desconocidos nunca.

Pero es que yo no había querido ir, a mí me había empujado a la fuerza. Y después, en algún punto, simplemente había perdido la

consciencia. No recordaba haber subido al coche.

No quería llorar, porque tenía que ser valiente y porque no sabía si aquel señor se enfadaría si me veía llorar, pero notaba que mis ojos se llenaban de lágrimas de todas formas.

Y cuanto más intentaba no derramarlas, peor me salía. Como si mi cerebro no pudiera comprender que era un momento horrible para hacer aquello.

—Quiero ir con mi madre —dije como pude, porque mi voz sonaba muy rara. Como si temblara demasiado.

—No te preocupes. Irás con tu madre pronto.

—¿Cuándo es pronto?

—Cuando todo esto se resuelva.

—Pero yo quiero ir ahora.

—No puede ser.

—Pero…

—¡No puede ser!

No sé si fue el grito o lo ronca que salió su voz, pero la verdad es que me encogí en el asiento y lloré más.

Él maldijo en un idioma que no conocía e intentó acercarse a mí, pero eso solo sirvió para que mi miedo y mis lágrimas fueran más y más y más.

Me di cuenta de que temblaba muy fuerte.

Cerré los ojos e intenté acordarme de lo que me decía mamá, pero no dejaba de pensar que yo no había querido ir.

Me había llevado a la fuerza y no sabía cómo salir de allí, porque el coche parecía ir muy rápido y de todos modos seguro que tenía el

seguro echado.

No podía tirarme de un coche cuando estaba andando pero ni siquiera podría abrir la puerta, así que pensarlo era muy tonto.

—Cuando mi madre y mi padre sepan que me has secuestrado van a venir a por ti.

No sé por qué dije aquello. No era inteligente. Enfadar a un señor secuestrador nunca era algo que pudiera salir bien, pero el hombre malo no pareció enfadado, sino divertido.

Se rio de un modo que me dio aún más miedo y me miró antes de señalar mi oreja.

—Dime una cosa, ¿tu padre tiene uno de esos?

—¿De qué?

—De estos —dijo señalando mis implantes cocleares—. ¿Tiene uno?

—No —murmuré.

En realidad ni siquiera sabía por qué hablaba con él. No debería hablar con él. Debería buscar el modo de escapar cuanto antes.

—Exacto. Él no tiene uno de estos. Pero yo sí, ¿sabes? Fíjate en esto —señaló la zona detrás de su oreja y vi unos implantes iguales a los míos, aunque un poco más grandes—. ¿Sabes lo que significa?

—Sí, que tú también naciste sordo. O te quedaste sordo en algún momento.

—No, Sunny, no. Significa que tu padre no es ese imbécil que crees. Tu padre soy yo.

Lo miré con la boca abierta. Temblé todavía más fuerte, solo porque aquello que estaba diciendo me daba mucho miedo. Ese hombre no podía ser mi padre.

—Mi padre se llama Zane Drake y es…

—No sé quién será ese pobre desgraciado ni por qué tu madre intenta hacer que cargue con tu paternidad, pero tu único padre soy yo. Por eso tenemos los mismos implantes. Naciste sorda, como yo.

—No es verdad.

—Lo es. Conocí a tu madre hace unos años. Era preciosa, alocada y tenía una risa que me encantaba. Era divertida y me hizo pasarlo muy muy bien… —Sonrió de un modo que no me gustó nada. Prefería cuando no sonreía, aunque diera miedo—. Estuvimos juntos hasta que un día, de pronto, desapareció.

—Pero ella me dijo…

—Te mintió, pequeña. Y también me mintió a mí al ocultarme tu existencia. No tenía ningún derecho a hacer algo así, ¿sabes? Por eso yo he decidido jugar sucio y no avisarla de que estás conmigo. Aunque imagino que a estas alturas ya lo sabrá.

—Si ella sabe que estoy contigo vendrá a por ti. ¡Yo no quiero estar contigo!

—Querrás. Tu hermano dijo lo mismo y al final aceptó que donde debía estar era conmigo.

—¿Mi hermano?

El señor secuestrador me miró y sonrió de medio lado antes de asentir con la cabeza una vez. Después se retrepó en el sillón.

No intentó acercarse más a mí. Intentaba hablar tranquilo, pero hasta yo notaba que era de mentira. Como cuando yo ponía voz de niña buena después de hacer una trastada para que mamá se enfadara menos.

Yo era una niña, pero no era tonta. Y él no podía engañarme.

—Te hablaré de él y de todo lo demás a su debido tiempo. Ahora lo primero que tenemos que hacer es llegar.

—¿A dónde?

—A casa. ¿A dónde más?

—Mi casa está con mi madre, Scarlet. Y con mis abuelos. Y con mi padre.

—¡Él no es tu padre!

Fue como un rugido.

Como si un león de la selva gritara con todas sus fuerzas.

Por un momento pensé que incluso me haría pis encima del miedo que me dio, pero no pasó. Me quedé en silencio, tragué mucha saliva y me apreté los dedos con fuerza.

No iba a hablar más.

Aquel hombre daba miedo y no sabía si podía pegarme.

Algunos padres pegaban a sus hijos. Lo había visto a veces en pelis y en el cole algunas chicas lo habían dicho alguna vez. Que algunos padres eran malos y violentos. Aquel hombre parecía de eso.

Además, aunque yo no quisiera, estaba pensando que era muy raro que tuviera los mismo implantes cocleares que yo.

Mi madre no era sorda y me había dicho siempre que nadie en la familia lo era, pero yo una vez me metí en el ordenador del cole, busqué en internet y leí que mi sordera era hereditaria en muchos casos. Hereditaria significaba que lo tenía porque alguien antes que yo lo había tenido.

Zane no tenía implantes.

Fue lo primero en lo que me fijé cuando lo vi. Y tampoco me parecía mucho a él. Aunque no sabía si me parecía al señor de tatuajes en el cuello, pero sí nos parecíamos en que los dos éramos sordos.

No quería que fuera mi padre. Me daba miedo, era malo y gritaba mucho, pero en el fondo yo sabía que podía ser que estuviera diciéndome la verdad.

Y si él decía la verdad… entonces mamá me mintió.

Me tragué la pena que me daba pensar en eso. Tendría que preguntarle a ella en otro momento por qué me había mentido. Eso si es que volvía a verla.

Empecé a llorar de nuevo, porque la idea de no ver nunca más a mamá, aunque me hubiese mentido, me daba mucha mucha pena.

El señor malo quiso hacer o decir algo, pero entonces unos gritos llegaron desde la parte de delante del coche.

Eran gritos en ese idioma que no conocía, pero el hombre malo gritó todavía más alto y entonces el coche se paró.

Miré por la ventana y me di cuenta de que ya no estábamos en la ciudad, pero no sabía dónde estábamos. No tenía ni idea. En realidad, solo había salido de la ciudad con mamá y nunca me fijaba en el camino porque, para mí, lo importante estaba dentro del coche y no fuera.

Pero aquel día no era así.

Aquel día lo importante estaba fuera, porque cuando me fijé un poco más en lo que ocurría, vi un coche negro que yo ya conocía. De él salió el padre que yo sí conocía y no el que tenía a mi lado.

Zane se acercó y yo sonreí, pero solo hasta que el señor malo y el conductor sacaron pistolas y lo apuntaron. Entonces grité y vi

como Zane alzaba las manos y las enseñaba, pero no dejaba de avanzar.

—¡Detente ahora mismo y quita tu coche de en medio! —gritó en inglés el señor malo.

—Suelta a la niña y lo haré —contestó Zane muy tranquilo.

Me dejaba muy sorprendida lo tranquilo que parecía. Era como si no estuviera nada nervioso con aquello. A lo mejor el secuestro no era tan importante, pero los señores tenían pistola, así que no entendía nada.

En mi mente, si alguien lleva pistola y te saca del colegio a la fuerza, la situación es bastante mala.

—Ella es mía. ¡Es mi hija! Su madre pagará por ocultarla y tú… Bueno, todavía no he decidido qué haré contigo.

Se oyó un llanto y me di cuenta de que era yo, otra vez.

No podía evitarlo.

No quería que nadie apuntara a Zane con una pistola y no quería que él caminara más hacia mí, porque entonces podrían darle un tiro y matarlo. En las pelis pasaba eso.

—No llores, pequeña —me dijo Zane con una sonrisa—. Estoy aquí y no pienso irme sin ti, ¿de acuerdo? Confía en mí.

Yo quería. De verdad quería confiar, pero el conductor de nuestro coche se bajó y apuntó a Zane a la cabeza mientras él se quedaba quieto.

Se acercó tanto que la pistola casi tocó su frente. Y entonces, cuando pensé que iban a matarlo de verdad y nada impediría que viera la sangre derramada por todas partes, alguien abrió la puerta contraria al lugar donde yo estaba.

Miré muy rápido y vi cómo una pistola se colocaba en la parte de atrás de la cabeza del señor malo, que se quedó muy sorprendido, porque abrió mucho los ojos, y luego dijo cosas en ese idioma desconocido que seguramente fueran insultos.

—La cosa va así —dijo Zane al que le tenía la pistola puesta en la frente—. Si tú me disparas a mí, alguien disparará a tu jefe. Si tú me sueltas… bueno, nadie soltará a tu jefe, pero al menos no morirá.

Lo miré con la boca abierta.

Estaba rodeada de pistolas y gente hablando de matar y morir y tenía mucho miedo, pero también sentía algo que no sabía qué nombre tenía.

Con el tiempo entendería que era admiración por Zane, porque se mantenía tranquilo y sereno aunque todo aquello era una pesadilla enorme.

Lo siguiente que pasó lo recuerdo con mucha rapidez.

Las sirenas de policía sonaron, alguien gritó, alguien más gritó más alto y entonces sonó un disparo que hizo que me pusiera las manos en las orejas rápido porque sonó tan fuerte que me dolieron.

Grité y lloré y, cuando alguien quiso quitarme las manos de las orejas, intenté resistirme. Hasta que me di cuenta de que se trataba de Zane.

No sé cómo había abierto la puerta del lado donde yo estaba y me sujetaba por los codos mientras intentaba hacer que lo mirara.

—Estás bien, pequeña. Estás a salvo, te lo prometo. Ven, ven aquí conmigo.

Me sacó del coche cogiéndome en brazos y lloré muy fuerte. Mucho. Porque tenía mucho miedo, porque quería ir con mamá y

también porque me daba mucha pena que Zane no fuera mi padre de verdad, porque era todo un héroe.

Y yo quería ser hija del héroe, no del señor malo.

29

Sunny

Estaba desesperada. La policía no dejaba de repetirme que tenía que quedarme en casa y dejarlos trabajar, pero la verdad era que sentía que nadie tenía la misma urgencia que yo por encontrar a Sunny.

De hecho, al principio ni siquiera querían llamarlo «secuestro» porque hay un tiempo estimado para poder denominarlo así, pero todo cambió cuando les informé sobre quién era el hombre que se la había llevado.

Dante Renzetti no había sido apodado como «El carnicero de Chicago» por nada.

No era un mote que se hubiera inventado para dar miedo o imponer a sus enemigos.

Había matado a tanta gente que yo dudaba de que tuviera un mínimo de humanidad dentro de su cuerpo.

Obviamente no lo sabía cuándo me acosté con él. Puede que esté un poco loca y en aquella época fuera más inmadura, pero ni siquiera así he querido nunca estar relacionada con gente tan peligrosa.

Era el típico hombre sobre el que se hacían documentales de Netflix cuando por fin moría. Frío, sanguinario y prácticamente sin alma. Y tenía a mi pequeña en su poder.

Al principio había intentando devanarme los sesos pensando cómo había conseguido dar con Sunny.

Había sido discreta toda mi vida, principalmente porque tenía razones para serlo a la fuerza.

Después, con el paso de los minutos, decidí dejar de pensar en ello.

No me importaba cómo se había enterado de lo de Sunny, porque solo quería tenerla de vuelta. Una vez la tuviera conmigo pensaría en ello largo y tendido pero en aquel instante lo único que quería era abrazar a mi hija.

Intenté imaginarme cómo se sentiría ella.

Era cierto que se trataba de una niña muy madura para su edad, pero no hay forma de que un secuestro no te deje trauma.

¡Era demasiado!

¿Le habría dicho él que era su padre?

Porque se la había llevado por eso. Era evidente que lo había averiguado y, conociéndolo, estaría lleno de ira al pensar que alguien había intentando arrebatarle algo suyo.

Un escalofrío recorrió mi espalda.

Lo bueno es que dudaba que le hiciera daño.

Después de todo, era sangre de su sangre y Dante para esas cosas siempre fue muy intenso. Pero la tenía en su poder… y no saber si en aquel instante estaba llevándola a algún lugar de la ciudad o directamente a un aeropuerto para salir del país era algo que me carcomía.

Sunny no llevaba el pasaporte pero dudaba que eso supusiera un problema para alguien como Dante.

Inspiré hondo, porque un nuevo mareo me sobrevino.

Me había estado pasando desde que me habían obligado a permanecer en esa casa. Era la ansiedad. No poder salir e ir a por mi niña, aunque para eso tuviera que enfrentarme a Dante, me estaba destrozando.

—Aparecerá pronto. Tienes que confiar en la policía —dijo Tessa, mi cuñada.

—La policía no es un obstáculo para Dante. Nada ni nadie lo es.

Tanto ella como mis padres y mi hermano me miraron compungidos.

No me había quedado más remedio que sentarme y contarles la verdad sobre el padre de Sunny.

La razón por la que nunca había querido decir quién era.

Ellos lo entendieron de inmediato pero pude ver de qué forma la preocupación los iba carcomiendo por dentro. Seguramente en aquellos instantes estaban haciéndose un millón de preguntas internas, pero allí estaban, sin dejar salir ninguna y apoyándome sin condiciones.

No me los merecía. De verdad, de verdad que no me los merecía. Siempre habían estado ahí para apoyarme sin titubear y yo sentía que se lo pagaba dándoles quebraderos de cabeza constantes.

Y no cualquier quebraderos de cabeza.

Mi madre estaba pálida y mi padre, todo lo contrario, mostraba más color en sus mejillas del recomendable.

Seguramente a causa de la rabia de saber que su nieta estaba en manos de un mafioso y no había nada que él pudiera hacer para salvarlo.

Ryan había llamado a algunos amigos para tirar de contactos e intentar, en vano, agilizar las cosas, pero no había servido de mucho.

Bueno, eso no es cierto. Había servido para que fuesen llegando a la casa de a poquito.

Su socio con su esposa, su cuñada, su marido. La casa empezó a llenarse de gente a tal punto que, cuando quise ir al baño, no conseguí llegar sin que un montón de manos me apretaran los hombros o los brazos en señal de ánimo.

Entendía lo que pretendían, que querían reconfortarme, pero el efecto fue totalmente el contrario. Empecé a llorar en la puerta del baño, histérica, y Ryan acudió a mí de inmediato, como había hecho toda nuestra vida.

—Va a estar bien, Scarlet. Te lo prometo —murmuró sobre mi oído una y otra vez mientras yo temblaba y lloraba desconsolada.

El silencio en la casa era tan grande que abrumaba. Solo se oían mis sollozos. Tal vez por eso el timbre de entrada resonó en cada pared de la casa.

Alcé la cara, que tenía apoyada en el pecho de Ryan, y miré hacia la puerta ansiosa por que fuera la policía con noticias.

Pero cuando mi madre la abrió, lo que encontré al otro lado fue a Zane Drake con mi niñita en brazos.

—¡Mamá!

El grito de Sunny fue tan ensordecedor que antes de poder darme cuenta ya estaba en la puerta quitándosela a Zane de los brazos y sosteniéndola contra mí con tanta fuerza que las dos caímos al suelo y, aun así, permanecimos abrazadas.

—Sunny, mi amor ¿estás bien? ¿Te ha hecho daño? —La niña no paraba de llorar, así que intenté separarla de mí, pero fue imposible, de modo que la abracé con más fuerza, entendiendo que en realidad solo estaba asustada por la experiencia tan traumática—. Ya está, mi vida. Ya ha pasado todo.

—Zane me ha salvado, mamá. ¡Iban a dispararle con una pistola!

Miré a mi hija con los ojos fuera de las órbitas y, un poco después, alcé la vista hacia Zane.

El salón seguía lleno de gente. Mi niña seguía temblando entre mis brazos, pero en aquel instante solo podía fijarme en el hombre del que me había enamorado profundamente. El mismo que me rompió el corazón marchándose como si nada.

El mismo que en aquel instante nos miraba con lágrimas contenidas y la mandíbula apretada.

No dije nada. No pude. Me dediqué a calmar a Sunny lo bastante como para que ella misma quisiera separarse de mí y abrazar a los demás. Después, empezó a contar cómo había sido su secuestro y de qué forma Zane cruzó el coche en la carretera para que Dante no pudiera llevársela.

—¡Y entonces un hombre del señor malo quiso dispararle, pero un hombre de Zane atrapó al señor malo y dijo que le dispararía si lo hacía!

Sunny bostezó de manera inesperada y yo me aguanté las lágrimas. Mi niña era demasiado pequeña para haber vivido algo así de agotador y traumatizante.

—Cielo, ¿por qué no vamos a por un poco de helado a la cocina? —preguntó Ryan—. Estoy seguro de que necesitas algo de azúcar para mantenerte con energías.

Sunny no protestó. Tampoco lo hizo cuando mi hermano la alzó en brazos. Ni cuando todos los demás los siguieron a la cocina como si hubiera una reunión presidencial ahí dentro.

Antes de salir por la puerta, mi padre volvió sobre sus pasos, palmeó el hombro de Zane y habló con voz ronca.

—Yo… Gracias. Muchas gracias por traerla sana y salva.

Zane solo asintió, sin querer tener protagonismo en exceso, y cuando nos quedamos solos, sentí cómo me flaqueaban las piernas.

Él se dio cuenta, porque en dos rápidas zancadas llegó hasta donde estaba y me salvó de caer al suelo nuevamente.

—Ven, siéntate.

—Hay que avisar a la policía —murmuré—. Yo… yo los tenía avisados y se supone que la estaban buscando y…

—Están al tanto de todo. Me he ocupado de todo.

—Dante…

—Está detenido y pasará a la sombra mucho tiempo, a juzgar por todos los delitos por los que estaba siendo buscado. El secuestro solo ha sido la guinda del pastel.

—Él… no sé… no entiendo cómo dio con Sunny.

—La revista. —Zane se sentó en el sofá, a mi lado, y sujetó mi mano entre las suyas. No protesté. Me sentía entumecida y como fuera de mi cuerpo—. Imagino que vio nuestra foto. Es la única forma de que lo haya sabido. —Guardó silencio un instante, como si estuviera pensando si decirme o no sus siguientes palabras—. Le dijo a Sunny que supo que era su hija por los implantes cocleares.

Boqueé en busca de aire. Zane apretó mis dedos, y aunque seguía dolida por el modo en que había intentado abandonarme, apreté los suyos de vuelta.

—He sido una estúpida pensando que podía ocultarla para siempre. Esto… esto va a tener consecuencias terroríficas en Sunny.

—Estará bien. Es la niña más valiente del mundo. —Me emocioné hasta las lágrimas y Zane volvió a apretar mis dedos—. Como su madre.

Esa vez no tuve ninguna posibilidad. Ahogué un sollozo, porque me sentía de todo menos valiente, y cuando Zane quiso abrazarme, me levanté del sofá, porque estaba confusa, aterrorizada y exhausta después del pico de adrenalina.

Y también estaba enamorada de alguien que había querido marcharse. Y aun así…

—¿Cómo lo supiste? No cogiste mi llamada.

—Leí tu mensaje. —Zane también se levantó y carraspeó, incómodo—. ¿Recuerdas el colgante de unicornio que le regalé a Sunny? ¿Ese que le dije que no se podía quitar nunca?

—Ajá.

—Era un rastreador.

—¿Qué…?

—Cuando me dijiste que tu ex era alguien peligroso y que… bueno, todo lo que me contaste, me hiciste prometer que no haría nada con aquella información y lo prometí, pero tener a Sunny vigilada era lo único que me daba algo de paz mental, así que le compré ese colgante con rastreador y gracias a eso pude encontrarla con ayuda de la policía, a la que llamé de camino hacia donde estaban.

—Yo… no… Dios mío.

Toda la vida había pensado que tenía un radar para los hombres malos. Que los atraía. Hasta que Zane me dejó, lo seguía pensando. Porque llegué a pensar que era diferente pero entonces él quiso dejarme como si nada y yo creí que era un mal hombre. Otro más en mi lista de amores fracasados.

Pero Zane… Él podría ser cualquier cosa, menos un hombre malo. Era el menos malo de todos.

—Has salvado a Sunny…

—Debería haber hecho algo desde el principio. Nunca debí prometerte que me quedaría de manos cruzadas. Y nunca debí dejaros, para empezar.

Lo quería. Lo quería tanto que me ardía por dentro saber que aquel hombre tan increíble, amable, bueno y protector no nos quería del mismo modo. No a mí, al menos.

—Ella… ella te quiere mucho. Y tú ibas a irte sin despedirte.

El arrepentimiento en los ojos de Zane brilló con tanta fuerza que me sentí mal, pero no quería dejar pasar la oportunidad de hablarlo.

Estaba deseando ir con Sunny, abrazarla, ducharla y meterme con ella en la cama para hablar largo y tendido y explicarle cómo eran las cosas, pero no iba a despedirme de Zane sin decirle lo que pensaba.

Había sido un héroe, eso era indiscutible, pero también me había hecho daño.

—Me asusté. Yo… yo pensé que no tenía nada que ofreceros. Hasta que leí tu mensaje y supe que Sunny estaba en peligro, yo de verdad creí que solo sería otra carga más para vosotras, porque estoy triste por el fallecimiento de mi abuela y porque no sabía si era el hombre correcto para vosotras. Pero mientras estaba en ese avión solo podía pensar en vosotras, Scarlet. Y en que no quería dejaros. Me estaba dejando el alma aquí y ni siquiera había despegado. Leer tu mensaje fue lo que hizo que se desatara toda la verdad acerca de lo que siento.

—Zane…

—Todavía pienso que no puedo aportaros gran cosa ahora mismo, pero tengo amor. Tengo un amor infinito por ti y por ella. Y si me das la oportunidad de demostrarlo, esta vez pienso quedarme. No voy a ir a ninguna parte.

—Mi vida está demasiado liada ahora mismo. Dante estará detenido, pero ahora sabe que tiene una hija. Y Sunny tendrá que saber la verdad y no sé cómo va a tomarlo. Y…

—Deja que lo hagamos juntos, Scarlet. —Se acercó a mí y sostuvo mis manos mientras sus ojos me suplicaban una oportunidad—. Deja que me quede a tu lado, esta vez de verdad, y enfrente contigo todo lo que haya que enfrentar.

—Dijiste que…

—Dije un montón de tonterías porque estaba aterrorizado. Pero he descubierto que solo hay una cosa que me da más miedo que alejarme de vosotras y es perderos para siempre. No soportaría eso. Os quiero. A las dos. Os necesito. Quiero estar contigo, ser el hombre que necesitas y formar una familia a tu lado. Quiero ser el padre que Sunny necesita.

—Ahora que sabes quién es su padre…

—Dedicaré mi vida a protegerla de él. A ella y a ti. Haré que nada ni nadie ponga en peligro nuestra pequeña familia, si tú me dejas.

Podría ponerme difícil. Insegura. Podría mostrarle el daño que me había hecho, pero lo cierto era que, a la hora de la verdad, Zane lo había dejado todo para correr a salvar a Sunny y estaba allí, diciéndome que tenía miedo, pero aun así quería luchar.

¿Y acaso no era eso mejor que un hombre que alegaba no tener miedos aunque fuera mentira?

Zane Drake era la honestidad hecha persona. Nunca mentía, pero hacía las promesas que sabía que podía mantener.

Y estaba prometiendo querernos y protegernos.

Y yo lo quería.

Lo quería tanto que me quemaba por dentro no poder tocarlo o abrazarlo, así que di un paso adelante, rodeé su cintura con los brazos y, en cuanto sentí sus fuertes brazos rodearme el cuerpo, sentí que estaba justo donde debía.

Las cosas no estaban bien, teníamos mucho que hablar y tendríamos que enfrentar las secuelas de Sunny, pero lo haríamos juntos, como una familia.

—Te quiero, Zane Drake. Te quiero como no te imaginas.

—Te quiero, nena. Te quiero tanto que daría mi vida por ti. Y quiero a Sunny con la misma intensidad.

—No vas a irte nunca, ¿me oyes? Si hacemos esto, lo haremos bien.

—Prometido.

Sonreí, y justo cuando Zane bajó su cabeza para besarme, la puerta que comunicaba el salón con la cocina se abrió y apareció Sunny con un bote inmenso de helado.

—El abuelo dice que puedo comer hasta vomitar porque me han secuestrado y eso es bastante peor que un empacho.

Zane se separó de mí con una risa, caminó hacia ella, la alzó en brazos y besó su mejilla.

Yo me quedé en el salón, mirándolos a los dos y pensando que mi vida no era perfecta, ni muchísimo menos. Tenía muchas cosas que arreglar, pero teniéndolos a ellos de mi lado, las cosas irían bien.

No podía ser de otro modo.

Epílogo

Scarlet

Un año después

—¡Venga, papá, vamos a llegar tarde! —exclamó Sunny, asomando su cabecita por la puerta de nuestro dormitorio.

Zane gruñó mientras se desperezaba bajo las sábanas. Cogió el móvil de la mesita, miró la hora y gruñó de nuevo.

—Son las seis y media, cielo, y el colegio no abre hasta las ocho.

—Ya, pero he pensado que podríamos pasar a desayunar tortitas en Maple & Co. —dijo con una sonrisa traviesa mientras desaparecía por la puerta.

Yo me reí mientras Zane ponía los ojos en blanco.

—Estoy hecho un zombi —murmuró, pasándose una mano por el pelo despeinado—. Ayer me tuviste despierto hasta tarde.

—No pareciste quejarte mientras te cabalgaba y te llevaba al cielo —repuse con una sonrisa pícara.

Zane sonrió de medio lado, con picardía.

—Reconozco que estar agotado por ese motivo es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Me incliné para darle un beso rápido, aunque él intentó atraparme y alargarlo.

—Voy a preparar café —le dije, dándole una palmada en el trasero mientras se incorporaba a regañadientes.

Era la jornada de padres otra vez. Un año atrás, él acompañó a Sunny a ese evento como parte de un trato.

En esta ocasión, Zane asistiría al colegio como su padre de verdad.

Después de casarnos, pocos meses después del secuestro de Sunny, él insistió en adoptarla.

Por mucho que Dante fuera su padre biológico, no constaba en los registros y, tras su intento de secuestro, las autoridades denegaron cualquier posibilidad de que pudiera reclamar derechos sobre ella.

Fue un proceso largo, lleno de papeleo, abogados y declaraciones, pero al final todo mereció la pena.

Cuando el juez firmó la adopción, Zane lloró.

Sunny también.

Y yo… supe que, por fin, el destino se había puesto de nuestro lado.

Aunque hubo otras batallas que librar.

Durante el año siguiente, Sunny asistió a terapia infantil para superar lo ocurrido.

Al principio tenía pesadillas y se aferraba a nosotros por miedo a que algo malo volviera a pasar, pero poco a poco recuperó la alegría.

La psicóloga decía que su fortaleza y el amor que la rodeaba eran su mejor medicina, y creo que tenía razón.

Verla reír de nuevo, sin miedo, fue el mayor regalo de todos.

Además, la certeza de que Dante Renzetti estaba cumpliendo cadena perpetua en la prisión de máxima seguridad de Florence, Colorado, nos dio a todos cierta paz.

Por primera vez en mucho tiempo, podía dormir sin mirar por encima del hombro ni temer que el pasado llamara de nuevo a mi puerta.

Había aprendido a vivir sin miedo, a disfrutar de las cosas pequeñas.

La vida parecía sonreírme por fin.

Tenía un marido estupendo y una hija increíble, ¿qué más podía pedir? Incluso había conseguido la casa de mis sueños.

Zane propuso en su día que nos mudáramos a la mansión de su abuela, pero en cuanto vio la duda en mi rostro, entendió que no era eso lo que yo quería, por muy espectacular que fuera ese lugar.

Siempre había soñado con criar a mis hijos en una casa con jardín, humilde, como la de mis padres, y Zane lo entendió.

Buscó una casa en el mismo barrio que ellos, una con un pequeño porche y un árbol en el patio trasero, y la compró.

Cuando la vi por primera vez, supe que era el lugar perfecto para construir un hogar, un refugio.

Con una sonrisa, me puse la bata, bajé a la cocina y encendí la cafetera eléctrica. En pocos segundos, el aroma del café recién hecho llenó la estancia, cálido y familiar.

Mientras el sol de la mañana se filtraba por las cortinas, sonreí, pensando en lo mucho que me gustaba mi vida ahora.

Habíamos sobrevivido al miedo, al pasado y al dolor.

Y, por fin, lo habíamos conseguido: éramos libres.

Extra

Chiara

El jardín de mis padres estaba a rebosar de gente.

Pasaba a menudo. Las barbacoas en su casa se habían convertido en una especie de tradición sagrada de los domingos.

Era la excusa perfecta para reunirnos todos.

No solo nuestra familia de sangre, con los abuelos, mi tía Fabiola con su marido y su hijo, sino también esa otra familia, la que se elige.

La que mis padres y sus amigos habían ido formando con los años.

Por eso estaba allí aquel día, a pesar de que mi agenda de giras como patinadora artística profesional no me dejaba mucho margen para respirar. Había prometido pasar el fin de semana antes de volver a subirme a un avión rumbo a Europa, donde nos esperaban las próximas exhibiciones del espectáculo *Eternal Ice*.

—¡Pero mira quién ha venido! —exclamó una voz risueña a mi derecha, tan familiar que no necesité girarme para saber a quién pertenecía—. ¡Es Chiara, la hermana mayor más maravillosa del mundo!

Puse los ojos en blanco. Greta, mi hermana pequeña, me sorprendió con un abrazo. Y que me recibiera así solo podía significar una cosa: necesitaba algo de mí.

—¿Qué quieres esta vez?

Greta sonrió con esa inocencia fingida que la delataba desde siempre.

Llevaba el pelo castaño recogido en una coleta y una camiseta con el logo de la NASA. Desde que descubrió su obsesión por el espacio, no había día que no hablara de estrellas, cohetes o teorías imposibles que encontraba en internet.

—¿Yo? Nada… bueno, tal vez un pequeño favor.

—Ni lo sueñes —respondí antes de que pudiera terminar—. No pienso volver a mediar entre papá y tú. Sea lo que sea que quieras hacer y él no te deje, esta vez me quedo al margen.

Últimamente mi papel en esa casa parecía ser el de intermediaria diplomática entre ambos, y francamente, ya tenía bastante con mis propios dramas.

Greta negó con la cabeza, divertida.

—No se trata de eso, lo prometo. En el instituto van a hacer una exposición sobre mujeres que han inspirado a otras mujeres y… bueno, he pensado que podrías venir a hablar de tu carrera.

La miré, sorprendida.

—¿Quieres que dé una charla?

—¡No sería una charla! —se apresuró a aclarar—. Sino más bien algo tipo «cómo seguir tus sueños sin romperte una pierna». Ya sabes, algo inspirador pero sin aburrir a la gente. Se lo pediría a mamá, pero no quiero torturar a mis compañeros con una ponencia sobre cómo elegir el ramo perfecto para una boda o cómo combinar hortensias con eucalipto

Solté una carcajada.

Mamá tenía una floristería con su mejor amigo, y sí, era cierto: podía ponerse un poco intensa cuando hablaba de flores.

—Está bien, lo pensaré. Si la agenda me lo permite, prometo hacerlo —concedí.

Greta lo celebró alzando el puño en el aire, como si acabara de ganar una batalla épica.

—¿Y Vito? No lo veo en el jardín —pregunté, echando un vistazo alrededor, en busca de mi otro hermano, el mellizo de Greta.

—Ah, castigado.

—¿Otra vez?

Ella asintió.

—La semana pasada la lio en el instituto —me contó Greta, rodando los ojos—. Decidió que era injusto que solo los de último curso pudieran salir del edificio durante el recreo, así que organizó una «protesta pacífica» para reclamar igualdad de derechos.

—¿Protesta pacífica? —repetí, arqueando una ceja.

—Sí, aunque el director no lo vio tan pacífica cuando medio instituto se negó a entrar a clase después del timbre. Vito repartió pancartas hechas con cartones y medio instituto acabó corriendo por los pasillos gritando «¡Libertad en el recreo!» como si fuera una revolución estudiantil.

—No me lo puedo creer.

—Pues ahí no acabó la cosa —añadió Greta, conteniendo la risa —. Digamos que accionó «por accidente» la alarma de incendios y convenció al de sonido para que pusiera *We Will Rock You* por los altavoces del instituto. Lo grabaron todo. Se ha vuelto viral en TikTok. Mamá casi se desmayó cuando lo vio, y papá… bueno, lo amenazó con enviarlo a un internado en Suiza si volvía a «liderar una revolución». Así que ahora está castigado durante un mes sin móvil, consola e internet, y como no está de acuerdo con el castigo

ha decidido quedarse encerrado en su habitación en señal de protesta.

Negué con la cabeza, imaginándome la escena.

Desde pequeños, Vito y Greta habían tenido un carácter fuerte, aunque con los años ella se había vuelto algo más prudente. Vito, en cambio, seguía siendo puro fuego.

Tenía carisma, una labia peligrosa y esa extraña capacidad de convencer a cualquiera de seguirle… incluso cuando su plan rozaba la locura.

Greta desapareció en ese momento, en cuanto vio a Lizzy y Anne, las hijas de los King, aparecer por la puerta.

Las tres se abrazaron dando saltitos llenos de felicidad, como si no se hubieran visto en años, y yo las saludé desde la distancia con una sonrisa antes de dirigirme hacia la zona de la barbacoa.

Papá y mamá estaban allí, rodeados del habitual bullicio familiar, junto a la tía Fabiola, el tío Kane y los abuelos.

Todos me recibieron entre abrazos y besos cargados de cariño.

—¡Aquí tenemos a la estrella de la familia! —dijo papá, pasándome un brazo por encima del hombro con una sonrisa orgullosa.

—No sé si está bien nombrarme así —respondí, divertida—. Greta ya me ha puesto al día sobre Vito. Diría que, si hay alguna estrella entre los Romeo, es él.

Papá soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Sí, bueno, tu hermano brilla… pero a veces deslumbra demasiado.

—¿No has venido con Bentley? —preguntó mamá, asomándose tras de mí, como si esperara verlo aparecer en cualquier momento.

Hice una mueca. Bentley era mi compañero en el hielo y mi novio. O bueno, debería decir exnovio.

Habíamos patinado juntos desde la universidad y nos hicimos pareja enseguida. Todo el mundo nos advirtió de que no mezcláramos lo personal con lo profesional, pero a veces la química es más fuerte que el sentido común.

¿Lo malo? Que cuando la química se apaga…lo profesional empieza a tambalearse.

Después de varios meses de discusiones, estiras y aflojas, y una temporada de tensión que se notaba incluso en las coreografías, decidimos dejarlo.

Aunque… aún no les había dicho nada a mis padres.

De hecho, había muchas decisiones que aún no les había explicado.

Ni sobre Bentley.

Ni sobre el hecho de que, por primera vez en años, estaba empezando a plantearme si quería seguir viviendo de un sueño que ya no me emocionaba igual que al principio.

Ser patinadora artística había sido hermoso, sí. Era lo que siempre había querido, y me había dado el mundo, literalmente. Pero ahora, a mis veintiséis años, empezaba a replantearme el futuro.

Tragué saliva, consciente de que no era el momento ni el lugar para dar rienda suelta a todos esos pensamientos, no con tantos pares de ojos puestos sobre mí.

—Él no ha podido venir —dije, tratando de sonar despreocupada.

—Quizá la próxima vez.

Asentí, tomé una cerveza de la nevera portátil y me alejé despacio hacia el borde del jardín, buscando un poco de aire.

El bullicio de las risas y el olor de la barbacoa me envolvían, como un abrazo reconfortante.

Aproveché mi posición para mirarlos a todos.

Papá, mamá, Fabiola, Kane, Becca y Holden charlaban animadamente cerca de la parrilla, riendo por algo que uno de ellos había dicho, mientras Nora, Easton, Tessa, Ryan, Scarlet y Zane conversaban un poco más allá, copa en mano, en torno a la mesa del jardín.

Todos los niños, aunque ya no eran tan niños, porque se habían convertido en adolescentes o preadolescentes aunque me costara aceptarlo, se habían agrupado junto a la piscina, compartiendo confidencias, bromas y probablemente algún que otro plan secreto.

Habíamos crecido todos juntos, entre veranos, barbacoas y cumpleaños, y ahora, la mayoría ya hablaba de sus crushes del colegio, de los vídeos que se volvían virales en TikTok o de quién se había atrevido a dar su primer beso en la última fiesta.

Algunos incluso fantaseaban con la universidad con la que soñaban ir, mientras los más pequeños los escuchaban con los ojos muy abiertos, convencidos de que el instituto era el pasaporte a la libertad absoluta.

Los observé con una sonrisa, sintiendo una punzada de ternura.

Era como ver una versión más joven de mí misma, justo antes de que la vida empezara a complicarse.

Mientras estaba envuelta en esa espiral de pensamientos, la verja del jardín se abrió, y el sonido metálico me sacó de mi ensimismamiento.

Giré la cabeza instintivamente.

Reconocí al grupo de personas que apareció. Se trataba de Arielle, la mejor amiga de mi tía Fabiola, junto a Connor, su marido, y sus dos hijos, Leia y Luke.

No venían solos: a su lado caminaban Erik y Jade, riendo por algo que Jade acababa de decir. Ella llevaba a un bebé dormido en una mochila de porteo, con una pequeña mano asomando por encima de la tela.

Y junto a ellos…

El corazón me dio un vuelco.

Porque allí estaba él. Jensen.

Rubio, alto, ojos azules, con un cuerpo de infarto.

Mi *crush* durante toda la adolescencia.

Nos conocimos en el centro de alto rendimiento donde ambos entrenábamos: yo como patinadora artística y él como jugador de hockey.

Y ahora él se había convertido en la superestrella del hockey sobre hielo, jugador de uno de los equipos más importantes de la liga y ganador de la última Stanley Cup.

El chico que, años atrás, había hecho pivotar mi mundo sin saberlo… ahora caminaba hacia mí como si no hubiera pasado el tiempo.

Aunque no era la primera vez que los Quinn y los Hansen—Chen se unían a nuestras fiestas, hacía mucho que Jensen no los acompañaba. Y verlo allí, de pronto, fue como si el pasado me golpeara de repente en pleno pecho.

Él saludó al grupo con una sonrisa relajada, levantando la mano en un gesto casual. Y entonces sus ojos se cruzaron con los míos.

—Chiara Romeo —dijo, con una sonrisa medida, mientras su mirada descendía lentamente, recorriéndome de arriba abajo.

Tragué saliva y procuré mantener la compostura.

—Jensen Hansen —respondí, imitando su tono jocoso—. Te hacía en Chicago, entrenando con los Titans.

—Tenía unos días libres —contestó, encogiéndose de hombros—, y Erik me convenció de venir.

—Pues me alegro de verte.

—Pues yo también —respondió, con una sonrisa ladeada. Miró alrededor con gesto distraído antes de añadir—: ¿Y dónde te has dejado a tu sombra? Si no recuerdo mal, solías ir a todas partes con ese tal Bennedict.

—Bentley —le corregí, arqueando una ceja—. Y no ha venido.

—¿Problemas en el paraíso? —preguntó con una media sonrisa, más curiosa que maliciosa—. Vi un artículo hace poco donde insinuaban que las cosas entre vosotros no estaban bien fuera del hielo.

—¿De verdad quieres que hablemos sobre lo que dicen los artículos sensacionalistas? Porque podría sacarte una lista entera sobre ti.

Jensen soltó una carcajada baja.

—Touché. Supongo que tengo más titulares de los que debería.

—Por lo que parece, te dedicas a coleccionar conquistas en cada ciudad a la que viajas.

Jensen esbozó una sonrisa lenta.

—No lo llamaría *coleccionar*. Suena... frío. Prefiero pensar que dejo buenos recuerdos allá donde voy.

—Qué detalle por tu parte —repliqué, dándole un sorbo a mi cerveza.

—Ya ves, soy todo un caballero.

Nuestras miradas se encontraron entonces.

Por un segundo, el ruido del jardín pareció desvanecerse, y solo quedó una chispa suspendida entre los dos. Era el tipo de chispa que, años atrás, me habría hecho soñar con él durante semanas, inventando futuros imposibles en mi cabeza.

Pero yo ya no era esa niña. Y Jensen ya no era mi crush. Por mucho que disfrutara de su físico en pantalla cuando veía uno de sus partidos.

—Chiara —la voz de mamá me sobresaltó desde detrás—. Ven, cariño, ayúdanos a poner los platos.

Parpadeé, rompiendo el contacto visual.

—Voy enseguida.

Cuando volví a mirar, Jensen seguía observándome con una media sonrisa. Una de esas que podían ser peligrosas si le dedicabas un segundo de más.

Por eso aparté la mirada, di media vuelta y corrí a ayudar a mi madre. Porque sabía que, si me quedaba allí, podría terminar metiéndome en problemas.

Y es que su sonrisa no solo podía romper el hielo que me rodeaba, sino también hacer arder todo Manhattan.

NUEVA SERIE PARA SEGUIR LAS HISTORIAS DE LA SIGUIENTE GENERACIÓN:

MANHATTAN ON FIRE

PRIMERA NOVELA MAYO DE 2026

Nota de la autora sobre Manhattan on fire

Gracias, gracias, gracias por haber llegado hasta aquí, hasta el final de la serie Manhattan in Love.

No sabéis la alegría que me da pensar en todo lo que esta saga ha significado: las risas, los suspiros, los mensajes, y cómo habéis hecho crecer este pequeño universo con tanto cariño.

Y como sé que os habéis enamorado tanto de este mundo como yo… traigo buenas noticias.

¡El universo Manhattan in Love se amplía!

Esta nueva etapa llevará por título Manhattan on Fire, y será una serie donde conoceremos a la siguiente generación: los hijos de nuestros protagonistas.

Ellos también tienen historias que contar, corazones que romper y cicatrices que curar… y os aseguro que sus vidas arderán con tanta pasión, caos y ternura como las de sus padres.

Empezaremos con Chiara y Jensen, una historia que tenía muchísimas ganas de escribir desde Mr. Quinn.

Una historia de reencuentros, hielo, fuego… y chispas que amenazan con prender toda la ciudad.

A partir de ahí, ya sabéis cómo va esto: el corazón manda, y nunca se sabe quién será el siguiente en caer.

(Pero os adelanto algo… Sunny también tendrá su momento ;)).

Gracias por seguir aquí, por leer, por sentir y por acompañarme en cada historia.

Pero antes…

Os prometí una saga *spicy*.

Con muchas guindillas, momentos de tensión y escenas para arder.

Pues… me complace informaros que ya está en marcha.

En ella os encontraréis con mujeres fuertes y decididas, y hombres irresistibles que dominan Manhattan desde sus torres de cristal.

Muy pronto anunciaré el título de la primera historia, la sinopsis y la fecha de publicación.

Además, saldrá en preventa, por si queréis reservarla.

Para que os hagáis una idea, la primera novela verá la luz a principios de 2026 y contará la historia de una secretaria con muchas fantasías prohibidas… y un jefe dispuesto a cumplirlas todas.

¿Me acompañarás también en esta nueva aventura?

¡Espero que sí!

Con amor,

Ella Valentine

¡Ah! Acordaros de seguirme en mis redes sociales, porque vienen un montón de novedades y sorpresas y no quiero que os perdáis nada.

Instagram: https://www.instagram.com/ellavalentineautora/

Facebook: https://www.facebook.com/ellavalentineautora/

También podéis seguirme en Amazon, de esta forma el propio Amazon te avisará cada vez que publique una novedad:

Amazon: https://www.amazon.es/Ella—Valentine/e/B07SGG42T8

Novelas anteriores

—Serie Manhattan in love

Un acuerdo con Mr King: leer aquí

Una Julieta para Mr Romeo: leer aquí

El deseo oculto de Mr Right: leer aquí

Seduciendo a Mr Quinn: leer aquí

Un desafío para Mr Parker: leer aquí

Las lecciones de Mr Reed: leer aquí

Una proposición para Mr Hansen: leer aquí

Un contrato con Mr Drake: leer aquí

—Serie Highlanders de Nueva York

No te enamores del highlander: leer aquí

Mi jefe es sexy y highlander: leer aquí

Maldito seas highlander: leer aquí

No te resistas al highlander: leer aquí

—Serie Multimillonario&

Multimillonario & Canalla: leer aquí

Multimillonario & Rebelde: leer aquí

Multimillonario & Libre: leer aquí

—Serie Las chicas de Snow Bridge

La chica que perseguía copos de nieve: leer aquí

La chica que cazaba estrellas fugaces: leer aquí

La chica que leía novelas de amor: leer aquí

—Autoconclusivas

Maldito jefe perfecto: leer aquí

Novio ficticio: leer aquí

Posdata: te odio: leer aquí

Multimillonario, soltero y sexy: leer aquí